BAJO EL ECLIPSE DE TEXAS

MARTA FLORES



BAJO EL ECLIPSE DE TEXAS

MARTA FLORES

Primera edición.

Bajo el eclipse de Texas

©Marta Flores

©noviembre, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

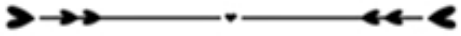
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Miré por segunda vez esa mañana la aplicación del móvil con mi cuenta del banco y resoplé. Volví a calcular mentalmente los pagos pendientes, y o rezaba para que ocurriera un milagro o vendía un riñón, pero ninguna de esas dos opciones sería una solución a largo plazo, porque al mes siguiente estaría en la misma situación. No podía seguir así; necesitaba una solución y rápido, si no el mes que viene me vería durmiendo en la calle. El casero del edificio estaba harto de que siempre me retrasara en el pago del alquiler y no pensaba pasarme ni una más. Hacía tres días que había venido a avisarme de que, si ese mes no le pagaba el día uno, ya podía ir recogiendo mis cosas y largarme.

Esa noche, cuando volviera del trabajo, pensaría qué hacer. Seguramente pondría un anuncio para compartir piso. No es que me apeteciera vivir con alguien, pero sería una buena forma de llegar a fin de mes si compartía el alquiler y los gastos.

Ahora tenía que ponerme las pilas si no quería llegar tarde al trabajo.

—Hola, Luna. Llegas por los pelos —me dijo mi jefa, Jenny.

—Sí, he pasado mala noche y me ha costado levantarme —le contesté y la saludé con un beso.

—¿Otra mala noche sin dormir? —No quería hablar del tema, así que solo asentí mientras me ponía el mandil.

Llevaba casi dos años trabajando en esa cafetería, en la que el sueldo era más bien bajo, pero por más que había buscado otro trabajo mejor pagado, no

había encontrado nada. Sin estudios no podía aspirar a un puesto de ejecutiva; eso lo tenía claro, así que aquí seguía. Por lo menos el trabajo me gustaba: la clientela ya me conocía y me trataba con respeto. Jenny, mi jefa, me había tratado con cariño desde el primer día y siempre me animaba cuando tenía un mal día porque el insomnio no me había dejado dormir.

La cafetería era suya, la había heredado de sus padres, que se habían jubilado unos años antes. Cuando me presenté dos años atrás pidiéndole trabajo, tras ver un cartel en la puerta que ponía «Se necesita camarera», fui sincera en la entrevista. No había puesto un café en mi vida, pero le prometí que pondría todo de mi parte para aprender rápido. No sé qué vio en mí, pero no me preguntó nada más: me tendió un mandil y, con una sonrisa, me llevó hasta la cafetera para darme la primera lección.

—Voy a abrir ya, los más madrugadores estarán a punto de llegar.

—Sí, en menos de diez minutos tendremos a los vaqueros que van a los ranchos devorando desayunos como si llevaran un mes sin probar bocado —le contesté riéndome.

No me equivoqué ni un poquito. Media hora después, la cafetería estaba llena de hombres que paraban a desayunar antes de irse a sus trabajos en los ranchos de los alrededores. Jenny y yo nos movíamos sincronizadas: ella, en la cocina, no dejaba de preparar platos y platos llenos de huevos revueltos, salchichas y pan de maíz, mientras yo los llevaba a las mesas y, al mismo tiempo, llenaba todas las tazas de café que veía vacías.

Todos los días eran iguales. A primera hora siempre teníamos un par de horas frenéticas en las que no parábamos ni un segundo. Luego la afluencia bajaba a un goteo constante de clientes, pero mucho más relajado. A mediodía cerrábamos dos horas para irnos a casa a comer y volvíamos por la tarde, para tener otro rato de mucho trabajo cuando, a la salida de sus empleos, los clientes venían a tomarse una cerveza para terminar el día.

En uno de esos ratos en los que había poco jaleo, Jenny aprovechó para salir a hacer unas gestiones en el banco. Yo estaba limpiando vasos detrás de la barra cuando un hombre con mirada triste y gesto cansado entró por la puerta cargado con una maleta. Se sentó en el primer taburete libre, dejó la maleta a su lado y esperó a que me acercara para pedir.

—Buenos días. ¿Qué quieres tomar? —le pregunté con una sonrisa.

—Buenos días. Un café, por favor —me contestó con voz cansada.

Preparé el café y, en un plato, una magdalena de arándanos. Cuando se lo puse delante, me miró con una ceja alzada.

—No me mires así. Sé que me has pedido solo el café, pero creo que te vendrá bien algo de dulce. Tus ojos ya tienen bastante amargura.

—¿Eres adivina? —preguntó, y una pequeña sonrisa se formó en su boca.

—Solo observadora. Sé reconocer cuando alguien arrastra una mala historia, y tus ojos me dicen que la tienes.

—¿Y de dónde te viene esa capacidad? —preguntó con curiosidad.

—Cuando has visto unos ojos llenos de amargura durante muchos años reflejados en el espejo, supongo que sabes reconocer a otros que dicen lo mismo.

—Pues muchas gracias por intentar endulzar mi día —dijo, dando un mordisco a la magdalena.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —No es que yo charlara mucho con los clientes, pero con ese hombre las palabras me salían solas.

—No, soy de Fort Worth —respondió con nostalgia y tristeza en la voz.

—Yo soy de aquí, de Tucson. Por cierto, soy Luna. —Le extendí la mano. Dudó unos segundos, pero finalmente me la estrechó.

—Encantado. Yo soy Matthew, pero me suelen llamar Mat.

—¿Quieres otro café? —le dije al ver que ya había terminado el suyo.

—Sí, por favor. Luna, ¿tú sabrías decirme algún sitio donde pudiera quedarme? Una pensión que no sea muy cara… o si sabes de alguien que alquile habitaciones.

Cuando dijo eso, una idea cruzó por mi mente. ¿Podría ser que Mat…?

—Te voy a hacer tres preguntas. Si me convencen tus respuestas, te digo el sitio perfecto donde quedarte. —Me miró extrañado, pero asintió animándome a continuar.

—¿Estás aquí huyendo de la justicia? ¿Eres un asesino en serie buscando tu próxima víctima? Y la última, pero no menos importante… —me reí—: ¿te importaría compartir piso con una mujer?

Soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Nunca he tenido problemas con la justicia, ni siquiera una multa de tráfico. En la vida he matado una mosca, mucho menos a una persona. Y definitivamente no me importaría compartir piso con una mujer. ¿Te han convencido mis respuestas?

Me gustaba este hombre. No sexualmente —no me atraía en absoluto—, sino de otra manera… como si pudiera llegar a ser un gran amigo. Su mirada era limpia y sincera, aunque cargada de tristeza.

—¿Quieres ser mi compañero de piso? Sé que no nos conocemos de nada, pero me has causado muy buena impresión desde que has entrado por la puerta. Te seré sincera: tengo problemas para pagar yo sola el alquiler, y la idea de compartir piso lleva días rondando en mi cabeza.

»Soy una persona que cree en el destino, y si este te ha puesto en mi camino, tiene que ser por algo. —Al escucharme, se tomó su tiempo antes de responder, como si tuviera miedo de ofenderme.

—Si estás pensando que entre tú y yo… —dijo señalándonos, pero no le dejé terminar.

—No, por Dios. Lo siento si te ha dado la impresión de que quiero ligar contigo. Que no digo que no estés bien, eso salta a la vista, pero no eres mi tipo.

—Menos mal, porque tú tampoco eres el mío. Eres preciosa, pero te faltaría tener algo entre las piernas para que me gustaras. —Nos miramos y los dos soltamos una carcajada al mismo tiempo.

—Pues, una vez aclarado todo… ¿qué me dices?

—Acepto. Me has caído muy bien, Luna. Creo que tú y yo vamos a ser buenos amigos. También creo en el destino, y pienso que nos ha hecho cruzarnos para compartir nuestras penas.

»Mis ojos te han dicho que llevo amargura dentro, y es verdad. Pero los tuyos me dicen que arrastras una mochila pesada del pasado. Quizás podamos curarnos un poquito el uno al otro.

Y cuánta razón tenía, porque yo pensaba lo mismo.

—Mi turno acaba en media hora, cuando cerramos para comer. Si me esperas, te invito a una lasaña que he dejado preparada y te enseño dónde vas a vivir.

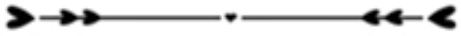
—No tengo nada que hacer, así que te espero lo que haga falta.

—¿Vas a buscar trabajo aquí en la ciudad?

—Ya lo tengo, pero no empiezo hasta la semana que viene. Soy veterinario, y ayudaré al que trabaja en el rancho Diamond. No puede él solo con tantos animales.

—Es un buen rancho. Muchos de los vaqueros que trabajan allí vienen aquí a desayunar y hablan muy bien del dueño. Te voy a poner otra magdalena, así te endulzas un poco más mientras me esperas. —Me sonrió agradecido.

Capítulo 2



Media hora después nos fuimos caminando hacia mi casa. El bloque de pisos donde vivía solo estaba a quince minutos de la cafetería. Eso para mí era muy importante porque me ahorraba dinero en transporte; no tenía coche y tampoco lo necesitaba. Para el ritmo de vida que llevaba —de casa al trabajo y del trabajo a casa— ni una bicicleta me hacía falta.

Mat había llegado a la cafetería en su ranchera. Le dije que la dejara aparcada allí, porque donde estaba el piso era difícil encontrar aparcamiento. Como solo llevaba una maleta, no tuvimos que ir cargados con nada más hasta llegar a casa.

Entramos en el piso y Mat lo miró todo con curiosidad. No es que tuviera muchas cosas, pero todo estaba recogido y limpio. El piso tenía un salón con la cocina integrada, dos habitaciones y un baño. Lo mejor era, sin duda, la pequeña terraza en la que yo me pasaba las horas muertas leyendo o simplemente mirando a la gente pasar por la calle mientras disfrutaba de una buena taza de café.

—¿Qué te parece? Sé que es pequeño, pero para dos personas no está nada mal —le pregunté nerviosa, porque desde que habíamos entrado no había dicho ni una palabra y me dio miedo que se echara para atrás y me tocara buscar a otra persona.

—De momento lo que he visto me gusta mucho. Sin duda, la terraza es lo mejor del piso —me dijo sonriendo, y eso hizo que me quedara más tranquila.

—¿Quieres ver tu habitación?

—Sí, claro.

Le llevé por el pasillo hasta la que sería su habitación. Aunque nunca la había usado nadie, yo era una persona a la que le gustaba tener todo bonito y colocado. Había una cama grande, igual que la de mi cuarto, dos mesillas a los lados, un armario no muy grande —pero suficiente para una persona— y, en una esquina, una mesa pequeña con una silla.

—¿Qué te parece? Sé que el armario no es muy grande. Si necesitas más espacio, en el mío hay un hueco que no uso. Puedes meter allí lo que quieras.

—Me gusta mucho, Luna. Tiene todo lo que necesito. Por el armario no te preocupes, la verdad es que no tengo mucha ropa. Soy un vaquero de pura cepa: los pantalones cómodos y las camisas son lo único que utilizo, además de mi abrigo y mi sombrero.

—La única pega del piso es que solo tiene un baño, que tendremos que compartir. No sé si eso te supone un problema. A mí desde luego que no.

—Pues si para ti no es problema, para mí tampoco, Luna. Piensa que siempre he vivido entre vaqueros; estoy acostumbrado a ver de todo.

—¿Antes vivías en un rancho?

—Sí, en el rancho en el que nací. He vivido allí toda mi vida hasta hace una semana que… —No pudo terminar la frase. Vi cómo se le hacía un nudo en la garganta y su mirada se llenaba de dolor. Algo muy malo le tenía que haber pasado allí para marcharse de su hogar. Eso era algo que compartíamos: la pena de dejar atrás el sitio que amas por el dolor que te causa.

—Cuando estés listo para contármelo, aquí estaré. Créeme que te entiendo; yo también tuve que abandonar mi hogar por el daño que me causaba seguir allí.

—Si quieres, esta noche, cenando y con unas cervezas, nos contamos las penas. Dicen que compartidas son menos —me dijo sonriendo.

—Me parece un plan estupendo. Cuando vuelva de la cafetería cojo unas *pizzas* de camino, así hoy no tenemos que meternos en la cocina.

—Yo esta tarde bajaré a comprar las cervezas y los productos de higiene que necesito. Dime también lo que tengo que comprar para la limpieza de la casa.

—De momento hay de todo. Ya haremos una lista cuando se vayan acabando las cosas —le contesté sonriendo. Que se ofreciera a comprar lo necesario para la casa me pareció que decía mucho de lo buena persona que era.

—También me tienes que decir cómo nos repartimos las tareas de la casa. Yo no tengo problemas con nada: sé cocinar y no se me caen los anillos por hacer ninguna tarea.

—Yo también sé cocinar; es más, me gusta mucho y —no es por presumir — hago unos platos para chuparse los dedos. Si quieres, las tareas nos las repartimos a medias. Cada uno se encarga de su cuarto y la cocina, el baño y el salón los vamos rotando.

—Me parece perfecto. Creo que no he podido tener mejor suerte. Nos vamos a llevar muy bien y la convivencia va a ser muy buena.

—Una cosa sí que quería decirte… —La verdad es que no sabía cómo abordar el tema; me daba una vergüenza horrible.

—Dime lo que sea. Me gustaría que las cosas quedaran claras desde el principio, y si tienes algún problema con algo, me gustaría saberlo.

—Está bien. A mí también me gusta la claridad. Es algo que espero que no te tomes a mal… pero el tema de traer parejas aquí es algo que no sé si llevaría bien.

—Por eso no tienes que preocuparte. Nunca traería a nadie a casa. Si me lío con alguien —que, sinceramente, no creo que pase por ahora— ya me buscaría la vida.

Solté el aire que estaba conteniendo cuando dijo eso. No tenía ganas de encontrarme a otro tío desnudo por la casa o escuchar sus gemidos.

—No creas que es algo personal contra ti, de verdad. Pero es un tema que me incomoda bastante. Eso de tener que ver o escuchar a las parejas de otras personas es algo que no soporto.

—Creo que detrás de esas palabras hay un motivo de peso, ¿no es cierto?

—Sí que lo hay. Digamos que no he tenido una infancia al uso y arrastro algunos traumas desde entonces. El tema del sexo es algo que no llevo nada bien. —Mat me miró con preocupación y ternura al oír mis palabras.

—Te digo lo mismo que tú me dijiste antes: aquí estoy para hablar todo lo que necesites. Creo que te hace más falta que a mí sacar lo que llevas dentro.

—Muchas gracias, lo mismo tienes razón. La verdad es que nunca le he contado a nadie mis problemas. No tengo amigas, ni pareja, y la única con la que tengo trato es Jenny, mi jefa. Ella me ha tratado muy bien desde el primer día, pero nunca he tenido el valor de contarle nada de mi pasado.

—Pues ya va siendo hora de que saques a la luz toda esa mierda que llevas dentro. Estoy pensando que subiré dos paquetes de cervezas; preveo que va a ser una noche muy larga.

Yo también creía que sería una noche muy larga si los dos íbamos a contarnos todo lo que nos atormentaba.

—Menos mal que mañana es fiesta y la cafetería cierra; si no, me veía yendo con dos palillos en los ojos para no quedarme dormida encima del mostrador. —Nos miramos y soltamos una carcajada a la vez.

—Lo mismo con los palillos en los ojos creas una nueva moda que se hace viral. Nunca se sabe cómo va a reaccionar la gente —me dijo sin parar de reír.

—Prefiero quedarme en la ignorancia de lo que pasaría. ¿Quieres ir a colocar tus cosas mientras pongo la mesa y caliento la lasaña?

—Ya las colocaré después; tengo toda la tarde por delante. Yo pongo la mesa mientras tú calientas la lasaña. Solo de pensar en ella se me está haciendo la boca agua; tengo un hambre voraz.

Así lo hicimos. Mat dejó la maleta en la que, a partir de ahora, sería su habitación y vino conmigo a la cocina. Le expliqué rápidamente dónde estaban todas las cosas —los platos, vasos y el resto de los utensilios—. Mientras ponía la mesa y la lasaña se calentaba, saqué una hogaza de pan de maíz que habíamos comprado de camino a casa y corté varias rebanadas.

Para beber, los dos preferíamos agua. Yo no era muy amiga de los vinos y, por lo que me dijo Mat, él tampoco. Solo bebía alguna cerveza de vez en cuando y zumo. Eso era otra de las cosas que teníamos en común.

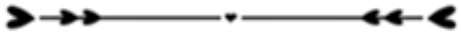
Pasamos un rato estupendo mientras comíamos. Charlamos y nos reímos juntos de todo y de nada; se notaba la complicidad que se había creado entre nosotros. Parecíamos dos personas que se conocían de toda la vida y no solo de unas horas antes. No tocamos ningún tema personal; eso lo dejaríamos para esa noche.

Hablamos del tiempo, del rancho donde Mat empezaría a trabajar la semana siguiente. Yo le hablé de la cafetería donde pasaba la mayor parte de mi tiempo, del buen ambiente que había siempre con la clientela. Él me contó que la noche anterior le había tocado dormir en la ranchera porque no encontró un motel con habitaciones libres. Y me dio las gracias como veinte veces por haberle ofrecido mi casa sin siquiera conocerle.

También acordamos el tema del alquiler. Le dije cuánto pagaba al mes por el piso más los gastos y estuvo de acuerdo con el precio. Pagaríamos todo a medias y pondríamos un bote común para las compras.

La verdad es que yo también le estaba muy agradecida por haber aceptado.

Capítulo 3



Salí con una alegría de la cafetería cuando terminó mi turno que no recordaba haber tenido en años. Saber que alguien me esperaba en casa, con quien compartir una buena cena y una charla, a mí era algo que me hacía muy feliz.

Pasé por la pizzería que estaba cerca de casa a recoger las *pizzas* que ya les había encargado por teléfono antes de salir del trabajo. Le había preguntado a Mat durante la comida cuáles eran sus favoritas, y el muchacho debía de tener buen paladar porque dijo que, mientras fuera buena, los ingredientes le daban igual, que todas le gustaban.

Pedí las más clásicas, una barbacoa y otra carbonara. La verdad, en ese sitio todas estaban deliciosas. Había probado todas las que tenían; desde que vivía allí, una noche a la semana siempre cenaba *pizza*.

Entré por la puerta de casa y había un silencio absoluto. Mat estaba tan concentrado mirando una fotografía que tenía entre sus manos, sentado en el sofá, que no me había oído entrar.

No quise molestarlo; por su gesto de tristeza, seguramente miraba a alguien a quien echaba mucho de menos.

Fui a la cocina lo más sigilosa posible y dejé las *pizzas* en la encimera. También había comprado dos tarrinas de helado de chocolate para el postre y las metí en el congelador.

Fui a mi habitación para coger un pijama y llevármelo al baño; necesitaba darme una ducha rápida antes de cenar.

Me estaba desnudando cuando unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

—Luna, lo siento, no te he oído entrar —me dijo Mat, disgustado.

—Lo sé, te he visto tan concentrado mirando algo que no he querido molestarte. Las *pizzas* están en la encimera; si quieres ir poniendo la mesa, en cinco minutos estoy contigo —le dije, ya metida debajo del chorro de agua.

—Claro, lo tendré todo listo para cuando salgas.

Diez minutos después ya estábamos los dos sentados en la mesa del salón, comiendo el primer trozo de *pizza*.

Mat había sacado también un par de cervezas y un bol con patatas chip.

—¿Cuál es tu veredicto? ¿Te gusta? —le pregunté por la *pizza*, aunque solo con ver su cara me lo podía imaginar; se notaba que estaba disfrutando.

—Joder… están buenísimas. Hacía tiempo que no comía una tan rica. A Olivia le quedan deliciosas, pero estas no se quedan atrás. Menos mal que no puede oírme, si no ya me habría ganado una colleja. —Cuando nombró a esa mujer, noté que hablaba de ella con mucho cariño.

Me entró la curiosidad por saber quién era, así que le pregunté:

—¿Quién es Olivia?

—La cocinera del rancho donde he vivido toda mi vida, para mí como si fuera mi madre. Me ha cuidado desde que era un crío, llevándome también mil regañinas por su parte. —Se le notaba que la echaba mucho de menos.

—¿Quieres contarme por qué te fuiste? Creo que de ahí viene tu pena, porque echas de menos tu hogar.

—No te equivocas, echo de menos todo aquello, pero sobre todo a mi gente. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Realmente los echaba muchísimo de menos; se me encogió el corazón al verlo así.

—Mat… —Me levanté para darle un abrazo.

En cuanto notó mis brazos a su alrededor, se derrumbó echándose a llorar sobre mi hombro.

Lo tuve abrazado hasta que el llanto fue cesando poco a poco.

No sabía cómo lo iba a hacer, pero en ese momento me prometí a mí misma que haría lo que hiciera falta por ayudarlo.

—Gracias, realmente lo necesitaba. No es que sea un llorón ni nada parecido, pero llevo una pena dentro que no me deja vivir tranquilo.

—No tienes que agradecerme nada, todos necesitamos desahogarnos en algún momento, aunque sea en soledad. Dicen que las lágrimas limpian el alma. ¿Estás mejor? —le pregunté acariciándole la mejilla.

—Sí, ya estoy listo para contarte mi historia. ¿Por dónde empiezo? —se preguntó a sí mismo.

—Por el principio, siempre por el principio.

—Nací en el rancho Wells hace treinta y cinco años. Mi padre era el capataz de ese rancho y el mejor amigo del dueño. Ese mismo año, solo con dos meses de diferencia conmigo, nació su hijo Ryder.

»Mi madre y la suya eran mejores amigas de la infancia. Para ellas, vivir en el mismo sitio y con dos hijos de la misma edad era un sueño hecho realidad; siempre habían sido inseparables desde que eran niñas.

»Ryder y yo hemos crecido como si fuéramos hermanos, hemos hecho siempre todo juntos. Incluso fuimos a la misma universidad: yo estudié Veterinaria y él Dirección y Gestión de Empresas.

»Nuestro sueño siempre ha sido dirigir el rancho juntos, como hacían nuestros padres. —Por su cambio de expresión intuí que ahora llegaríamos a la parte mala de la historia.

—Espera, voy a por otras dos cervezas, creo que nos vendrán bien —Mat asintió y yo me levanté al frigorífico a por ellas—. Toma, ya puedes continuar.

—Cuando teníamos diecisiete años, unos meses antes de acabar el instituto, mis padres y la madre de Ryder fueron a comprar al pueblo todo lo necesario para celebrar una barbacoa ese mismo fin de semana. Era algo que solíamos hacer bastante a menudo; solían venir los vecinos y algunos amigos.

»Cuando volvían de comprar, un caballo que se había escapado de un rancho cercano al nuestro se cruzó en su camino. Mi padre no pudo frenar a tiempo y, al intentar esquivarlo, chocaron con un árbol. Ese día ninguno de los tres volvió a casa.

—Mat, lo siento muchísimo. Perder a uno es horrible, no puedo llegar a imaginar lo que tiene que ser perder a los dos el mismo día. —Le apreté las manos para que supiera que comprendía su dolor.

—Cuando eso pasó, Ryder, su padre y yo quedamos devastados. Aun así, Elías —el padre de Ryder— se tragó su dolor y se volcó con nosotros.

»Contrató un buen abogado para arreglar mi situación y, dos meses después, firmó los papeles de mi adopción.

»Le estaré eternamente agradecido por eso; si no hubiera sido por él, habría acabado en el sistema como uno de tantos huérfanos que hay con una situación parecida a la mía.

—Se nota que te quería, no todo el mundo está dispuesto a adoptar a un adolescente.

—Sí que me quería, igual que yo a él. Nunca hizo diferencias entre Ryder y yo, ni cuando vivían mis padres ni después tampoco. Igual que mis padres con Ryder.

—Hablas de él en pasado. ¿Cuándo murió? —Era algo de lo que me había dado cuenta hacía rato; hablaba de todos en pasado menos de Ryder.

—Murió hace seis meses de un infarto. Yo estaba con él en ese momento jugando una partida de ajedrez en el salón. Tenía mucho estrés encima

últimamente y el médico dijo que seguramente eso había influido para que su corazón fallara.

—¿El rancho no va bien? ¿Por eso estaba sometido a tanta presión?

—No, el rancho va de maravilla, es el mejor de la zona y da muy buenos beneficios. El problema era otro. —Si no había problemas de dinero, supuse que sería algo relacionado con su hijo.

—¿Ryder?

Mat asintió y se levantó para sacar su cartera del bolsillo del pantalón, sacando a continuación la foto que le había visto mirando cuando llegué a casa.

—Este es Ryder. Nos hicimos esta foto hace unos nueve meses, en la última barbacoa. —Me tendió la foto para que la viera y poco más y no me caigo de culo. Madre mía del amor hermoso, vaya pedazo de hombre.

Mat, al ver mi cara, se echó a reír.

—Por tu cara yo diría que él sí es tu tipo, ¿no?

—Joder, mi tipo y el de cualquiera. Nunca había visto un hombre tan guapo en mi vida —le contesté, poniéndome roja como un tomate.

—Suele causar ese efecto, sí —dijo riéndose a carcajadas.

—No me digas que tú… —Jolín, qué difícil era esto, no sabía cómo preguntárselo.

—No. Como ya te he dicho, le quiero como a un hermano; jamás me he fijado en Ryder de esa manera. —Su mirada se llenó de ira en esos momentos.

—Pero alguien piensa que sí sientes algo por él, ¿no es así?

—Más bien han usado esa baza para separarnos. —Le vi apretar los puños y los dientes por el enfado que tenía.

—Una mujer, supongo.

—Supones bien, y no cualquier mujer. La más ambiciosa y mala que he conocido en mi vida. Pero a Ryder lo tiene bien engañado.

—Cuéntame qué ha hecho esa mujer. Tengo que conocer todos los detalles antes de viajar hasta allí y dejarla calva.

Mat, al oírme, soltó una carcajada. Verle reír me hizo sentir bien; al menos, con mis tonterías parecía que le costaba menos contármelo. Se pasó una mano por la frente, como si necesitara ordenar los recuerdos, y empezó a hablar. Yo no lo interrumpí en ningún momento.

Camila —que así se llamaba la novia de Ryder— era la hija del dueño del rancho vecino al suyo. Desde siempre había estado detrás de él, intentando que saliera con ella. Al principio él pasaba del tema porque era una niña a su lado —le sacaba ocho años—, pero el tiempo fue pasando y ella creció, y muy bien, por lo que me contó Mat.

Él hizo un pequeño gesto con la mano, como quitándole importancia al «muy bien», pero en su expresión había fastidio.

Hasta que no consiguió que saliera con ella no paró. Su sueño era ser la dueña y señora del mejor rancho de Texas, y nada ni nadie podía interponerse en su camino. Elías le había parado muchas veces los pies porque, cuando iba al rancho, daba órdenes a todos los que trabajaban allí como si fuera la dueña.

Mat negó despacio con la cabeza, recordando.

Delante de Ryder mostraba siempre una cara: la de una niña buena y sumisa que parecía que no había roto un plato en su vida. Pero todos los demás habían visto su verdadera cara. A Olivia, que era un amor de mujer, la trataba como a una sirvienta, amenazándola con que, cuando fuera la dueña, la pondría de patitas en la calle si decía algo.

A Mat se le tensaron los hombros al mencionarla; se notaba lo que significaba para él aquella mujer.

Por lo que me había dicho, Ryder era ajeno al trato que ella les daba a todos. Su padre había intentado abrirle los ojos muchas veces; eso les había costado muchas discusiones. Incluso el propio Mat le había dicho que no le quería, que solo quería su dinero, pero él estaba tan cegado con ella y la tenía tan engañado que no había manera de hacerle cambiar de opinión.

Cuando murió Elías de un infarto y se leyó el testamento que había dejado, ahí empezaron los verdaderos problemas.

Mat bajó la mirada al suelo un momento, como si todavía le pesara.

Les había legado el rancho a los dos a partes iguales. Pero había una cláusula en él: si uno de los dos abandonaba el rancho para vivir en otro sitio, automáticamente el otro se quedaría con su mitad, siendo el único propietario de todo.

Camila, al enterarse, puso el grito en el cielo —aunque por supuesto no delante de Ryder—. Fue a enfrentarse a Mat para exigirle que renunciara a su parte de la herencia; ese rancho solo tenía que ser entero de su futuro marido.

Mat esbozó una sonrisa amarga.

Él se negó, porque si esa era la última voluntad de Elías, pensaba respetarla. Camila lo amenazó diciéndole que o lo hacía por las buenas o por las malas. Como Mat siguió sin ceder, ella tramó un plan para que abandonara el rancho.

Una noche, que Ryder volvía de los prados más pronto de lo habitual, se encontró con la escena en el salón de la casa.

Mat tragó saliva, visiblemente incómodo al recordarlo.

Allí estaba él, gritando; Camila, llorando y toda golpeada, sangrando por la nariz y el labio, y con una brecha en la ceja. Cuando lo vio entrar, se tiró a sus brazos llorando y diciéndole que Matthew la había pegado.

Ryder se enfrentó a Mat exigiéndole una explicación, pero Mat, horrorizado por la situación, se quedó mudo. Sentí que revivía ese silencio al

ver cómo cerraba los puños sobre sus rodillas. Camila se le adelantó y empezó a soltar su versión entre sollozos perfectamente estudiados.

Le contó a Ryder que llevaba tiempo acosándola para que lo dejara porque estaba enamorado de él, y que, como ella no quería hacerlo porque le amaba con todo su corazón, las amenazas que llevaba tiempo haciéndole con que la mataría había intentado cumplirlas esa noche.

La cara de Mat se ensombreció.

—Lo dijo así, palabra por palabra —murmuró, sin mirarme.

Ryder, por los años de amistad que habían tenido, le dio a elegir: o llamaba al sheriff y acababa en la cárcel, o se largaba de allí para siempre.

Y bueno… cualquiera podía imaginar la opción que escogió Mat si en ese momento estaba sentado conmigo en mi salón.

—Qué hija de puta —le dije a Mat, muy enfadada.

—Con todas las letras y en mayúsculas lo es.

—Pero tú no le pegaste —en ningún momento dudé de ello, los ojos de Mat transmitían sinceridad absoluta—. ¿No había manera de demostrar que Camila estaba mintiendo?

—Cuando entró en el salón de esa manera… —Mat apretó la mandíbula al recordarlo—, aunque no la tragaba, como cualquier persona que ve a otra herida, mi cuerpo reaccionó por instinto para ayudarla.

»Me acerqué a ella para mirarle la cara, inclinado hacia delante, y entonces me agarró las manos. Tenía las suyas llenas de sangre; sentí el calor pegajoso antes de darme cuenta de que las mías ya estaban manchadas igual.

Mat se pasó una mano por la nuca, frustrado.

—Supongo que sabía el momento justo en el que Ryder llegaría, porque un minuto después oímos sus pasos acercándose por el porche.

»Con la misma sangre que tenía en las manos, se agachó junto a mí, rápido, casi sin que me diera tiempo a reaccionar, y manchó mi bota derecha.

Alzó la mirada hacia mí, como buscando asegurarse de que entendía el alcance de aquello.

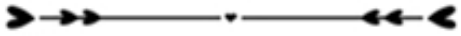
—Eso, a ojos de cualquiera… —tragó saliva—, se vería como que yo le había dado una patada en la cara. Por eso su sangre acabó en mi calzado.

—Lo planeó todo —dije, pensativa—. Sabía la hora en que Ryder llegaría, lo que tenía que decirle para que la creyera; la sangre en tus manos y en tu bota fueron la guinda del pastel para parecer culpable a los ojos de cualquiera.

—Ryder me dijo cosas horribles que me dolieron muchísimo. ¿Cómo pudo creer que yo pegaría a una mujer? Me conoce de toda la vida, joder. Y creerla en lo de que yo estaba enamorado de él, eso es lo peor de todo; somos hermanos. Así que ella se salió con la suya.

»Esa misma noche cogí una maleta, le conté todo a Olivia, que fue de la única de la que me despedí, y me marché. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Capítulo 4



La historia de Mat me dejó con un mal sabor de boca. ¿Hasta dónde podía llegar la maldad humana? Y todo por conseguir dinero y estatus. Estaba claro que la tal Camila era una mujer sin escrúpulos, dispuesta a todo por ser la dueña y señora del rancho. Había usado todas las armas posibles para engañar a Ryder, cargándose la amistad de dos hombres que eran como hermanos.

—¿Y qué hay de ti, Luna? ¿Cuál es tu historia? —me preguntó Mat, abriendo la tercera cerveza.

—En lo único que se parece a la tuya es en que también estoy sola por culpa de una mujer. En mi caso, mi madre. —Me miró levantando una ceja, sorprendido.

—¿Te hizo daño? —preguntó, temiéndose lo peor.

—Lo hizo. Indirectamente, pero lo hizo. ¿Quieres oír mi historia?

Él solo asintió y tiró suavemente de mí para que apoyara la cabeza en su hombro antes de que empezara a hablar.

Acomodada allí, me sentí por primera vez en mucho tiempo protegida por alguien. Eso me dio el valor necesario para empezar con mi relato, que Mat escuchó hasta el final sin interrumpirme ni una sola vez.

Nací aquí, en Tucson, hace veinticinco años. Mis padres se casaron muy jóvenes, pero muy enamorados. Mi padre era un gran abogado, y mi madre, al

quedarse embarazada tan joven, decidió quedarse en casa para cuidarme. Los primeros quince años de mi vida fueron como los de cualquier chica normal de mi edad.

Unos días antes de mi decimosexto cumpleaños, un coche que se saltó un *stop* atropelló a mi padre. En el hospital estuvieron horas intentando salvarle la vida, pero no lo consiguieron. Murió esa misma noche.

Los meses siguientes, mi madre se sumió en una depresión de la que no era capaz de salir. Las facturas de la casa, sumadas a las del hospital, empezaron a acumularse. Llegó un momento en que estábamos tan ahogadas que dejé los estudios y me puse a trabajar en lo que saliera. Cuidé niños, paseé perros, limpié casas y oficinas. Cualquier cosa que aparecía la aceptaba sin dudar.

Las tornas habían cambiado: en vez de cuidarme ella a mí, debía cuidarla yo a ella.

Un año después de la muerte de mi padre, parecía que mi madre empezaba a levantar cabeza, pero nada más lejos de la realidad. Esa mujer que había sido todo para mí ya no era mi madre. Empezó a salir con gente poco recomendable, bebía hasta el agua de los floreros y se drogaba con cualquier mierda que sus nuevos amigos le proporcionaban.

Lo que no me esperaba por nada del mundo fue lo que vino después. No tenía bastante con las drogas y el alcohol: empezó también a tener sexo sin control, le daba igual un hombre que dos. Por casa pasaron tantos que llegó un momento en que perdí la cuenta.

Cada noche, después de cenar, tenía que encerrarme en mi habitación y poner la música alta o taparme la cabeza con la almohada para no oír sus gritos y gemidos.

La vecina de al lado, que sabía perfectamente lo que ocurría —las paredes eran finas como papel—, muchos días me ofrecía pasar la noche en su casa. Pero yo me sentía en la obligación de seguir cuidando a mi madre y nunca acepté.

Una noche, hace dos años, me dolía muchísimo la cabeza y salí de mi habitación para coger un analgésico del baño. Antes de llegar, el hombre que

estaba aquella noche con mi madre me acorraló contra la pared e intentó tocarme por todos los lados.

A mi primer chillido me tapó la boca y me arrastró hasta el sofá. De un empujón me tumbó y él se colocó encima de mí. Luché todo lo que pude, pero era demasiado grande.

Justo en el momento en que iba a penetrarme, un grito de mi madre lo hizo apartarse de encima. Y yo, ilusa de mí, pensé que me protegería, que echaría a ese cabrón de nuestra casa.

Pero me equivoqué de pleno.

A quien chillaba mi madre era a mí, llamándome de todo, acusándome de querer quitarle a su hombre y de provocarlo con mi cuerpo de jovencita.

Salí de allí corriendo y, por primera y última vez, pasé la noche en casa de la vecina, que me abrazó durante horas para consolarme. Me había visto nacer y estaba horrorizada por el cambio tan grande que había dado mi madre. Me dijo que lo mejor para mí era marcharme lejos de ella, porque si no, las cosas iban a acabar muy mal.

A la mañana siguiente, cuando oí que mi madre y ese hombre se iban de casa —seguramente a buscar su dosis o a comprar alcohol—, entré corriendo, cogí la ropa que pude y el poco dinero que tenía guardado, y me largué sin mirar atrás.

Durante mucho tiempo me sentí culpable por abandonarla, hasta que comprendí que fue ella quien me había abandonado a mí primero.

Todo lo que viví me ha hecho ser una persona más fuerte, decidida, y que no se achica ante nada ni nadie.

—Joder, Luna… no sé ni qué decir —susurró Mat, horrorizado.

—No hace falta que digas nada. Solo con escucharme ya has hecho que me sienta mejor —le dije abrazándolo.

—¿Dónde fuiste después de salir de esa casa de los horrores?

—Estuve un mes durmiendo en un parque —respondí bajando la mirada.

—No bajes la mirada, por favor. No debes avergonzarte de eso. Deberías estar orgullosa de ti misma. No creo que haya nadie que aguantara más de cinco años lo que tú aguantaste. Eres la persona más valiente que conozco.

—No pude ayudarla —susurré.

—Por mucho que nos empeñemos, no se puede ayudar a quien no se deja. ¿Has vuelto a saber algo de ella desde que te marchaste?

—Hace como un año me encontré, de casualidad, a la vecina que me ayudó. Le pregunté por ella y me dijo que había fallecido dos meses antes por una sobredosis. Sentí mucho su muerte. Pese a todo lo que pasó… era mi madre y la quería.

—Esos sentimientos son los que nos hacen humanos. ¿Cómo acabaste saliendo de la calle?

—Por las mañanas vagaba por las calles. El poco dinero que me llevé se acabó rápido. Tuve que comer de las sobras que tiraban los restaurantes durante unos días. La cafetería donde trabajo era uno de los sitios donde más me gustaba coger lo que tiraba Jenny.

»Un día, esperando en la esquina a que sacara la basura, la vi poner un cartel de que necesitaba una camarera. Pensé: «¿Por qué no?». El no ya lo tenía. Entré y le pregunté por la oferta. Le fui sincera: nunca había trabajado de camarera, pero aprendía rápido.

»No me preguntó nada más. Me dio un mandil y empecé ese mismo día. Creo que alguna vez me había visto rebuscar en los cubos. Si es así, nunca me lo ha dicho.

—¿Seguiste durmiendo en la calle?

—Sí. Pero ya no volví al parque. Hay un desguace cerca de aquí; me quedé allí hasta que cobré el primer sueldo. Y tuve suerte con este piso: el casero no pedía fianza, así que pude pagarlo.

—Ese tiempo comías en la cafetería, ¿no?

—Así es. Todo lo que era para tirar lo apartaba en una bolsa sin que Jenny me viera y me lo llevaba al salir.

—Eres una superviviente, Luna —dijo Mat, mirándome con un orgullo sincero.

—Y tú eres un buen hombre que no se merece lo que le han hecho.

—Vaya dos nos hemos ido a juntar —dijo riéndose, contagiándome la risa.

—Estoy segura de que la vida nos tiene guardado algo bueno. No hemos podido venir a este mundo solo para sufrir. Y de eso ya tenemos el cupo completo.

—Tú más que yo.

—Te voy a hacer una promesa aquí y ahora. No pude ayudar a mi madre, pero te juro por la tumba de mi padre que voy a hacer todo lo posible por ayudarte a volver a tu hogar.

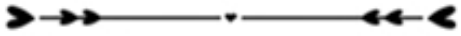
—No tienes por qué ayudarme. Bastante has hecho dejándome quedarme contigo.

—No tengo por qué hacerlo, lo sé. Pero quiero hacerlo. Es muy injusto lo que te han hecho. Voy a ayudarte a desenmascarar a Camila ante Ryder.

—No quiero que te metas en problemas por mí, Luna.

—Yo no voy a meterme en ningún problema. El problema lo van a tener ellos cuando me tengan delante. Vivir en la calle te hace ver la vida de otra manera… y aprender ciertas habilidades. —Le guiñé un ojo—. No pienso consentir que esa desgraciada se quede con lo que es tuyo. Ni que te aleje de Ryder.

Capítulo 5



Quince días habían pasado desde que Mat y yo nos contamos nuestras vidas, acompañados de *pizza* y cerveza.

La convivencia con él iba de maravilla: cada uno se ocupaba de su parte en la casa, y las comidas y las cenas nos las turnábamos.

Había empezado a trabajar en el rancho como ayudante del veterinario principal hacía ya una semana. Y aunque él me decía que todo iba bien, que el trabajo le gustaba, sus ojos no decían lo mismo. Se le notaba que echaba muchísimo de menos su hogar y a su gente… sobre todo a Ryder.

Cuando llegué a la cafetería ese día, Jenny ya estaba preparando todo para cuando empezaran a llegar los primeros vaqueros.

La noté nerviosa, inquieta. Sabía que quería decirme algo, pero no se atrevía. Decidí ponérselo fácil.

—¿Qué ocurre, Jenny? Sea lo que sea, puedes decírmelo sin miedo —pregunté, y ella me miró sorprendida. Yo le sonreí para tranquilizarla.

—No se te escapa una… No he conocido a nadie tan intuitiva ni que sepa leer a la gente como tú —sonrió, pero esa sonrisa no le llegó a los ojos. Y eso ya empezó a preocuparme.

—Aún quedan unos minutos para que esto se llene. Venga, Jenny, dime qué pasa. Si tienes un problema, sabes que te ayudaré.

—Tengo que cerrar la cafetería, Luna —dijo finalmente, con la voz temblorosa—. Mi madre se está muriendo y quiero estar a su lado los meses que le queden. Sé que voy a hacerte una faena muy grande, porque te quedarás sin trabajo… pero no puedo hacerlo de otra forma. Ellos viven a cien kilómetros, no puedo ir y venir todos los días.

Cuando sus ojos se llenaron de lágrimas, la envolví en mis brazos. Sabía cuánto adoraba a sus padres; era normal que quisiera estar con ellos.

—No te preocupes por mí, Jenny. Me buscaré la vida como siempre he hecho. Ahora lo importante es que estés con tu madre. Cuídala, dale todo el cariño que puedas. Si me necesitas para lo que sea, aquí estoy.

—Gracias por ser tan comprensiva… Después de lo que pasaste, no es justo que vuelvas a quedarte sin trabajo. Espero de corazón que encuentres algo rápido. —Con sus palabras confirmé lo que siempre había sospechado: Jenny sabía perfectamente mi situación cuando me contrató, y aun así me dio una oportunidad. Eso decía mucho de su corazón.

—Siempre lo supiste, ¿no? —pregunté. Ella entendió de inmediato a qué me refería.

—Sí. Y si te estás preguntando si te di el trabajo por pena, la respuesta es no. Cuando te sentaste delante de mí aquel día, y aun necesitando tanto el trabajo, fuiste sincera… eso me lo dijo todo. Otros habrían mentido sin pestañear para conseguirlo. Por eso no dudé en darte la oportunidad.

—Gracias por no comentarlo… Es algo de lo que me cuesta hablar —murmuré. Jenny solo asintió—. ¿Cuándo te marchas? —pregunté.

—Al final de la semana. El domingo será el último día que abramos. —Eso eran cinco días, porque estábamos a martes—. Puedes tomarte el resto de la semana libre para buscar otro trabajo. Te pagaré el mes completo igualmente.

—No hace falta. Vendré hasta el domingo contigo. Es mucho trabajo para una sola persona y lo sabes.

—Pero sería mejor que empezaras ya a buscar…

—No voy a buscar nada de momento. Le he prometido a Mat que voy a ayudarle a recuperar su vida. Y quedarme sin trabajo justo ahora… creo que es una señal. Ya tenía algo en mente para mis vacaciones, pero dadas las circunstancias, adelantaré mis planes.

—Parece un buen muchacho. Algo muy gordo le ha debido pasar para tener siempre esa mirada tan triste. Si necesitas ayuda con tu plan, cuenta conmigo.

—No te preocupes, tú céntrate en tu madre. Yo me las apaño sola para poner las cosas en su sitio en ese rancho del que Mat nunca debería haber salido.

—Me alegro por él. Ha encontrado en ti a la mejor amiga posible. Sé que conseguirás lo que te propongas. Que se preparen en ese rancho, porque no saben la que se les viene encima. Vas a provocar un eclipse —dijo riéndose.

Jenny me conocía muy bien después de tanto tiempo juntas, y sabía cómo me las gastaba.

Supongo que todo lo que me había pasado me había convertido en la persona que era ahora: no dejaba que nadie me pisara y no dudaba en poner a cualquiera en su sitio.

Los vaqueros de la cafetería lo sabían. Al principio, más de uno intentó pasarse de listo con comentarios sexuales; otros me invitaron «a echar un polvo». Mi lengua mordaz los dejó en ridículo más de una vez, y pronto desistieron. Con el tiempo, me gané su respeto. Me veían como una persona, no como un trozo de carne.

Sabía que mi físico llamaba la atención; siempre había sido así. Mi pelo largo y rubio, mis ojos violetas —algo poco común— y mis curvas bien puestas, junto a un pecho generoso, formaban el combo perfecto para atraer miradas masculinas en cualquier sitio. A mí, más que gustarme, me incomodaba.

—Mat, ya estoy en casa… ¿Mat? —llamé, pero no respondió. Era raro: me había dicho que era noche de burritos y que estaría preparándolos.

Fui a su habitación, la puerta estaba entreabierta. No estaba. En el baño tampoco. Solo quedaba un sitio. Retiré las cortinas que daban a la terraza. Allí estaba Mat, sentado en una de las tumbonas, la mirada perdida, completamente absorto. Su postura rígida y su expresión apagada hicieron que se me encogiera el pecho.

Salí a la terraza y me senté a su lado. Al principio ni siquiera se dio cuenta. Solo lo hizo cuando le pasé suavemente la mano por el pelo. Entonces se giró y me dedicó la sonrisa más triste que había visto nunca.

—Hola, Luna… Lo siento, se me ha hecho tarde. —Miró su reloj—. No tengo los burritos preparados, pero los hago ahora mismo. Seguro que vienes con hambre. —Intentó levantarse, pero lo detuve con la mano.

—Me importa una mierda la cena. Ahora mismo solo me importas tú. ¿Qué ha pasado? Y no me digas «nada», porque no me lo creo.

Sus ojos se clavaron en los míos un segundo antes de rendirse. Tomó aire, lo soltó todo de golpe, y empezó a hablar.

—Ryder y Camila se casan en tres meses. Ayer fijaron la fecha.

Solté un bufido tan fuerte que consiguió que él sonriera… un poco.

—¿Te lo ha dicho Olivia? —pregunté.

Mat hablaba casi a diario con la cocinera del rancho, a la que consideraba su madre. Ella nunca había creído las mentiras de Camila.

—Sí, me lo dijo esta tarde… Si se casan, jamás podré volver a mi casa, Luna. Ella no lo permitirá.

La que no iba a permitirlo era yo.

—Esa boda no se va a celebrar.

Él levantó la mirada, sorprendido.

—¿Cómo que no se va a celebrar? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque yo no lo voy a permitir, por eso lo sé —sonreí.

—¿Qué dices? ¿Cómo podrías impedir tú esa boda desde aquí?

—Es que no lo voy a hacer desde aquí —recalqué—. Voy a ir al rancho Wells y voy a poner las cosas en su sitio.

Mat abrió los ojos de par en par.

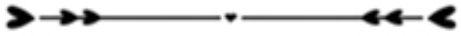
—¿Y tu trabajo? Luna, no puedes dejar tu vida por intentar arreglar la mía.

—Ya no tengo trabajo —le conté lo de Jenny y la cafetería—. Así que adelantaré mis planes.

—¿Qué planes? ¿Ya tenías algo en mente para ayudarme? —preguntó, alucinado.

—Claro. Llevo pensando en ello desde el día en que me contaste tu historia.

Capítulo 6



Agarré a Mat de la mano para meterlo dentro de la casa y sentarnos en el sofá. Le dije que descansara un rato mientras yo preparaba algo rápido de cena; ya haríamos los burritos otro día.

Hice dos sándwiches dobles con lechuga, tomate, pavo, queso y mayonesa. Cogí un par de cervezas y lo llevé todo en una bandeja hasta el salón.

Cuando Mat me vio aparecer, me agradeció que me hubiera ocupado de alimentarnos, porque él no tenía el día para cocinar ni para nada.

Cenamos en silencio, disfrutando del sencillo pero delicioso sándwich y, cuando terminamos, saqué una tarrina grande de helado de chocolate que nos acompañaría en la importante conversación que vendría a continuación, una conversación que cambiaría nuestras vidas.

—¿Me vas a contar ya qué tienes en mente? ¿O tengo que suplicar? Porque te aseguro que lo haré, estoy que me muero de curiosidad.

—Eres un impaciente —dije riéndome—. Claro que voy a contarte mi plan. Tienes que saberlo, porque necesito que me ayudes a ponerlo en marcha.

—¿Qué necesitas? —preguntó, poniéndose algo tenso.

—Necesito que llames a Olivia, a ver si ella puede ayudarme. ¿Cuándo crees que sería un buen momento? —pregunté, mirándolo con expectación.

Mat miró el reloj de su muñeca antes de contestar.

—Ahora estará en su habitación, no hay problema de que nadie la oiga hablar con nosotros.

—Pues venga, llámala por videollamada. Así, de paso, la conozco —le animé con un gesto de la mano.

Dos minutos después, la cara de una mujer de unos sesenta años, con la mirada más entrañable que había visto nunca, apareció en la pantalla. Se notaba el cariño que se tenían por cómo se miraban.

Mat nos presentó, y supe de inmediato, nada más cruzar las primeras palabras con ella, que Olivia estaría dispuesta a hacer todo lo posible por ayudarnos. Que Mat volviera a casa era una prioridad para ella.

Para llevar a cabo mi plan de desenmascarar a la mentirosa de Camila, tenía que estar lo más cerca posible de ella y de Ryder. Así que mi idea era trabajar en el rancho. Desde luego, en los prados con los vaqueros no podría hacerlo, pero en la casa sí.

Ahí entraba Olivia en la ecuación. Tenía que decirle a Ryder que necesitaba a alguien con ella en la casa para que le echara una mano. La excusa sería que cada día estaba más mayor y no podía sola con todo.

Estuvimos bastante rato hablando los tres. A Mat, al principio, la idea de que yo me fuera allí un tiempo para intentar ayudarle no le hizo ninguna gracia. Pero entre las dos logramos convencerlo.

A Olivia el plan le pareció buena idea desde el primer momento. Además de intentar ayudar a Mat, ella estaría acompañada, y eso le encantó.

—¿Entonces hablarás con Ryder mañana? —le preguntó Mat.

—Sí, en el desayuno se lo propondré. Estoy segurísima de que me dirá que sí.

—¿Y cómo haremos para que contrate a Luna? —preguntó Mat, frunciendo el ceño—. Hará preguntas sobre ella si se presenta así, sin más, y

puede sospechar que algo no cuadra en esta historia.

Eso era algo que a mí también me preocupaba. De algún sitio tenía que salir yo sin que pareciera raro.

—Por eso no os preocupéis —dijo Olivia, tranquila—. Estos días está muy ocupado, es época de partos.

Cuando dijo eso, vi en la mirada de Mat cuánto le gustaría estar allí en ese momento, ayudando con los animales. Eso me dio todavía más fuerzas.

—Le diré que yo me encargaré de buscar a alguien, que otras mujeres del pueblo han solicitado ayuda de chicas para las tareas domésticas en una agencia de empleo, y que yo personalmente elegiré a la que tenga mejores referencias.

—Es una magnífica idea, Olivia. Prepararé un currículum y unas referencias buenísimas, por si le da por pedirlas en algún momento. Mejor ir un paso por delante, por lo que pueda pasar —respondí, ya pensando mentalmente en ello.

—Perfecto, porque seguro que cuando te vea querrá saber más de ti —dijo con una sonrisilla que no me gustó nada.

—¿Qué quieres decir con eso de que querrá saber más de mí? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—Eso que te lo cuente Mat después. Yo, en esos temas, aunque sepa más de lo que me gustaría, prefiero mantenerme al margen —Olivia se rio, y Mat carraspeó. Yo los miré a los dos sin entender de qué demonios hablaban.

—Después te lo explico, ¿vale? —dijo Mat, desviando la mirada.

Asentí, aunque me quedé con la mosca detrás de la oreja, y seguimos trazando el plan de mi llegada.

—Si mañana Ryder le da luz verde a Olivia… —dije, volviéndome hacia Mat—, ¿cuándo tendría que salir de aquí para que sea creíble que ha revisado bien a todas las candidatas?

Ya había estado mirando por mi cuenta esa misma tarde, en la cafetería, mientras no había clientes, cuánto tardaría en llegar hasta allí en autobús.

No había uno directo. Primero tendría que coger uno desde Tucson hasta El Paso, que tardaba cuatro horas y media. En la misma estación, cogería otro que me llevaría desde El Paso hasta Fort Worth, unas once horas y media más.

Era una auténtica paliza, pero podría dormir en los autobuses todo lo que quisiera. Para alguien como yo, eso no suponía ningún problema; había dormido en sitios mucho peores.

—Hoy estamos a martes —dijo Olivia, pensativa—. Dos o tres días para que parezca que estoy eligiendo a la mejor, y otro día que será casi lo que tardes en llegar si paras a dormir en algún motel por el camino…

»Creo que lo mejor sería que estuvieras aquí el domingo. Es el día que Ryder suele tomarse más libre y está más en casa. Nos vería juntas mientras te explico tus tareas, y así todo sería más creíble.

—Perfecto, pues iré mirando los billetes. Con salir el sábado de aquí me vale. Cogeré los dos autobuses seguidos; no voy a parar a dormir en ningún motel.

—¿Entonces tenemos un plan? —preguntó Mat, sonriendo por primera vez en serio aquella noche.

—¡Lo tenemos! —contestamos Olivia y yo a la vez, emocionadas.

Estuvimos hablando un rato más con ella. Sobre todo, le preguntó muchas cosas a Mat sobre su nuevo trabajo: si estaba a gusto, si le trataban bien y, sobre todo, si estaba comiendo.

Eso último me hizo mucha gracia. Como para no comer… el muchacho tenía un saque que madre mía. No había cosa que no le gustara o a la que pusiera pegas, todo le venía bien.

Cuando nos despedimos de Olivia, era ya bastante tarde. Mat dijo que iba a darse una ducha y luego se iría a dormir. Él madrugaba más que yo; solía levantarse al amanecer para estar pronto en el rancho.

Antes de que se fuera a la cama, le recordé que no pensara que se me había olvidado lo que había dicho Olivia sobre Ryder, y que al día siguiente no se libraría de un interrogatorio completo.

Al día siguiente de nuestra conversación con Olivia, llegué a la cafetería media hora antes de mi hora de entrada. Quería hablar con Jenny de mis planes.

Le había dicho que me quedaría con ella hasta el domingo, pero después de trazar nuestro plan tenía que adelantar dos días mi marcha. Estaba segura de que no le importaría, teniendo en cuenta que ella misma me había ofrecido tomarme la semana entera.

—Buenos días, Jenny —saludé.

Ella miró el reloj y luego a mí, extrañada de verme tan pronto allí.

—Vienes temprano hoy, Luna. ¿Ocurre algo?

—La verdad es que sí. Quería hablar tranquilamente contigo de algo.

—Vamos a tomarnos un café sentadas y me cuentas qué pasa —dijo, sacando ya dos tazas y poniendo en marcha la cafetera.

Diez minutos después, nos sentamos con los cafés y una magdalena para cada una.

—Tú dirás —me animó Jenny, haciendo un gesto con la mano.

—Verás… Sé que te dije que me quedaría hasta el domingo, pero necesito que el viernes sea mi último día. Me marcho a Texas el sábado.

—Luna, te dije que te cogieras los días que necesitaras. Si te marchas a Texas el sábado, necesitarás tiempo para preparar la maleta. Además, el viaje es largo y tendrás que estar descansada. Hoy será tu último día —dejó claro, sin dar opción.

Abrí la boca para decirle que no, pero no me dejó hablar.

—Y no me digas que no, porque no te dejaré ponerte el mandil. —Se echó a reír al ver cómo fruncía el ceño—. Y ahora cuéntame qué vas a hacer tan lejos de aquí, porque esto seguro que tiene que ver con ese guapo vaquero amigo tuyo.

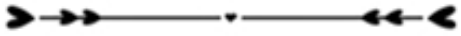
Le conté a Jenny que Mat se había tenido que ir de su casa por un malentendido con su mejor amigo, que para él era como un hermano. No entré en detalles; esa parte de la historia me la había confiado él, y no pensaba traicionarlo.

Le dije que me iba allí a trabajar y, de paso, a intentar mediar entre ellos para que se reconciliaran. No era toda la verdad, pero se acercaba bastante, y con eso Jenny se quedó tranquila, sobre todo al saber que tenía un nuevo trabajo esperándome.

A la hora de salir, nos despedimos abrazadas y llorando, prometiendo llamarnos a menudo.

Yo le di las gracias por todo lo que había hecho por mí. Y aunque me iba con miedo por lo que nos esperaba en ese rancho, también me iba con algo que hacía mucho tiempo que no sentía: esperanza.

Capítulo 7



Diez horas llevaba de viaje y todavía me quedaban otras cinco. Se me estaban haciendo superpesadas; no estaba acostumbrada a estar tantas horas sin moverme. Siempre había sido un culo inquieto que necesitaba movimiento constante. Menos mal que el conductor nos había avisado de que, dentro de un rato, pararíamos en la siguiente gasolinera para estirar las piernas y para que quien lo necesitara utilizara los baños.

Apoyé la cabeza en el cristal de la ventanilla, pero, en vez de mirar el paisaje, cerré los ojos. En ese momento volvió a mi mente la conversación que había tenido con Mat el día anterior.

—Hoy no te libras de contarme eso que parece que es secreto de Estado, referente a tu hermano. No creas que no me he dado cuenta de que me llevas evitando dos días para no contármelo. Mañana me marcho y quiero ir allí con toda la información posible —le dije en cuanto cruzó la puerta de casa.

—Está bien, supongo que es mejor que lo sepas. Déjame darme una ducha y nos sentamos a hablar, ¿vale?

—Voy poniendo la mesa y calentando la cena —Mat asintió y se marchó al baño.

Mientras tanto, puse la mesa y calenté la merluza en salsa que había preparado esa tarde. Corté la hogaza de pan en trozos y saqué dos refrescos de la nevera.

Mat me dijo que mejor cenábamos primero y que luego, mientras nos comíamos una tarrina de helado en la terraza, me pondría al día de todo. Que no era una conversación muy adecuada para tenerla mientras comíamos.

Estaba superintrigada con el tema. Qué narices pasaría con Ryder… Tanto secretismo me estaba poniendo nerviosa.

—Ya puedes empezar a largar por esa boquita que Dios te ha dado —le dije a Mat mientras me llevaba una cucharada de helado a la boca. Dios, qué bueno estaba. Me encantaba el helado de chocolate; era mi vicio. Si pudiera, solo me alimentaría de eso.

—A ver cómo te lo explico sin que te asustes —dijo pensativo mientras engullía el helado más rápido que yo.

—Creo que, a estas alturas de mi vida, pocas cosas pueden sorprenderme o asustarme, Mat. Ya sabes la vida que he llevado. Así que dímelo claro, sin paños calientes.

—En cuanto Ryder te vea, lo primero que va a pensar es en todas las formas posibles de follarte.

Me atraganté con el helado al escucharlo decir eso y estuve un buen rato tosiendo para recuperarme.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Cómo va a pensar eso de mí, si se supone que se casa en tres meses con la mujer que ama?

—Yo en ningún momento te he dicho que Ryder ame a Camila —me contestó muy serio.

—Si no la ama, ¿por qué se casa con ella? No entiendo nada, de verdad.

—Ryder siempre ha querido formar una familia. Desde que murió su madre es un pensamiento que le ronda la cabeza. Quiere que el rancho tenga la misma vida que tenía cuando éramos niños.

»Supongo que ve a Camila como su mejor opción: conoce el rancho desde que era niña y sabe cómo es la vida de un vaquero. Al ser del rancho

vecino, pasaba mucho tiempo allí con nosotros. Es guapa, tiene buena relación con la gente del pueblo… claro que eso es de cara a la galería; casi nadie conoce su verdadera cara.

—Vale, hasta ahí puedo entender que sea un matrimonio de conveniencia. Pero ¿eso qué tiene que ver conmigo? Si dices que es guapa y a tu hermano le gusta, se acostará con ella, digo yo. Porque, si ahora me dices que eso tampoco lo hacen, entonces sí que ya me hago de cruces.

—Sí que se acuestan de vez en cuando, porque ella insiste mucho. Pero a Ryder le gustan ciertas cosas que a ella no. Y suele ir a buscarlas a otros sitios.

—Explícame esto bien, porque, de verdad, no tengo ni idea de lo que me estás queriendo decir —resoplé, perdiéndome más con cada frase.

—A Ryder le gusta el sexo duro, ¿comprendes? Y Camila es una mojigata en la cama, no se sale de lo convencional. Él se aburre con ella y por eso se acuesta con otras mujeres que lo satisfacen como él necesita.

La madre que me parió… Casi me caigo de culo cuando entendí lo que me estaba diciendo.

—¿Camila sabe que Ryder se acuesta con otras? —pregunté. Después de lo que acababa de oír, ya me esperaba cualquier cosa.

—Claro que lo sabe. Ryder se lo dejó bien claro cuando empezaron juntos: si ella no le daba lo que le gustaba, lo buscaría en otra parte.

—Joder… Lo de esa mujer no tiene nombre. Con tal de conseguir estatus y dinero, le da igual tener más cuernos que la madre de Bambi.

Mat asintió, divertido.

—Así de ambiciosa es. Ella, mientras tenga lo que quiere, lo demás le da igual.

—Tengo una pregunta que me ha generado curiosidad —admití, sonrojándome, porque en el tema del sexo estaba totalmente pez—. Cuando

has dicho «sexo duro», ¿te refieres a…? ¿Pega a sus parejas de cama o algo así?

—No, no llega a esos extremos. Le gusta atarlas, algunos azotes, pero nada que se salga de madre. También usa juguetes y mandar; sobre todo le gusta mandar.

Vamos, que era un dominante de manual. Vaya con el vaquero.

—Vale, hasta aquí ya lo he entendido todo. Pero no entiendo por qué dices que, en cuanto me vea, va a querer…

—Porque eres su tipo. Y no solo físicamente. —Se echó a reír.

—Pues me parece a mí que ya se puede ir fijando en otra, porque conmigo lo lleva claro.

—Eso dices ahora, pero cuando lo tengas delante…

—Mat, hay algo que no te he contado —dije muy seria.

Él frunció el ceño al verme cambiar la expresión.

—No me gusta lo seria que te has puesto.

—Soy virgen —lo dije en un murmullo, agachando la cabeza.

Mat abrió los ojos como platos.

—¿Perdona? ¿He oído bien? ¿Has dicho que eres virgen?

—Sí… eso he dicho.

Noté cómo se me ponían los carrillos como dos tomates de la vergüenza que me daba contarle algo así.

—Tienes veinticinco años, eres preciosa y oportunidades no creo que te hayan faltado. ¿Eres religiosa o algo así? ¿O es por lo que te pasó?

—No soy religiosa. Oportunidades no me han faltado, te lo aseguro. Casi todos los vaqueros que venían a la cafetería me lo han propuesto de una forma u otra. Y si tu pregunta es si no me he acostado con nadie porque tengo un trauma por lo que pasó en casa de mi madre… la respuesta es no.

—¿Entonces por qué?

—No lo sé… Supongo que cuando vivía con mi madre no tuve ni tiempo ni ganas de salir con nadie. Después, viviendo en la calle, eso era lo último en lo que podía pensar. Y en la cafetería no quise tener nada con ningún hombre; no quería que se corriera el rumor y que luego todos se pusieran más pesados. Alguno, incluso, al ver que no le decía que sí a ninguno, llegó a pensar que me gustaban las mujeres.

Cuando terminé de explicárselo, su mirada cambió de sorpresa a absoluta comprensión.

—Pues, chica, ya va siendo hora de que disfrutes un poco de la vida. Que no digo que el sexo lo sea todo, porque no es así, pero con la persona adecuada puede ser maravilloso.

—Ahora que sabes esto, espero que no sigas pensando que tu hermano va a querer algo conmigo. Porque, si le gusta ese tipo de sexo, desde luego yo no soy la candidata ideal para pasar por su cama.

Cuando dije eso, se echó a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes? No creo que haya dicho nada gracioso —protesté, frunciendo el ceño.

—Si piensas que a mi hermano eso le va a importar… estás muy equivocada. Eso le motivará aún más, porque así podrá enseñarte todo lo que le gusta.

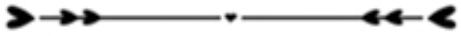
—Mientras no lo sepa y yo no le siga el juego, todo estará bien.

—Pero es que le vas a seguir el juego, te lo aseguro. Te vi cómo lo mirabas el día que te enseñé la foto. Ryder te atrae, y eso que aún no lo has visto en persona. No vas a poder resistirte a él.

Lo que más me sorprendió de sus palabras fue que las dijo totalmente convencido. Mat jugaba con ventaja porque nos conocía a los dos, y eso me descolocaba por completo.

Solo esperaba que estuviera equivocado.

Capítulo 8



Abrí los ojos cuando noté que el autobús aminoraba la velocidad. Parpadeé varias veces, intentando despejarme; el cristal frío de la ventanilla me había dejado una marca en la mejilla. Miré el reloj y vi que había dormido las dos últimas horas. Menos mal, porque el cuerpo me pesaba como si llevara días encadenando viajes. Me habían sentado de maravilla esas horas de sueño para recuperarme del cansancio acumulado.

El motor del autobús vibraba con un zumbido monótono y, por un momento, pensé en quedarme así unos minutos más, acurrucada, disfrutando del calorcito del asiento. Pero la mente volvió a activarse en cuanto recordé dónde estaba y lo que me esperaba en cuanto pusiera un pie fuera.

Unas horas antes, Olivia me había mandado un mensaje para decirme que alguien del rancho iría a recogerme a la estación. Revisé mentalmente el mensaje por enésima vez. Vale, sí, alguien vendría. Solo esperaba que, quien fuera, ya estuviera allí para poder llegar cuanto antes al rancho y darme una ducha. La necesitaba con urgencia; sentía la piel pegajosa y el pelo hecho un desastre.

Cuando el autobús paró, todos los pasajeros nos levantamos con las mismas prisas y la misma cara de «quiero bajarme ya». Habíamos compartido casi dieciséis horas de viaje y se notaba: bostezos, espaldas crujidas, mochilas mal puestas… un cuadro.

Bajé despacio los escalones del autobús con la maleta en la mano y miré alrededor, entornando los ojos por culpa del sol que caía a plomo. La tierra

rojiza, el camino polvoriento, el olor a campo…

Pero no vi a nadie esperando solo.

Los viajeros se reencontraban con familiares o amigos. Otros se marchaban directamente por el camino de tierra junto a la parada, arrastrando maletas que dejaban surcos en el polvo. Yo me quedé quieta unos segundos, intentando no impacientarme.

Decidí sentarme en mi maleta un rato. El metal crujió bajo mi peso, y suspiré mirando el horizonte. Esperaría antes de escribirle a Olivia. Podían haberse retrasado por cualquier motivo, o quizá la persona que venía a recogerme no sabía la hora exacta de llegada. Todo era posible.

Quince minutos después, ya estaba que me subía por las paredes. Allí no quedaba nadie. El silencio era absoluto, ni el murmullo del autobús quedaba ya; hasta él se había marchado. Solo se escuchaba el viento arrastrando polvo y algún pájaro lejano.

Rebuscaba el móvil en mi bolso para llamar a Olivia cuando vi acercarse, a lo lejos, una ranchera avanzando a toda velocidad por el camino. Una nube de tierra la acompañaba como si fuera una estela. Me quedé inmóvil, con el móvil a medio sacar, esperando. A lo mejor, por casualidad, ese era quien venía a buscarme.

El vehículo frenó justo a mi lado, levantando polvo que me golpeó en las piernas. Cuando la puerta se abrió y el hombre que conducía bajó, mi estómago se tensó. Lo reconocí al instante. Ryder.

Se acercó despacio, con una seguridad que casi se podía oír en sus pasos sobre la tierra. Cuando se plantó delante de mí, tan cerca que pude ver el sol reflejado en sus pupilas, hasta las pestañas me temblaron.

Madre del amor hermoso. Qué hombre. La foto que había visto de él no le hacía justicia. Ni de lejos.

Era alto, mucho más que yo. Su sombra me cubrió por completo, dándome un segundo de frescor. Su piel bronceada contrastaba con su cabello moreno que, bajo el sol, parecía aún más oscuro. Tenía un cuerpo musculado, firme,

marcado por años de trabajo físico. No el típico cuerpo de gimnasio, no: el real, el útil, el que se gana trabajando de sol a sol.

Su rostro era una maldita provocación. Mandíbula dura, barba de un par de días que lo hacía parecer más salvaje, más hombre. Y los ojos… sus ojos. Verde esmeralda, rodeados de pestañas negras. Una mirada felina, peligrosa, capaz de destripar a cualquiera solo con fijarse en él.

Intenté disimular como pude, tragando saliva, para que no notara que yo ya sabía quién era. Se suponía que no lo había visto nunca, así que puse mi mejor cara de despistada. No sabía si colaría, pero lo intenté.

Mi escaneo no fue el único. Él no se cortó un pelo en devolverme el repaso. Me miró de arriba abajo sin prisa, detenidamente, como si estuviera evaluando cada centímetro.

Cuando por fin levantó la mirada y sus ojos se cruzaron con los míos, un escalofrío me recorrió la espalda. En su mirada había asombro… y deseo. Mucho deseo.

Y sí, lo capté al instante.

Las palabras de Mat me golpearon en la cabeza como un jarro de agua helada:

Va a querer follarte en cuanto te vea.
No vas a poder resistirte a él.

Maldita sea. Mat había acertado. Lo supe en cuanto Ryder me miró. Tendría que usar toda mi fuerza mental para no caer… aunque otra pregunta se coló en mi mente sin permiso: ¿Realmente quería resistirme?

—¿Luna Williams? —dijo él.

Su voz. Dios santo. Grave, ronca, profunda. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Las braguitas se me humedecieron sin mi consentimiento. Quise morirme ahí mismo.

—Sí, señor. Soy Luna. ¿Le mandan del rancho Wells a recogerme? —pregunté fingiendo confusión.

—A mí no me manda nadie. —Marcó cada palabra, firme, como si quisiera dejar claro que el mundo entero se movía bajo su mando.

Otra frase de Mat retumbó en mi cabeza: *A él le gusta mandar*.

—¿Pero va a llevarme hasta allí, verdad?

—A otro sitio te llevaría ahora mismo —murmuró, casi para sí.

Pero lo escuché. Perfectamente. Y joder, sentí un calor que me subió desde el pecho hasta las mejillas. Y más abajo también.

—¿Perdón? No le he entendido bien —pregunté poniendo mi mejor cara de niña buena, como si no hubiera entendido un carajo.

—Que sí que voy a llevarte al rancho Wells. Sube a la camioneta.

Ole él. Ni un por favor. Ni un tono amable. Nada.

—Oiga, no me ha dicho su nombre —comenté, apoyándome en la puerta del pasajero mientras él dejaba mi maleta en la parte trasera.

Soltó la maleta de golpe —el golpe me hizo dar un saltito— y en dos zancadas estuvo delante de mí. Demasiado cerca. Tanto que pude sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Quedé encajada entre él y la puerta, sin sitio ni para respirar.

Se inclinó hacia mí, despacio, con una seguridad que me derretía el cerebro, y acercó su boca a mi oído.

—Ryder Wells —susurró—. Memorízalo rápido, porque muy pronto lo vas a gritar muy fuerte.

Tragué saliva. Él lo oyó, seguro. Joder con el vaquero. No se cortaba ni medio pelo.

—¿Es usted familia de los dueños, señor Wells? —pregunté intentando recuperar dignidad—. Lo digo por el apellido del rancho.

Un destello de dolor cruzó su mirada al mencionar a los dueños. Fue rápido, pero lo vi.

—Lo primero, no vuelvas a llamarme «señor Wells». Ese era mi padre. Yo soy Ryder.

»Y lo segundo, yo soy el dueño del rancho. Yo mando y los demás obedecen. ¿Te ha quedado claro?

Su tono borde me golpeó como una bofetada. Uy, no. A mí, no.

—Cristalino. Ahora, si no te importa, Ryder —recalqué—, ¿podemos irnos ya? Llevo más de dieciséis horas de viaje y necesito una ducha.

Él no respondió. Simplemente se dio la vuelta, se metió en la camioneta y arrancó. Me subí detrás, aún con el pulso acelerado, y me abroché el cinturón.

El silencio que se instaló allí dentro era tan espeso que casi lo podía cortar. Mis nervios empezaron a activarse.

—¿Está muy lejos el rancho? —pregunté al fin.

—Diez minutos. —Se ajustó la gorra sin mirarme—. ¿De dónde vienes para tardar dieciséis horas?

—De Tucson, Arizona.

—¿Por qué coño te vienes tan lejos? ¿Allí no había trabajo o qué? No creo que a tu familia o a tu pareja les haya hecho gracia que te largaras tanto. Espero que no me causes problemas. No quiero a nadie apareciendo en mis tierras.

Bonita manera de preguntar si tenía novio. Qué sutil el muchacho.

—He venido porque necesitaba un cambio de aires. Y puedes quedarte tranquilo: toda mi familia está muerta.

Gruñó por lo bajo. No era la respuesta que esperaba.

—Que no tienes familia ya lo he entendido. ¿Y novio o novia?

Dios mío. Era insistente. Pesado. Y yo estaba a nada de reírme.

—Tampoco. Nadie vendrá a buscarme.

Otro gruñido. Este más frustrado. Le encantaba no quedarse sin respuestas.

—Bien. Así que no dejaste a nadie llorando en Tucson.

Ay, por favor. Qué manera de sacarme la información.

—Ryder, me gustan las cosas claras. Si quieres saber algo, pregunta. Ya veré yo si te respondo.

—Está bien. ¿Te gustan los hombres o las mujeres? ¿Te fuiste por una ruptura?

—¿Eres un poco cotilla, no? —Me reí.

—No es cotilleo. Es información importante para un jefe.

Sí, claro. Ni él se lo creía.

—¿Vas a contestar? —insistió.

—No tengo novio. No me gustan las mujeres. Y sé muy bien lo que me gusta en un hombre porque distingo el deseo que me provocan.

Cuando lo dije, lo miré de frente. Él tragó saliva. Me encantó.

—¿Cuánto hace que estuviste con un hombre?

—¿Les preguntas esto a todos tus empleados?

—No. Solo a ti.

—No sé si eso es bueno o malo —respondí con falsa inocencia—. Y no sé qué interés puede tener mi jefe en mi vida sexual, si lo único que haré será limpiar tu casa y cocinar.

—Ese no será nuestro único contacto.

Desvié la mirada, apretando los dientes. Él seguía, claro que seguía.

—Te veo muy seguro de que voy a aceptar eso. Pero no me interesas. No voy a tener nada contigo.

Ojalá mi voz hubiera sonado tan firme como esperaba.

—Tu boca dice una cosa… pero tu cuerpo dice otra —contestó—. Si no estuviéramos a punto de llegar, te lo demostraría. Solo tendría que meter la mano en tus bragas… y saldría empapado.

Cerré los ojos un segundo. El muy cabrón tenía razón. Y lo sabía.

Este hombre iba a ser mi perdición.

Capítulo 9



Después de las palabras de Ryder, ninguno de los dos dijo nada más. Pero la tensión que se había creado entre los dos era una sentencia que tarde o temprano tendríamos que resolver, él lo sabía y yo también.

Sentía esa tensión rodeándonos como una cuerda invisible, tirando de nosotros cada vez que respirábamos, como si el aire dentro de la camioneta se hubiera vuelto demasiado pesado.

Me concentré en admirar el paisaje por la ventanilla de la ranchera. A ambos lados del camino se extendían miles de millas de campos sembrados que llegaban tan lejos como me alcanzaba la vista. El sol caía en un ángulo que hacía brillar las hojas, y por un momento incluso me relajé con el vaivén del vehículo sobre el camino de tierra.

Unos minutos más tarde el paisaje cambió para ofrecernos campos verdes rodeados por vallas blancas, en los que el ganado estaba pastando. La cantidad de animales que había allí era difícil de calcular. Había visto muchos ranchos a lo largo de mi vida, pero ninguno con tanta cantidad de reses. El sonido lejano de los mugidos se mezclaba con el viento y me hizo sonreír sin querer; era un sonido que, de alguna manera, siempre me había transmitido tranquilidad.

Ryder siguió avanzando mientras yo observaba todo con curiosidad; en ese momento pensé en Mat, en cómo habría sido allí su infancia corriendo por esos prados junto a Ryder. No me extrañaba nada que lo echara de menos, desde luego, no se podía comparar este rancho con el que estaba trabajando

ahora. Me imaginé a los dos de niños, embarrados, riendo, sin imaginar todo lo que vendría después… y un nudo pequeñito se formó en mi estómago.

Noté que Ryder aminoraba la marcha, volví la cabeza para mirar de frente. Me apoyé en el salpicadero con la boca abierta de la impresión para poder verlo todo mejor. Ante mí estaba la casa más bonita que había visto en mi vida. Era enorme, tenía dos alturas y otra más con lo que parecía ser una buhardilla. En la parte delantera tenía un porche en el que había, a ambos lados de la puerta, dos balancines. Se me escapó un suspiro que no pude contener. La estampa parecía sacada de una postal.

Me imaginé allí sentada tomando una taza de café mientras contemplaba el amanecer y eso me hizo sonreír. La simple idea me calentó el pecho, como si por un segundo pudiera pertenecer a un sitio como ese.

Cuando has vivido en la calle como yo lo había hecho, cualquier sitio te podía parecer bonito, pero es que este no lo parecía, es que realmente lo era. No creo que hubiera mejor lugar en el mundo para vivir rodeada de una familia. Y por un instante, muy breve, me dolió el no haber tenido nunca una así de verdad.

Cuando Mat me contó los deseos que había tenido Ryder desde que perdió a su madre, de tener una familia con la que vivir una vida feliz en el rancho… no quise decirle que yo también tenía ese deseo. Después de lo que pasé con mi madre, me prometí a mí misma que algún día formaría una familia y lucharía con todo mi ser por vivir momentos como los que había tenido en mi infancia, cuando vivía mi padre. Ese pensamiento me apretó un poco la garganta.

—¿Bonita, verdad? —me preguntó Ryder con una sonrisa al ver cómo mis ojos brillaban de admiración.

—Es preciosa, nada más verla lo primero que he pensado es que no creo que haya mejor lugar en el mundo para crear una familia, tienes mucha suerte —le dije en un susurro.

—Ese es mi sueño desde hace muchos años, si todo sale según lo planeado, dentro de poco se cumplirá.

Lo sentía por él y por joder sus planes, pero yo venía con un objetivo en mente y no pensaba dejar que esos planes siguieran adelante. Sentí cómo mi estómago se tensaba: aquella boda no iba a celebrarse. No si yo podía evitarlo.

Si quería tener una familia, tendría que buscar a otra mujer para hacerlo, porque con la malvada de Camila no se iba a casar, no lo pensaba permitir de ninguna de las maneras. Así tuviera que enfrentarme al mismo demonio, esa mujer no iba a salirse con la suya.

—Si piensas cumplirlo pronto ¿eso quiere decir que hay una mujer en tu vida? Porque tú me has interrogado lo que te ha dado la gana sobre mi vida sentimental, pero no me has contado nada de la tuya.

—Me casaré con mi novia dentro de tres meses. —Saqué mis dotes de actriz cuando me dijo eso. Me llevé la mano al pecho y jadeé de forma dramática, mirándole horrorizada.

—Te casas dentro de tres meses y tienes los santos cojones de decirme antes todas las cosas que me has dicho ¿tú de qué vas? —lo pregunté muy enfadada. Sentía el pulso acelerado en las muñecas, más por lo que quería hacerle tragarse que por sus palabras.

—Tranquila, vale, no es lo que piensas. No soy un hombre infiel, no se considera que sea una infidelidad cuando la otra persona está de acuerdo con las relaciones que tengas fuera de la pareja.

—¿Tenéis una relación abierta? —le pregunté abriendo la boca para que pareciera que estaba alucinando.

Joder, si después de ayudar a Mat a regresar a su hogar no encontraba trabajo rápido —porque estaba segura de que cuando Ryder descubriera mis mentiras me echaría a patadas— probaría suerte en Hollywood, me estaba dando cuenta de que era una actriz cojonuda.

—Es algo más complicado que eso, en una relación abierta las dos partes se acuestan con otras personas y en la mía solo lo hago yo.

—Mira, creo que no quiero saber nada más, en mi vida había oído algo tan descabellado.

—Cuando sepas el porqué de las cosas, no te parecerá tan descabellado.

Lo que él no sabía es que yo ya estaba al tanto de esas cosas a las que se refería. Que le gustara ese tipo de sexo me parecía perfecto, para gustos se hicieron los colores. Lo que no me entraba en la cabeza es que quisiera formar una familia con una mujer que no amaba y que además no compartía esos gustos con él. Sentí un pequeño escalofrío, mezcla de curiosidad y de… bueno, algo más.

Nuestra conversación se quedó ahí, porque cuando Ryder paró el coche y nos bajamos, una mujer preciosa salió de la casa poniendo los brazos en jarras y centró su mirada en nosotros. A él lo miró con enfado y a mí con odio. Ese odio me golpeó de lleno, tan fuerte que me erizó los brazos.

No hacía falta ser muy lista para saber quién era, Mat se había quedado corto cuando me dijo que Camila era guapa. Era una mujer impresionante, una melena larga y rubia con grandes rizos que le caían hasta la mitad de su espalda, tenía unos ojos azules enormes que daban el toque perfecto a su cara de ángel. Su cuerpo podría ser la envidia de cualquier modelo, unas piernas largas y bien torneadas con un bronceado que hacía que su piel brillara de una manera espectacular. Tragué saliva, sintiendo un pellizco incómodo en el pecho.

Su pecho era totalmente perfecto, no como el mío, que era excesivo para mi gusto. Al lado de Camila cualquier mujer se sentiría insignificante y así era exactamente como me estaba sintiendo yo en esos momentos. Ella era una Barbi y yo una simple muñeca sin nombre.

—¿Es tu novia? —le pregunté susurrando a Ryder.

—Sí, ella es Camila, la mujer con la que me voy a casar.

—Es preciosa… —dije más para mí que para él. ¿Cómo era posible que Ryder pudiera desearme a mí, teniendo semejante monumento a su lado?

Por cómo le miré, creo que pudo adivinar por dónde iban mis pensamientos. Estaba a punto de decirme algo, pero sus palabras no llegaron a

salir de su boca: un chillido de Camila le interrumpió.

—¡¡¡Ryder!!! Creo que nuestro trato estaba bien claro, yo trago con tus excentricidades mientras no tenga que ver con quién te desahogas. Así que ya le puedes decir a tu zorrita que se largue ahora mismo. —Había ido acercándose hasta nosotros mientras hablaba hasta ponerse justo a mi lado.

Sentí su perfume empalagoso invadir mi espacio y tuve que contener la cara de asco.

—¿Pero de qué coño habla esta mujer? —le pregunté a Ryder enfadada.

—Camila, cállate —dijo él en el mismo tono enfadado que yo.

—No me pienso callar, esto sí que no te lo voy a consentir. Puedes tirarte a todas las zorras que quieras, pero lejos de aquí. En mi casa no va a poner un pie ninguna de ellas. Así que saca a esa mujerzuela de aquí ahora mismo.

—Como me vuelvas a insultar, te van a faltar campos para correr, Barbi estirada. —Ya me estaba tocando la moral la niña pija de los cojones—. Yo solo he venido aquí a trabajar y no a que nadie me insulte, así que antes de hablar, más vale que te enteres bien a quién te estás dirigiendo.

»Los problemas que tengáis entre vosotros a mí ni me van ni me vienen, yo solo quiero hacer bien mi trabajo y cobrar a final de mes, lo demás me importa una mierda.

—¿Le vas a permitir que me hable así? —le preguntó a Ryder totalmente indignada.

—Demasiado poco te ha dicho para lo que te merecías, Camila. Luna es la nueva chica que viene para ayudar a Olivia con la casa y, desde luego, yo estaría igual de enfadado que ella con el recibimiento que le estás dando.

Cuando Ryder le dijo quién era yo y a qué venía, nos miró a los dos arriba como si dudara de sus palabras. Solo pareció respirar tranquila cuando le vio coger mi maleta de la parte de atrás y dármela para que pudiéramos entrar en la casa. Yo apreté la mandíbula, aún sintiendo su mirada clavada en mi nuca como agujas.

—Camila, ¿no piensas disculparte? Te has pasado bastante con lo que has dicho.

—Los señores de la casa nunca se disculpan con el servicio —contestó con soberbia. Los ojos de Ryder se llenaron de ira en esos momentos al oírla decir eso.

—Aquí nunca hemos tratado a los trabajadores como si fueran inferiores, para mí muchos de ellos son como si fueran de mi propia familia, Olivia ha sido para mí como una madre.

—Por no poner límites a la gente luego pasa lo que pasa, ¿o te tengo que recordar lo que hizo el mierda de veterinario que se jactaba de ser como un hermano para ti? —No os podéis ni imaginar lo que me tuve que contener para no arrastrarla por los pelos por todo el rancho al oírla referirse a Mat de esa manera.

—Vamos a dejar ese tema de una puta vez, no quiero pensar más en ello. Mat se marchó para no volver nunca y nosotros debemos seguir con nuestras vidas. —Quise gritarle que nada de lo que había dicho iba a pasar, pero apreté los puños para controlarme. No quería descubrir mis cartas tan pronto, debía tener paciencia si quería conseguir que mi plan funcionara.

El corazón me golpeó fuerte contra las costillas.

—¿Qué está pasando, chicos? Con tantos gritos vais a asustar a la pobre muchacha en su primer día aquí. —La intervención de Olivia fue un alivio. Le agradecí mentalmente su aparición, porque la barbi me estaba poniendo de los nervios.

—Hola, Olivia —dije extendiendo mi mano para saludarla.

—¿Os conocéis? —preguntó Camila frunciendo el ceño.

Madre mía, a esta mujer le iban a salir pronto muchas arrugas en la cara de tanto torcer el morro.

—Nos conocimos hace unos días por videollamada, así fue como hicimos la entrevista de trabajo y donde me explicó las condiciones del contrato. —Mi contestación era la que habíamos acordado dar si alguien nos preguntaba.

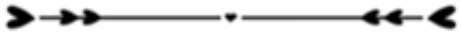
—Olivia, creo que lo mejor será que enseñes a Luna su habitación, estoy seguro de que agradecerá una ducha y descansar un poco. El viaje ha sido muy largo. —Ella asintió con la cabeza y me agarró de la mano para que la siguiera.

—Amor, perdóname por lo de antes. Pero no tenía ni idea de que una chica iba a venir a trabajar con Olivia y, al verla a tu lado, he pensado lo peor. —Oí como Camila le decía esas palabras a Ryder mientras subía las escaleras.

—Tienes que pararte a pensar antes de hablar, Camila, sabes que nunca traería aquí a ninguna mujer, como tampoco me acostaría con ninguna trabajadora. —No se podía tener más morro que ese hombre, que no se acostaría con ninguna empleada, decía. Veríamos a ver cuánto de verdad tenían esas palabras.

Seguí subiendo las escaleras detrás de Olivia y ya no pude oír nada más de su conversación, y sinceramente casi que lo agradecí. Por ese día ya había tenido bastante entre el uno y la otra. Necesitaba una ducha. Y dormir.

Capítulo 10



Cuando abrí los ojos estaba totalmente desorientada. Miré a ambos lados de la cama para ver si era capaz de ubicarme y, cuando fijé la vista en la ventana, todos los recuerdos del día anterior llegaron a mi mente de golpe. Estaba en el rancho Wells.

Me levanté de la cama cargada de energía; no recordaba haber dormido tanto del tirón en años. La tarde anterior, cuando Olivia me enseñó mi habitación, ni siquiera me fijé en nada: entré directamente al baño a darme una ducha y, en cuanto salí, me desplomé en la cama como un saco.

Con la luz del día que entraba por el gran ventanal de la que sería mi habitación hasta que cumpliera con mi objetivo, pude apreciar que era una estancia sencilla, pero decorada con muy buen gusto. La cama era grande y el edredón que la cubría tenía tonos suaves en azul y blanco que hacían juego con las cortinas. El armario era de tamaño medio, pero para la ropa que yo tenía me sobraba la mitad. También había una pequeña mesa camilla con dos sillas, perfecta para sentarse a leer o escribir algo.

Entré en el baño, que estaba dentro de la habitación y que era para mí sola. Olivia me dijo el día anterior que todas las habitaciones tenían su propio baño. Sonreí al imaginármelo lleno de botes solo míos. Echaría de menos las cuchillas de afeitar encima del lavabo o el olor a champú masculino que dejaba Mat en nuestro baño del piso de Tucson. Bueno, la verdad es que lo echaría de menos todo de él; en el poco tiempo que habíamos compartido casa, nos habíamos hecho imprescindibles el uno en la vida del otro. Ese pensamiento me apretó un poco el pecho.

Después de una ducha rápida, me puse unos vaqueros y una camiseta de manga corta para bajar a desayunar; me rugían las tripas de hambre. El día anterior, como me había quedado dormida por el cansancio, no cené y, durante el viaje, solo comí un bocadillo en el autobús. Necesitaba una taza de café con urgencia y comer algo consistente.

—Buenos días, Olivia —le dije entrando en la cocina.

—Buenos días, niña. ¿Has dormido bien?

—De maravilla, hacía años que no dormía tan bien. Pero tengo un hambre que soy capaz de salir ahí fuera y comerme la primera vaca que encuentre. —Al oírme soltó una carcajada que se oyó en toda la casa.

—Cómo no vas a tener hambre, criatura, si estás sin probar bocado desde ayer por la mañana. Anoche subí a buscarte para que bajaras a cenar, pero dormías tan profundamente que no quise despertarte.

—Estaba agotada, el viaje es larguísimo. Me dolía tanto el culo de estar tanto tiempo sentada que hubo momentos en los que no sabía ni cómo ponerme en el asiento.

—Tenías que haber descansado en algún motel entre un autobús y otro.

—Ahora lo sé, ni se me ocurriría repetir la experiencia, te lo aseguro.

—Siéntate, anda, vamos a desayunar como es debido, antes de ponernos con las tareas del día.

Me puso delante un plato con beicon, dos huevos y dos tostadas de pan. Solo con verlo se me hizo la boca agua. El olor del café recién hecho llenaba la cocina y me abrazó como un recuerdo. Me lo comí todo en tiempo récord, acompañado, cómo no, de dos tazas de café que estaba absolutamente delicioso, el mejor que había probado nunca.

Cuando terminamos las dos de desayunar, ayudé a Olivia a recoger todo lo que había utilizado en la cocina. Me gustaba verla moverse por allí; se notaba que aquel era su reino.

—Esto ya está —dijo secándose las manos en un paño de cocina—. Ahora te voy a hacer un tour por la casa. Así te vas familiarizando con todos los rincones que tiene.

Empezamos por la primera planta, donde estaba la cocina en la que acabábamos de desayunar. Justo nada más salir de ella estaba el salón; era una estancia gigantesca que tenía cuatro sofás, una tele que parecía una mini pantalla de cine y una mesa en la que se podían sentar más de diez personas sin apenas rozarse. Pero lo que más me gustó fue la preciosa chimenea de piedra que tenía. Me imaginé las noches de invierno allí, con el fuego encendido, y sentí una calidez extraña, como si perteneciera un poquito a todo aquello.

En esa planta también había un aseo pequeño y el cuarto de la colada, donde había dos lavadoras y dos secadoras. Todo estaba tan ordenado y limpio que daba gusto verlo.

En la segunda planta había ocho habitaciones; ahora mismo solo se usaban tres: la de Olivia, la mía y, por supuesto, la de Ryder. Las que no se usaban estaban todas igual, con sábanas encima de los muebles para que no cogieran polvo. Olivia me dijo que esas con limpiarlas una vez al mes era suficiente. De la mía y de la de Ryder me ocuparía yo, y ella se haría la suya propia. Tragué saliva al pensar en entrar en la habitación de Ryder, pero ya me preocuparía de eso cuando tocara.

Y llegamos al último piso, que como pensé en cuanto lo vi, no me había equivocado: era una buhardilla. Antes de abrir la puerta, Olivia me miró sonriendo y me guiñó un ojo antes de decirme:

—Esto te va a encantar, es el mejor sitio de la casa. Cuando Mat estaba aquí, él y Ryder se tiraban las horas muertas aquí metidos.

Al decir el nombre de mi amigo, pude ver cómo sus ojos reflejaban dolor, como los de una madre cuando su hijo se ha marchado de casa y le echa muchísimo de menos.

Cuando entré en la buhardilla casi se me desencajó la mandíbula, madre mía de mi vida. Vaya maravilla de sitio, no le faltaba de nada para relajarse y pasar una velada estupenda. En una esquina había un *jacuzzi* en el que podían

entrar perfectamente seis personas y tumbarse bien a gusto. Si la tele que había en el salón de abajo me había parecido grande, la que había ahí arriba era monstruosa. Delante de esta había dos sofás enormes donde te podías tumbar a ver lo que quisieras.

Además de eso, también había una barra de bar con toda clase de bebidas, un billar, una diana de dardos y, por supuesto, un baño completo con ducha de hidromasaje. Aquello era un pequeño paraíso privado. Imaginé a Mat y a Ryder allí, riendo, con unas cervezas en la mano, y sentí otra punzada de nostalgia por él.

Terminado el tour de la casa, salimos por la puerta de atrás y me llevé otra sorpresa enorme: había una piscina gigante. El agua brillaba con el sol de la mañana, tan tranquila que daban ganas de tirarse de cabeza. Olivia me explicó que allí se solían celebrar muchas barbacoas con los amigos y vecinos del pueblo. Por supuesto, al lado de la piscina estaba la barbacoa y una barra de bar que también estaba a rebosar de todo tipo de bebidas.

Para las noches de calor que había en esa zona en verano, darse un bañito nocturno tenía que ser maravilloso. Pensé que, si llegaba uno de esos días en los que el calor no te deja ni dormir, me daría un baño cuando todos estuvieran descansando. Solo de imaginarlo, una sonrisa se me escapó.

Si mirabas desde allí hasta el horizonte podías distinguir cómo varios vaqueros arreaban a las reses subidos a caballo. Las figuras de los caballos y los hombres recortadas contra el paisaje parecían sacadas de una película.

Olivia me mostró también dónde estaban los barracones de los trabajadores que vivían allí todo el año, el comedor que tenían y una sala de recreo donde iban a relajarse después de un duro día de trabajo. No era, ni mucho menos, como la buhardilla, pero no estaba nada mal: tenían varios billares, dianas de dardos y muchos sofás para tumbarse a disfrutar de una cerveza bien fría. Se notaba que Ryder cuidaba de su gente.

De ahí pasamos al establo, en el que había más de treinta cuadras, casi todas vacías en esos momentos que los hombres estaban trabajando. El olor a heno y a caballo me golpeó de lleno y, lejos de molestarme, me trajo recuerdos de otro tiempo.

—¿Sabe montar a caballo, señorita? —me preguntó Tom, el jefe de los establos, al que Olivia me había presentado minutos antes cuando entramos a ver las cuadras que sí tenían algún caballo dentro.

—Por favor, no me llames señorita, Tom, llámame, Luna. Y, respondiendo a tu pregunta, sí que sé montar, pero hace tanto tiempo que no lo hago que lo mismo hasta se me ha olvidado. —Mi padre era un gran amante de los caballos y solíamos ir al rancho de un buen amigo suyo a menudo para recorrer sus tierras montados en los caballos que él nos dejaba. Cómo echaba de menos esos ratos que pasábamos juntos riendo y echando carreras los dos.

—Estoy seguro de que no se le ha olvidado —me dijo Tom con una sonrisa amable. Ese hombre me había caído bien desde el primer momento; tenía una mirada tan limpia y entrañable que me recordaba mucho a mi padre—. Cuando quiera, pásese por aquí y le ensillaré a Reina, es una de nuestras yeguas de cría, es la más tranquila del establo, estoy seguro de que os entenderéis a la perfección.

La verdad es que sí que tenía ganas de volver a montar a caballo, era una de las cosas que más había echado de menos desde que murió mi padre.

—Cuando coja ritmo con mis tareas y vea el tiempo libre que tengo, vendré para montar a Reina, la verdad es que sí que me apetece hacerlo. ¿Al jefe no le importará que monte?

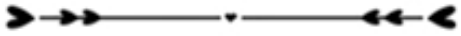
—No lo creo, pero si quiere, le pregunta primero para quedarse más tranquila.

—Será lo mejor, se lo preguntaré cuando le vea, no quiero hacerlo sin consultarle primero. No me puedo arriesgar a perder este trabajo por hacer cosas que no me están permitidas.

Después de charlar un poco más con Tom, Olivia y yo nos fuimos a la casa a preparar la comida. Me explicó que Ryder solía venir todos los días sobre la una a comer y que normalmente lo hacía solo, aunque había días que Camila se presentaba de improvisto y había que tener siempre comida de más por si a la señorita se le ocurría aparecer.

Vaya cruz con esa mujer, qué le costaría avisar un rato antes de que iba a venir. Por lo que tenía entendido, no trabajaba, así que no creía que estuviera muy ocupada. Aunque claro, estar perfecta todo el día le llevaría su tiempo. Por lo que me habían contado Mat y Olivia, nunca llevaba un pelo fuera de su sitio y siempre vestía como si fuera a ir a la gala de los Oscar. Solo de imaginarla arreglada para pisar la cocina me dieron ganas de reír.

Capítulo 11



El día se me pasó volando; entre el tour que dimos por la casa y el rancho, ayudar a Olivia con la comida y limpiar lo que tocaba ese día, la noche llegó tan rápido que apenas me di cuenta. Con todo lo que había dormido el día anterior, no tenía nada de sueño; además, era una persona que, aunque tuviera que madrugar, no solía irse muy pronto a la cama.

Me preparé una infusión en la cocina y salí con ella y una pequeña manta al porche. Me senté en uno de los balancines con la taza en la mano y me tapé las piernas. No es que tuviera frío, pero como solo llevaba una camiseta larga y mis braguitas, agradecí tener esa suave tela sobre mí. El aire de la noche era fresco, olía a campo y a tierra, y me relajaba de una forma que hacía años que no sentía. Empecé a balancearme hasta que alcancé el movimiento perfecto para disfrutar del silencio de la noche.

Diez minutos llevaba allí sentada, disfrutando de esa paz que solo un lugar como ese podía darte, cuando el silencio fue interrumpido por el motor de una camioneta que se acercaba. Mi corazón empezó a acelerarse en cuanto me di cuenta de que el conductor era Ryder. Noté cómo mis dedos se apretaban alrededor de la taza sin darme cuenta.

Él no me había visto todavía, la oscuridad de la noche me protegía y eso me dio ventaja para observar todos sus movimientos. Su rostro denotaba cansancio; por lo que me había dicho Olivia, su costumbre era terminar la jornada mucho antes, pero ese día había habido complicaciones con el parto de una yegua y el día de trabajo se había alargado. Sus hombros caídos y la forma en que se pasó la mano por el pelo lo decían todo.

Cerró la puerta de la ranchera y empezó a caminar hasta donde yo estaba; el cansancio que arrastraba del día era evidente en sus pasos lentos y su rostro serio. Aun así, esa aura de hombre sexi y poderoso no había disminuido ni un poco. Es más, esa mezcla de agotamiento y fuerza lo hacía todavía más atractivo.

Cuando pisó el último escalón del porche y levantó la mirada, esa seriedad que traía en su rostro dio paso a una sonrisa ladina en décimas de segundo en cuanto me vio allí sentada. Sentí como si esa sonrisa me desnudara más que la falta de ropa.

No dudó ni un segundo en girar su cuerpo para venir hasta el balancín y sentarse a mi lado. Se sentó demasiado cerca, tanto que podía notar perfectamente el calor que desprendía su cuerpo. Su olor a sudor limpio, cuero y colonia se mezcló con el de mi infusión, envolviéndome.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Me estabas esperando? —me preguntó con una sonrisa juguetona, que acompañó con una caricia en mi pierna por encima de la manta.

Dios, no llevaba ni un minuto allí sentado y ya me estaba encendiendo como una antorcha. ¿Qué coño tenía este hombre para que mi cuerpo reaccionara así ante él?

—Sigue soñando, majo —le dije apartando su mano de mi pierna—. Estoy aquí disfrutando de la noche y del silencio.

—Yo puedo hacer que disfrutes mucho de la noche, lo que no te puedo prometer es que haya silencio —me dijo con voz ronca, mientras se relamía los labios.

—¿Por qué no vas a buscar a tu novia y le haces disfrutar a ella?

—Porque a ella no le gustan las mismas cosas que a mí me hacen disfrutar.

—¿Y qué te hace pensar que conmigo sería distinto? —le pregunté con curiosidad, frunciendo un poco el ceño.

—No lo pienso, lo sé. El fuego que hay en tus ojos cargados de deseo cuando me miras me lo dice. —La mano que le había retirado anteriormente empezó a colarse por debajo de la manta y comenzó a acariciar lentamente mis piernas hasta llegar a mi centro, donde la dejó quieta.

—No creo que esto esté bien —dije señalándonos a ambos.

Tenía que levantarme de allí y salir corriendo, me decía mi cabeza, pero mi cuerpo traicionero, que solo respondía a él, no fue capaz de moverse. Me quedé agarrotada, consciente de cada centímetro de piel.

—Si tú quieres y yo quiero, está más que bien. Te daré un anticipo para que te ayude a tomar una decisión.

Con un movimiento rápido que no vi venir, agarró mis bragas y me las arrancó de un tirón. Empezó a pasar la palma de su mano, con movimientos lentos y estudiados, a lo largo de mi vagina, que ya estaba chorreando por todo lo que me provocaba. Noté cómo el aire se me quedaba atascado en la garganta.

—Ryder…

—Shhh… no digas nada, solo siente.

A la vez que introducía un dedo dentro de mí, se lanzó a mis labios para devorarlos con ansias. Al principio me quedé paralizada, pero enseguida le correspondí. Fue un beso sucio, con choque de lenguas y dientes, y varios mordiscos en mis labios, que acompañados del movimiento de su mano me hicieron subir el volumen de mis jadeos. Sentía las mejillas ardiendo y el corazón desbocado.

—Vamos a subir la intensidad —dijo separándose de mi boca unos segundos.

Con la mano libre que le quedaba, me subió la camiseta hasta el cuello dejando mis pechos al aire. Se quedó contemplándolos un rato y me miró con una sonrisa de lobo hambriento.

—Grandes, como a mí me gustan, y estos pezones —dijo tirando con dos dedos de uno de ellos— son una puta maravilla. Tan duros y apetecibles, que no puedo resistirme más, necesito saborearlos ya.

Se lanzó a por ellos con ansias. Los succionó y mordió, cambiando de uno a otro sin descanso, mientras con su otra mano, la que no había parado en ningún momento, seguía dándome placer. Introdujo un segundo dedo dentro de mí y aceleró los movimientos; mis caderas se iban solas a su encuentro como si supieran lo que tenían que hacer.

—Eso es, Luna, fóllate mi mano. —Dios, oírle hablar así me puso más cachonda todavía y aceleré mis movimientos al compás de los suyos.

Con su pulgar empezó a frotar mi clítoris sin descanso, dándome todavía más placer. Mi cuerpo ya no podría aguantar mucho más y él lo notó cuando mi vagina apretó sus dedos, haciéndole saber que estaba a punto de alcanzar el clímax.

—Dámelo, preciosa. Córrete para mí. Quiero ver cómo tus ojos brillan cuando te derrames en mi mano. —Con esas palabras, que sonaron más a orden que a petición, me dejé ir mirándole a los ojos.

Se me escapó un gemido roto y dejé que la ola me arrastrara por completo.

Sacó sus dedos de mi interior y, sin apartar su mirada de la mía, los lamió uno a uno, saboreándolos como si estuviera probando el mejor manjar del mundo.

—Deliciosa, tal y como me imaginaba. Pero la próxima vez será directamente en mi boca donde te derrames —me dijo guiñándome un ojo.

Cuando le vi hacer eso, supe que estaba perdida. No podría ser capaz de resistirme a él y, qué demonios, tampoco quería. Si podía disfrutar como lo acababa de hacer el tiempo que estuviera en el rancho, lo haría. Ya me preocuparía más adelante de las consecuencias.

—¿Qué quieres hacer conmigo? —le pregunté con cautela.

—Quiero hacerte tantas cosas que ahora mismo no sabría por cuál decidirme primero. Quiero disfrutar de tu cuerpo, que tú disfrutes del mío y que nos quememos juntos con este fuego que hay entre ambos, que, como has podido comprobar, es brutal.

»Es muy difícil encontrar una pareja en la cama con la que haya una conexión absoluta y creo que tú y yo la tenemos.

Sus palabras me dieron miedo; no por lo que implicaban en el terreno sexual, sabía que Ryder no haría nada que me dañara o yo no quisiera. Pero esa conexión de la que hablaba en la cama yo también la había notado fuera de ella, y ese era el primer paso para enamorarte de alguien. Eso era lo que me aterraba.

No podía amar a alguien que sabía que nunca correspondería a mis sentimientos; acabaría con el corazón roto y no estaba dispuesta a sufrir más, bastante lo había hecho ya. Necesitaba levantar un muro en mi corazón para que no se colara en él; era la única forma de protegerme.

—Quiero que me hagas todas esas cosas —le contesté muy segura, y sus ojos brillaron al ver que se saldría con la suya—, pero antes de eso necesito que sepas algo importante.

—¿Qué ocurre? Si es por Camila, no te preocupes por ella. No va a enterarse de nada de lo que pase entre nosotros, esto es solo nuestro.

—No es por Camila, es por mí. —Frunció el ceño y me miró expectante, esperando mis próximas palabras—. ¿Recuerdas cuando me preguntaste cuándo fue la última vez que había estado con un hombre?

—Sí, como también recuerdo que tú no me contestaste. No entiendo qué tiene que ver eso ahora. Realmente no me interesa saberlo; después de haber probado tu sabor, lo que menos necesito es ponerme de mala hostia pensando en lo que te hayan hecho otros hombres y cuándo —me contestó enfadado.

—Creo que es muy importante que lo sepas, más que nada porque nunca ha habido ningún hombre. Nadie me había tocado nunca, tú has sido el primero.

—¿Dime que me estás vacilando? ¿Dime que esto es una puta broma? —exigió.

—No lo es, Ryder, soy virgen. Creo que era algo que tenías que saber antes de seguir con lo que sea que ha empezado esta noche entre nosotros. Sé que estás acostumbrado a otras cosas, eso me quedó claro en la conversación entre tú y tu novia esta mañana. Por eso prefiero que lo sepas y, si no quieres seguir, lo entenderé perfectamente.

Cuando me miró a los ojos y vio que le estaba siendo totalmente sincera, hizo algo que me dejó totalmente descolocada: me atrajo hacia él y me abrazó. Sentí su pecho fuerte pegado al mío, subiendo y bajando despacio.

—Ni te imaginas cómo me siento ahora mismo. Saber que lo que no le has dado a nadie estás dispuesta a entregármelo a mí, hace que mis venas hiervan de deseo. Tu primera vez será algo que no olvidarás en tu vida, eso te lo garantizo. No debes tener miedo, seré cuidadoso y haré que disfrutes mucho.

—¿Estás seguro? Mira que lo mismo te llevas un chasco, no es que vaya a ciegas en el tema, que tonta no soy. Pero creo que tú estás a un nivel en el tema del sexo en el que yo estoy totalmente perdida.

—Eso va a ser lo mejor de todo. —Sus ojos brillaron de puro deseo—. Me pongo duro solo de pensar que voy a ser el primero en estar dentro de ti o que voy a ser el primero en follarse esta preciosa boca que tienes —me dijo lamiendo mis labios—, pero lo mejor de todo es pensar que nunca has sido de nadie y vas a ser mía, solo mía.

Cuando acabó de decir esas palabras, que me estremecieron de pies a cabeza por la posesividad que había en la manera en la que dijo que sería solo suya, se lanzó a mis labios para besarme de una manera lenta, sin prisas, disfrutando del momento, como si con ese beso quisiera sellar nuestro destino. Y yo me uní a él en ese baile de lenguas que dijeron más que muchas palabras.

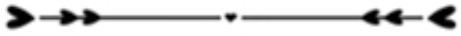
Nos separamos para coger aire cuando nuestros pulmones no pudieron más.

—Creo que es mejor que nos vayamos a descansar, porque si no te voy a llevar a mi cama y no te voy a dejar salir en una semana —me dijo con la voz ronca.

—Sí, estoy agotada —le dije, mientras se me escapaba un bostezo que le hizo reír.

Nos despedimos en la puerta de mi habitación con un beso corto y, antes de irse, me dijo que descansara todo lo que pudiera, porque iba a necesitar acumular todas las energías posibles para lo que tenía pensado hacerme al día siguiente. Solo con pensarlo, un escalofrío caliente me recorrió entera.

Capítulo 12



Cuando me levanté al día siguiente, lo primero que se me vino a la mente fue el ardiente rato que pasé con Ryder en el balancín; recordé todas las cosas que me hizo y, solo con pensarlo, mi cuerpo se encendió solo.

Me metí en la ducha y abrí el agua sin esperar a que se calentara. Dejé que el agua fría se deslizara por mi piel; necesitaba calmarme o estaría todo el día con ese fuego en el cuerpo que me producía solo con pensarle.

Por mucho que quisiera disfrutar con Ryder de todas las cosas que había prometido hacerme, no debía desviarme de mi objetivo. Había llegado al rancho con un cometido y tenía que cumplirlo; ese día, en cuanto bajara a desayunar, empezaría a investigar todo lo que hacía Camila.

Después de la larga ducha, que me había calmado un poco, me puse unos *shorts* blancos y una camiseta de tirante ancho. Había visto por la ventana que ese día apretaría el calor y necesitaba estar cómoda para hacer mis tareas.

No había pisado el primer escalón de las escaleras cuando mi móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué y, cuando vi de quién era el mensaje, una sonrisa apareció en mi rostro.

Mat: *Lunita, ¿qué tal va todo? Por aquí echándote mucho de menos, la casa se ve muy vacía sin ti.*

Luna: *Hola Mat, ya estoy instalada. He visto todo el rancho, esto es una maravilla. Te quedaste corto en tu descripción.*

Mat: *Ja, ja, ja, sí que lo es. No quise contarte mucho, quería que lo vieras con tus propios ojos. ¿Y lo demás? ¿Qué tal con mi hermano? ¿Ya te ha metido fichas?*

Luna: *Y lo que no son fichas…*

Mat: *¡¡¡La hostia!!! Pero si llegaste ayer, ja, ja, ja. Es que lo sabía, no ibas a poder resistirte. Voy a llamarte, necesito saber todos los detalles.*

Al momento mi móvil sonó con la llamada. Mat me hizo un interrogatorio completo. La confianza que se había creado entre nosotros en el poco tiempo que hacía que nos conocíamos era brutal, así que no tuve ningún reparo en contarle todo lo que había pasado.

Empecé por el principio: desde que Ryder me había recogido en la estación. Después le conté el encontronazo que había tenido con la simpática de Camila. Mat me dijo que tuviera cuidado con ella, que esa mujer era peligrosa; no quería que me pusiera en su punto de mira y pudiera hacerme cualquier cosa. Le dije varias veces que se quedara tranquilo, que no pensaba enfrentarme a ella. Todo lo que investigara lo haría en las sombras, sin que ella se diera cuenta de nada.

Cuando llegué a la parte interesante —como él la llamó—, alucinó y se carcajeó a partes iguales. Estaba convencido de que Ryder caería rendido a mis pies, cosa de la que yo no estaba tan segura; para él solo era su nuevo juguete, con el que pensaba divertirse hasta que encontrara otro que le gustara más.

Mat, por su parte, me contó que había conocido a alguien en el rancho donde trabajaba y que, aunque la cosa iba muy despacio, estaba muy contento porque el hombre en cuestión le gustaba mucho. Me alegré muchísimo por él y le animé a que, si tanto le gustaba, no lo dejara escapar.

Cuando entré en la cocina con una sonrisa en mi cara, por lo bien que me había sentado la charla con Mat, allí estaba Ryder sentado en la mesa con una taza de café en la mano.

—Buenos días, jefe —le dije sonriendo, pero mi sonrisa se borró de mi cara cuando me miró… ¿enfadado?

Mi cabeza se llenó de confusión al verlo así. ¿Qué podría haber pasado para que estuviera con ese ceño fruncido y los dientes apretados? La noche anterior, cuando nos despedimos, estaba bien.

—¿Con quién hablabas? —me espetó sin saludarme siquiera. Era eso: me había oído hablar por teléfono. Dios mío, esperaba que no hubiera oído nada de la conversación o el plan se iría al garete si descubría que al otro lado de la línea estaba Mat.

—Con un amigo de Tucson —le contesté sin darle demasiada importancia.

—¿Un amigo? —preguntó con ironía.

—Sí, mi mejor amigo, de hecho. Bueno, el mejor y el único que tengo, si te soy sincera.

—Yo a mis amigos no les digo que los quiero y que los echo de menos cuando me despido, Luna, así que no me mientas. La mentira es una de las cosas que no soporto en esta vida. —Vaya, así que era eso: estaba celoso porque pensaba que tenía algo con mi amigo y le había mentido.

—Claro que lo quiero y le echo de menos. Para mí es una persona muy importante en mi vida. Tenemos mucha confianza desde que nos conocemos.

—¿Y os conocéis mucho? —preguntó apretando los dientes.

—Pues sí, la verdad. Pero creo que no de la manera que tú estás pensando. Si lo que piensas es que he tenido algo con él y todo lo que te dije anoche es mentira, no podrías estar más equivocado.

»Ni paseándome desnuda delante de él me miraría dos veces; sería necesario que me colgara algo como lo que tú tienes entre las piernas para que lo hiciera. Y la verdad es que yo a él nunca le he mirado con deseo tampoco.

Cuando se dio cuenta de todo lo que le había dicho, se llevó una mano a la cara y, con dos dedos, se pinzó el puente de la nariz y resopló.

—Luna, yo…

Le corté antes de que siguiera hablando. Estaba muy enfadada por la manera en la que me había reprochado algo que no tenía sentido ninguno. Además, él y yo no éramos nada como para que viniera exigiéndome. Lo mismo podía haber hecho yo respecto a Camila, pero no pensaba entrar en ese tira y afloja que no nos llevaría a ningún sitio.

—Ahórrate lo que sea que vayas a decir. Creo que por hoy ya has dicho bastante. Ahora, si me disculpas, me voy a hacer mis tareas, que es para lo que he venido a esta casa. —Una vez dichas esas palabras, con la cara más seria que pude poner, me di la vuelta dejándolo allí con tres palmos de narices. La próxima vez esperaba que pensara las cosas mejor antes de abrir la boca.

El resto del día me dediqué a limpiar mi habitación y el salón. Ayudé a Olivia a preparar la comida, un guiso de patatas con carne que nos quedó espectacular.

También, preguntando aquí y allá con fingida inocencia, me enteré de que Camila tenía la misma rutina todas las semanas: siempre venía a comer los lunes, miércoles y viernes con Ryder. Cuando terminaba, él se iba a seguir con lo suyo en los prados con las reses, y ella se pasaba por las caballerizas, le pedía a Tom que le ensillara un caballo y se perdía durante dos horas cabalgando por los prados.

¿Qué haría durante esas dos horas? Los demás no lo verían extraño, pero a mí eso me escamó. En el rancho de su padre también se dedicaban a la cría de caballos, por lo que me había contado Tom. ¿Entonces por qué esos paseos no los daba en sus tierras? No pensaba dejarlo pasar: al día siguiente, que era miércoles, estaría muy atenta para saber qué hacía durante esas dos horas.

Cuando terminé mis tareas, todavía faltaba un buen rato para la cena, así que me armé de valor y me fui a los establos. Tenía muchas ganas de volver a montar. No le había pedido permiso a Ryder; después del encontronazo de la mañana no tenía muchas ganas de hablar con él. A quien sí se lo pregunté fue a Olivia. Me dijo que al jefe no le importaría que montara, que muchos de sus trabajadores en sus ratos libres también lo hacían.

—Buenas tardes, Tom. Aquí me tienes para intentar montar a Reina —le dije al jefe del establo, que me dedicó una gran sonrisa en cuanto me vio

entrar.

—Sabía que no tardarías en venir, niña. Ayer vi ese brillo especial en tus ojos, ese que tienen las personas a las que les gusta cabalgar.

No tardó ni diez minutos en tener preparada a Reina. Me acerqué lentamente a ella cuando la sacó de la cuadra ya con la silla puesta y puse mi mano en su cabeza. Empecé a acariciarla suavemente, dejándola que me oliera para ganarme su confianza. Era muy mimosa y le encantaron mis caricias. Poco rato después salimos del establo y Tom me ayudó a montar. Primero di un par de vueltas allí mismo para familiarizarme con la silla y, cuando me sentí segura, empecé con un paseo al trote por el camino que llevaba a los campos donde en esos momentos no había reses, como me indicó Tom.

Estaba disfrutando tanto del paseo que no oí al jinete que se acercó sigiloso a mí, hasta que lo tuve a mi lado. Me sobresalté al oír su voz.

—No pensé que sabrías montar —me dijo Ryder, sonriendo.

—Hay muchas cosas que aún no sabes de mí, jefe.

—Pues tengo intención de descubrirlas todas —me dijo con esa sonrisa canalla que siempre ponía cuando sus palabras tenían doble sentido.

—Eso será si yo te dejo, ¿no? —le contesté.

—Luna… respecto a lo de esta mañana, quería pedirte disculpas. No tenía derecho a meterme en tu vida. Pensar que ese hombre te había tenido para él me nubló el juicio.

Sus palabras eran tan sinceras que hicieron que el poco enfado que me quedaba se esfumara de golpe. Todos nos equivocamos en algún momento, y que se disculpara decía mucho de su persona.

—Disculpas aceptadas. Es mejor que hagamos como si la conversación de esta mañana no hubiera existido. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo —me contestó agradecido—. Me gustaría enseñarte un sitio. ¿Quieres venir conmigo?

El brillo que vi en sus ojos hizo que me entrara curiosidad por ir al sitio que quería enseñarme.

—Sí, claro que quiero ir contigo.

Asintió, y con la cabeza me indicó que le siguiera.

Seguimos unos metros trotando, pero enseguida Ryder apretó más el paso, poniendo su caballo al galope. Yo hice lo mismo con Reina. Era maravilloso poder sentir el aire en mi rostro mientras disfrutaba de la carrera; me hizo sentirme libre.

Quince minutos después, Ryder empezó a aminorar la marcha y, poniéndose a mi lado, me indicó que dirigiera a Reina hacia una arboleda que estaba a unos metros de nosotros. Después de atravesarla durante unos minutos más, llegamos a un claro, donde había un lago con una pequeña cascada que era una auténtica maravilla.

Atamos a Fuego —que era el caballo de Ryder— y a Reina en el tronco de un árbol cuando desmontamos, y después de darles un terrón de azúcar a cada uno, avanzamos hasta el borde del lago.

—¿Quieres darte un chapuzón? Te aseguro que en esta época del año el agua está buenísima.

—No quiero que pueda aparecer cualquiera y me vea ahí dentro desnuda —le contesté. Era la verdad: me moría de ganas por darme un baño y meterme debajo de la cascada, pero que alguien pudiera verme me echaba para atrás.

—Por aquí no viene nunca nadie. Te aseguro que, si supiera que alguien podría verte desnuda, no te lo habría propuesto. Este cuerpo —dijo señalándome— solo lo voy a ver y disfrutar yo.

Sus palabras me convencieron y empezamos a quitarnos la ropa los dos a la vez.

Capítulo 13

Cuando la última prenda cayó de mi cuerpo al suelo, Ryder, que no había dejado de observarme en ningún momento, al ver mi cuerpo desnudo se relamió los labios y soltó un gruñido. Se notaba en su mirada que le gustaba lo que veía, bueno, y también en su miembro, que solo necesitó un segundo para ponerse duro como una piedra.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunté mordiéndome el labio.

—Luna, no me provoques, porque mando a la mierda lo que tengo pensado para tu primera vez y te tumbo ahora mismo en el suelo para follarte hasta que te quedes sin voz de gritar mi nombre. —Dios, cómo me gustaba cuando hablaba sucio, solo con esas palabras mi vagina empezó a chorrear.

Agarró mi mano sin decir nada más y juntos entramos en el agua. Ryder tenía razón, estaba buenísima y, con el calor que hacía, se agradecía poder refrescarse. El lago no era profundo; el agua me llegaba por debajo de los pechos. Avanzamos hasta meternos debajo de la cascada; la sensación del agua cayendo sobre nuestras cabezas era maravillosa.

Ryder agarró mi cintura y nos introdujo un poco más adentro, quedando ocultos detrás del agua que caía. Ninguno de los dos pudo resistirse más; allí dentro nos lanzamos a los labios. Sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo despacio, sin prisas, como si quisiera grabarlo en su mente.

Masajeó mis pechos con absoluta devoción, pasando sus pulgares por mis pezones en círculos para después pellizcarlos y tirar de ellos una y otra vez.

Mis manos tampoco se quedaron quietas. Recorrí su cuerpo igual que él estaba haciendo conmigo: su espalda, sus brazos y las deliciosas abdominales que tenía. Cuando llegaron hasta su miembro y empecé a acariciarlo con movimientos lentos desde la base hasta la punta, recreándome en su glande, un jadeo salió de su garganta.

Dejó de torturar uno de mis pechos y bajó la mano hasta mi vagina, en la que empezó a jugar con sus dedos, sacándolos y metiéndolos, a la vez que presionaba mi clítoris.

Los jadeos de ambos se intensificaron hasta tal punto que tuvimos que dejar de besarnos. Nuestras respiraciones se aceleraron a la vez que nuestras manos empezaron a moverse más deprisa.

—Luna, no voy a poder aguantar mucho más. Joder, qué manos tienes; nunca pensé que una novata podría darme tanto placer. —Esas palabras me hicieron sonreír y jadear a la vez, porque introdujo un tercer dedo en mi interior y aceleró el ritmo.

—Venga, nena, córrete conmigo —me dijo antes de atrapar mis labios de nuevo.

Un par de minutos después nos corríamos a la vez de una manera bestial, yo gritando su nombre y él soltando un gruñido que rebotó en todas las paredes del interior de la cascada.

Apoyó su frente en la mía y, cuando recuperó un poco la respiración, me dio un beso lento, sin prisa, recorriendo con su lengua todas las partes de mi boca. Cuando el beso terminó, mantuvo su frente contra la mía hasta que nuestros corazones volvieron a latir a un ritmo normal.

—No te puedes ni imaginar las ganas que tengo de estar dentro de ti. Voy a disfrutar como nunca cuando te tenga tumbada debajo de mí.

—Yo también tengo muchas ganas de que me hagas tuya. —Esas palabras parecieron activar algo dentro de él, porque agarró mi mano y me sacó casi a rastras del lago. No paró hasta que estuvimos en la orilla. Cogió la ropa y empezó a vestirse con rapidez. Me quedé observándole y levanté una ceja

interrogante, porque no sabía qué mosca le había picado para comportarse así. Salí de dudas con sus siguientes palabras:

—Vamos, vístete. No puedo esperar más para hacerte mía. Nos vamos a casa ahora mismo y espero que estés preparada, porque no vas a descansar mucho esta noche.

Ya los dos con la ropa puesta, montamos en Fuego y Reina y cabalgamos a toda velocidad en dirección al rancho. Al llegar a los establos, Tom nos esperaba en la puerta. Ryder me ayudó a desmontar y, cuando estaba atrapada entre sus brazos descendiendo de la silla de Reina, agachó la cabeza y me susurró al oído, para que solo yo pudiera oírle:

—Espérame en la buhardilla, dentro del *jacuzzi*. En unos minutos estaré allí contigo. —No le contesté, solo asentí.

Me despedí de Tom después de que me preguntara qué tal había ido el paseo y decirle que había sido maravilloso, que seguramente, si tenía tiempo, pasaría todos los días a montar a Reina.

Cuando llegué a la casa reinaba el silencio. Seguramente Olivia estaría ya en su habitación leyendo o bordando, que era lo que hacía todos los días antes de la cena, la cual solía llevarse allí, dejando la mía y la de Ryder en la cocina.

Me encantaba la buhardilla; era la mejor estancia de la casa. Cuando entré, cerré la puerta y comencé a quitarme la ropa. Aunque Ryder no me lo hubiera pedido u ordenado, me habría metido en el *jacuzzi* igualmente; tenía unas ganas locas de probarlo. Me tumbé apoyando la cabeza en el borde y cerré los ojos. La sensación de las burbujas recorriendo mi cuerpo me relajó tanto que no oí entrar a Ryder; solo cuando sus labios se posaron en los míos me di cuenta de que estaba a mi lado.

Me besó durante un rato mientras sus manos empezaban a jugar con mis pechos, algo que parecía gustarle mucho, porque los amasaba con pasión.

Estaba tan a gusto allí dentro, disfrutando de lo que me estaba haciendo, que solté un pequeño chillido cuando, de repente, me levantó y me sentó en el

borde. Con su mano me empujó por el hombro para que me tumbara un poco hacia atrás y separó mis rodillas, dejando mi sexo expuesto ante sus ojos.

—Me muero de ganas de que te corras en mi boca. No voy a parar de follarte con mi lengua y mis dedos hasta que lo hagas —me dijo antes de empezar a lamer mi vagina de arriba abajo.

Cumplió lo que me había dicho, vaya si lo cumplió; no paró en ningún momento. Alternaba sus dedos y su lengua dentro de mí, succionándome de una manera deliciosa. Con su manera experta de comerme no tardé ni cinco minutos en dejar mi esencia en su boca.

—Totalmente deliciosa. Me voy a volver adicto a tu sabor —dijo relamiéndose los labios y chupando sus dedos empapados por mis fluidos.

Me cogió en brazos y me llevó al sofá para repetir otra vez lo mismo que me había hecho en el *jacuzzi*. Cuando alcancé el segundo orgasmo me susurró al oído:

—Estás más que lista para dejarme entrar dentro de ti. ¿Estás segura de que quieres seguir? —Cómo no iba a querer seguir, si estaba deseando que me hiciera suya y poder sentirlo dentro de mí.

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida. Hazme tuya, Ryder. — Al oír esas palabras, sus ojos brillaron de emoción.

Me tumbó, abrió un poco mis piernas y se colocó encima de mí. Agarró su miembro con la mano y empezó a frotarlo contra mi vagina lentamente, mojándolo con los restos de mi esencia.

—Por favor…

—¿Me quieres dentro, verdad?

—Sí, no me hagas esperar más —le dije jadeando impaciente.

Con su mano guio su miembro hasta mi entrada y empezó a introducirse lentamente dentro de mí. Cuando llegó a mi barrera, con un golpe de caderas

su miembro me atravesó hasta el fondo. Me había preparado tan bien que ni siquiera me dolió, pero él esperó mi señal para moverse.

—Muévete —le dije ansiosa porque continuara.

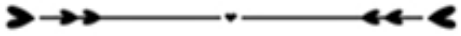
—Tus deseos son órdenes para mí.

Empezó con un movimiento lento, sacando su miembro por completo para volver a introducirlo hasta el fondo, con golpes suaves pero firmes. Cuando notó que mis caderas lo buscaban pidiendo más, empezó a acelerar el ritmo, más y más deprisa, hasta que se volvió casi frenético. Minutos después, los dos nos dejábamos ir en un orgasmo devastador.

Una vez recuperados, Ryder bajó a la cocina y subió nuestra cena. Comimos sentados en el sofá, charlando del rancho, de Olivia y de algunos de los trabajadores; nada personal de ninguno de los dos.

Cuando terminamos de cenar nos tumbamos en el sofá y volvimos a perdernos el uno en el otro. Esa noche cumplió su promesa de no dejarme descansar y logró que casi me quedara afónica de gritar su nombre.

Capítulo 14



Cuando abrí los ojos a la mañana siguiente, me di cuenta de que no estaba en mi habitación. Seguía tumbada en el sofá de la buhardilla, totalmente desnuda. Ryder no estaba por ninguna parte, ni él ni su ropa. Miré mi reloj: era bastante tarde, así que seguramente ya se había marchado a los prados a trabajar.

Al intentar incorporarme, un quejido salió de mi garganta. Dios mío… no había parte de mi cuerpo que no me doliera. Hasta los labios me ardían de la cantidad de besos que habíamos compartido durante toda la noche. Al ponerme de pie, mis piernas temblaron y tuve que volver a sentarme.

¿Por qué me dolía todo tanto?, me pregunté. Entonces la respuesta vino sola a mi cabeza: Ryder y todas las veces que me había hecho suya. En el jacuzzi, encima de la mesa de billar, contra la pared y en el sofá. Ahí fue donde me puso a cuatro patas y, mientras me follaba con fuerza, me palmó el trasero hasta que tuve un orgasmo que me hizo tocar el cielo.

Aparté todas esas imágenes de mi cabeza y me dirigí al baño arrastrando los pies. Necesitaba una ducha con urgencia para quitarme el olor a sexo que desprendía mi cuerpo y que el agua caliente destensara un poco mis músculos.

Bajé a la cocina ya un poco más recuperada; necesitaba comer algo con urgencia, tenía un hambre voraz. Supuse que sería por el desgaste de la maravillosa noche que había pasado.

—Buenos días, niña. ¿Se te han pegado las sábanas? —me dijo Olivia en cuanto entré. Por la sonrisa pícara que acompañó sus palabras, supe que lo había adivinado todo, y me tapé la cara avergonzada.

—No se me han pegado las sábanas porque no las había.

Olivia soltó una carcajada ante mi respuesta, pero enseguida su gesto cambió. Se sentó a mi lado, me cogió la mano con cariño y habló con seriedad.

—Me parece estupendo que disfrutéis juntos, pero déjame darte un consejo, Luna. No te enamores de Ryder. No quiero que sufras si él no siente lo mismo.

—No te preocupes, Olivia. Eso lo tengo muy claro. Para él solo soy —y seré— una mujer más con la que pasar un buen rato… hasta que se canse y pase a la siguiente.

Ella asintió sin añadir nada más y se levantó para prepararme el desayuno.

El consejo llegó demasiado tarde. Si no estaba enamorada ya, poco faltaba. Me había dado cuenta durante la noche que lo que sentía por él no era solo deseo. Sabía que iba a sufrir cuando me desechara para pasar a la siguiente, pero ya cruzaría ese puente cuando llegara, de momento tenía claro que quería compartir todos los momentos que pudiera con él.

Terminé el abundante desayuno que Olivia me puso y dediqué el resto de la mañana a limpiar varias habitaciones vacías. Me esmeré en hacerlo rápido; necesitaba tener la tarde libre. Hoy era uno de los días en que Camila venía a comer y después salía a «cabalgar», y yo tenía intención de seguirla.

A la una en punto Ryder entró por la puerta de la cocina, donde yo estaba dando vueltas al guiso que Olivia había preparado. Ella se había ido al cuarto de la colada a poner un par de lavadoras. Se acercó lentamente a mí y me acorraló contra la encimera a la que yo estaba dándole la espalda.

Retiró mi pelo hacia un lado y empezó a besarme y morderme el cuello. Su mano se coló por debajo de mi camiseta y empezó a amasar mi pecho y retorcer mis pezones.

—Tus tetas me tienen loco, son las mejores que he visto y probado nunca. Y son solo mías, lo mismo que esto —me dijo, introduciendo su mano por dentro de mi pantalón para acariciar mi vagina. Por instinto, mi cuerpo le respondió apretando mi culo contra su entrepierna, y noté cómo se endurecía con mi roce.

Una voz chillona nos interrumpió justo en el mejor momento. Ryder sacó su mano de mi pantalón y dejó un suave beso en mis labios antes de lamer sus dedos uno a uno, guiñándome un ojo.

—¿Amor? ¿Estás en casa? —preguntó Camila, alzando la voz desde la entrada.

—En la cocina —le contestó Ryder.

—Esta noche espérame en mi cama, desnuda. Tengo en mente hacerte unas cuantas cosas que, estoy seguro, te van a encantar —me dijo en un susurro antes de darse la vuelta y sentarse en una silla.

Intenté recuperar la respiración antes de que Camila llegara a la cocina para que no se diera cuenta del estado de excitación que tenía. Apreté los puños contra la encimera y, por el rabillo del ojo, vi al cabrón de Ryder contener una risita, porque sabía perfectamente lo que me pasaba.

—Hola, cariño —le dijo Camila, dejándole un suave beso en los labios cuando se sentó a su lado.

Me dolió ver cómo la besaba; una cosa era saberlo y otra muy distinta tener que estar presente cuando pasaba.

—Hoy llegas pronto —le dijo Ryder sonriendo.

—Sí, he venido antes porque tengo algo que enseñarte —le dijo melosa.

—Bien, pues me lo enseñas mientras comemos —añadió Ryder.

—Chica, pon la comida —me dijo sin ni siquiera mirarme—. Voy a por las cosas al salón, las he dejado en el bolso.

Se levantó y salió rápido de la cocina para ir a buscar lo que fuera que quería enseñarle a Ryder.

Puse los platos y los vasos en la mesa sin levantar la mirada. Cuando me acerqué con el cesto de pan para colocarlo también, Ryder alargó la mano para agarrarme, pero me retiré rápido. No quería que me tocara en ese momento. Su comportamiento hacia mí cuando Camila estaba delante me dolía. Que vale que yo no era nadie para él, pero, joder, era una persona y tenía sentimientos, y me merecía respeto.

Cuando Camila regresó con una carpeta en la mano, les serví la comida en los platos y les dejé una jarra de agua y una cerveza para Ryder encima de la mesa.

—¿Quieren algo más los señores? —les pregunté con ironía; esa que ninguno de los dos captó. Pero, al oírme decir esas palabras, Ryder me miró levantando una ceja sorprendido.

—Que te largues. Tenemos temas importantes que tratar de la boda, y las criadas no tienen por qué estar delante escuchando —me dijo con desprecio Camila, como si mi presencia fuera para ella lo más molesto del mundo.

Sé que Ryder vio mi mirada de dolor por escuchar cómo me hablaba su prometida, pero no dijo nada. Simplemente se quedó callado… y eso me dolió más que las palabras despectivas de la bruja de su novia.

Ni siquiera contesté. Solo asentí con la cabeza y, mordiendo mi labio para no soltarle cuatro frescas a la barbi de los cojones, me giré y salí de la cocina. Subí corriendo a mi habitación y, solo cuando cerré la puerta, permití que las lágrimas salieran de mis ojos. Ya podía haber llegado antes el consejo de Olivia, porque tenía razón en todo: no es que fuera a sufrir, es que ya lo estaba haciendo.

La siguiente hora la pasé en la habitación, tumbada en la cama, hablando con Mat. Tuve que llamarle para contarle lo que me estaba pasando; no tenía a nadie más con quien hablarlo. Y después de nuestra larga charla, en la que me desahogué todo lo que pude, me sentía mucho mejor. Él me aconsejó que viviera el día a día y que no dejara que el trato de Camila me afectara. Por lo

que me dijo, no era algo personal contra mí: ese era el trato que le daba a todo el mundo.

Cuando oí que Ryder y Camila hablaban en el porche, me puse rápidamente las botas y bajé sigilosa las escaleras. Ya habían terminado de comer y se estaban despidiendo; él se marchó por un lado para volver al trabajo, mientras ella se dirigió a los establos.

Caminé detrás de ella sin dejarme ver hasta que llegamos. En la puerta la esperaba Tom con un caballo ensillado. Reina también estaba preparada porque le había dicho a Tom más o menos la hora a la que pasaría por allí para montar un rato, pero le pedí que no la sacara hasta que yo llegara porque no sabía la hora exacta.

Camila salió trotando hacia la pradera este. Me monté en Reina y salí detrás de ella. Tuve que guardar bastante distancia para que ni ella ni el caballo notaran mi presencia. Pasaron veinte minutos en los cuales solo se veían campos y campos sembrados. Por allí no había absolutamente ni nada ni nadie. ¿Adónde iría? ¿O era verdad que solo salía por ahí a disfrutar de las vistas y cabalgar?

La respuesta a mi pregunta llegó cinco minutos después: delante de mí estaba el caballo de Camila, atado a un árbol junto a otro caballo que no tenía ni idea de quién era. A la derecha de ambos había una pequeña cabaña, en la que seguramente estaban ella y el dueño del otro caballo.

Saque el móvil de mi bolsillo trasero para mandar un mensaje a Mat, necesitaba saber que era ese sitio.

Luna: *Mat, ya se dónde va Camila, los días que sale a cabalgar.*

Mat: *¿Dónde?*

Luna: *No tengo ni idea de lo que es este sitio. Está en una cabaña a unos veinte minutos al este del rancho.*

Mat: *¿Una cabaña? Pues tiene que ser el antiguo refugio donde los trabajadores paraban a beber o comer cuando había días que se complicaban las cosas con el ganado y no podían llegar a tiempo a los*

barracones. Pero esa cabaña hace años que no se usa; se construyó una más cerca de donde pastan las reses. ¿Qué hace Camila ahí?

Luna: *No lo sé, pero no está sola. Fuera, al lado de su caballo, hay otro atado. Está dentro con alguien.*

Mat: *La hostia… esa está tramando algo. ¿Quién será la persona que está con ella? Porque si conoce esa cabaña tiene que ser alguien del rancho. Por eso quedan ahí.*

Luna: *Eso mismo pienso yo. Tengo que apartarme de aquí para que no me vean al salir. Llevaré a Reina un poco lejos y volveré a pie. Esperaré lo que haga falta hasta que salgan los dos. Si no reconozco a la otra persona, luego te hago una descripción a ver si tú sí sabes quién es.*

Mat: *Luna, ten mucho cuidado de que no te descubran. Esa mujer es peligrosa, no quiero que te pase nada.*

Luna: *Tranquilo, lo tendré. Una de las cosas que aprendí viviendo en la calle es a ocultarme bien.*

Mat: *Me llaman para ayudar a una vaca a parir. Escríbeme en cuanto sepas algo, un beso.*

Luna: *Que te sea leve, un beso.*

Casi dos horas después, la puerta de la cabaña se abrió. De ella salieron Camila y un hombre besándose con pasión; me quedé a cuadros. Joder con la barbi, y luego decía Mat que era una mojigata. Una mujer que besa como ella lo estaba haciendo de mojigata no tenía ni un pelo. Lo sería con Ryder, pero no con ese hombre.

Esperé a que se separaran para poder verle la cara. Que era un vaquero estaba claro por cómo iba vestido, pero entre tantos que había en el rancho, sin verle el rostro, intentar saber quién era por la ropa sería como buscar una aguja en un pajar. Después de diez minutos de besos y magreos, por fin se separaron para ir cada uno hacia su caballo. Y entonces fue cuando pude verle la cara: se me desencajó la mandíbula de la impresión al ver quién era.

Me di la vuelta y salí corriendo. Cuando llegué hasta Reina, me monté de un salto y salí galopando hacia los establos.

Llegué jadeante con Reina y allí ya me estaba esperando Tom para quitarle la silla y cepillarla.

—Gracias por tenerla lista, Tom. Dale unas zanahorias de premio. Es una buena chica y se ha portado muy bien.

—Así lo haré, Luna. Que tengas buena tarde —me contestó Tom cuando salí de allí, despidiéndome con la mano.

Llegué corriendo a la casa y me encerré en mi habitación para mandarle a Mat un mensaje con lo que había descubierto.

Luna: *Vas a flipar en colores cuando sepas con quién estaba la señorita estirada, y lo mejor de todo es el momento de pasión que han tenido que ver mis ojos entre ellos. Esta tiene de mojigata lo que yo de monja. Con tu hermano no hará ciertas cosas, pero te aseguro que con ese hombre las hace todas.*

Mat: *Pero… ¿qué me estás contando? La Barbie estirada sabe ser apasionada. Eso sí que no me lo esperaba. Entonces con Ryder finge en eso también. Qué hija de puta. Esta tiene un plan oculto, porque este comportamiento no es normal. ¿Entonces has reconocido al hombre que estaba con ella? Dímelo, estoy sentado.*

Luna: *Era Drew, el capataz del rancho. Les hice una foto juntos.*

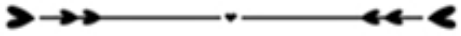
Mat: *¡¡¡No me jodas!!! Si ese tío le saca quince años por lo menos.*

Luna: *Estos dos traman algo, estoy segura. Si tanto se quieren como me ha parecido ver, ¿por qué Camila se va a casar con Ryder? Ahí hay algo que no encaja, y el viernes, cuando vuelvan, pienso descubrirlo.*

Mat: *Tengo que dejarte, otro parto en camino. Mantenme al tanto de todo, por favor.*

Me despedí de Mat y me tumbé en la cama a idear de qué manera podría escuchar lo que esos dos hablaban, y sin querer me quedé dormida.

Capítulo 15



Sentí cómo me levantaban de la cama de repente y abrí los ojos, sobresaltada. Ryder me miraba con el ceño fruncido mientras me sacaba de mi habitación a pasos rápidos.

—¿Qué haces? —le pregunté, alucinando sin saber qué quería o a dónde me llevaba.

—Te dije bien claro que me esperaras en mi habitación, desnuda. —Lo había olvidado por completo; con todo lo de Camila y la charla con Mat, ni me había acordado.

—Estaba cansada y me he quedado dormida —dije, disculpándome.

—Pues espero que hayas descansado y recuperado fuerzas, porque las vas a necesitar.

Cuando llegamos a su habitación —yo aún cargada entre sus brazos—, cerró la puerta de un portazo con el pie. Se acercó a la cama y me dejó caer sobre ella, no muy fuerte, pero sí con la suficiente intensidad para hacerme rebotar en el colchón.

—Desnúdate —me ordenó.

Me quedé mirándolo como una tonta, viendo cómo él empezaba a quitarse la ropa a toda prisa.

—Como tenga que repetirlo, mañana no vas a poder sentarte de lo que te va a doler el culo de los azotes que te voy a dar.

Dios… oírle decir eso hizo que mis braguitas se humedecieran. Me quité la ropa lo más deprisa que pude y esperé su siguiente orden.

Se dio la vuelta y empezó a sacar cosas de su armario, que dejó encima de la mesa que estaba al lado de la cama. Intenté incorporarme para ver lo que era, pero no me dejó. Se subió de rodillas a la cama y me pidió que le diera las manos. Las juntó y, con un pañuelo de seda, las ató por las muñecas al cabecero. Luego sacó un segundo pañuelo y me tapó los ojos, dejándome en la más absoluta oscuridad, privándome de ese sentido.

—Si hay algo que no aguantas, dímelo, ¿de acuerdo?

Solo asentí. Estaba deseando que empezara; el morbo por lo desconocido me estaba nublando el juicio.

Se acercó a mi boca y empezó a besarme despacio, dándome pequeños mordiscos en los labios. Fue descendiendo por mi clavícula hasta llegar a mis pechos, esos que ya me había dicho que le encantaban. Mordió y estiró mis pezones hasta un punto doloroso, pero tolerable. Siguió bajando hasta llegar a mi centro, y me devoró sin descanso hasta que alcancé el primer orgasmo de la noche.

—Deliciosa. Vamos a por el segundo —me dijo, y noté cómo se levantaba de la cama y cogía algo de la mesa.

El sonido que escuché a continuación me dio una pista de lo que tenía entre las manos: era un vibrador. Que no hubiera estado con ningún hombre no significaba que no hubiera disfrutado yo sola de mi cuerpo. De hecho, tenía uno en mi mesilla de noche, que me había traído de Tucson.

Con una velocidad moderada, empezó a pasármelo por los pezones, haciendo que se me pusieran mucho más duros de lo que ya estaban. Cuando le pareció que era suficiente, lo bajó hasta mi vagina y me lo introdujo entero, hasta el fondo. Aumentó la velocidad y comenzó a sacarlo y meterlo sin darme tregua, mientras, al mismo tiempo, su lengua succionaba mi clítoris. Solo me hicieron falta dos minutos para volver a correrme.

Sacó el vibrador de mi cuerpo y sentí cómo lo dejaba sobre la cama. Me agarró de los tobillos y colocó mis piernas sobre sus hombros. Sin avisar, se introdujo en mi interior de un solo empellón y empezó a bombear dentro y fuera con una velocidad de vértigo. No bajó el ritmo hasta que consiguió que alcanzara otro clímax.

Me desató las manos y me quitó el pañuelo de los ojos, dejándolo caer a un lado. Luego, agarrándome de las caderas, me sentó sobre él, volviendo a entrar en mi interior.

—Tu turno. Fóllame ahora —me dijo, dándome un par de palmadas en el culo para que me moviera más deprisa.

Obedecí y comencé a cabalgarlo tan rápido como mi cuerpo me lo permitió, mientras Ryder me besaba y amasaba los pechos al mismo tiempo. Noté el momento en que se endureció más, señal de que estaba a punto de dejarse llevar. Dos minutos después, se corrió con un rugido brutal, arrastrándome con él a un nuevo orgasmo.

Apoyó su frente en la mía y así estuvimos varios minutos, hasta que nuestras respiraciones volvieron a un ritmo normal. Me bajó de su regazo y me dejó sentada en la cama. Después se levantó y se dirigió al baño y, antes de entrar, sin mirarme, me dijo:

—Recoge toda tu ropa antes de irte, no me gusta el desorden.

Cerró la puerta del baño con un golpe seco, dejándome allí sintiéndome como una estúpida. Su actitud me dejó bien claro que no quería ni dormir, ni hablar, ni hacer absolutamente nada que no fuera lo que acababa de pasar.

Ni siquiera me vestí. Recogí toda mi ropa y salí de allí en silencio. Necesitaba una ducha urgente y acurrucarme en mi cama para llorar lo que hiciera falta, hasta que el dolor que tenía en el pecho disminuyera por lo menos un poco.

Esa noche dormí poco y mal. Vi pasar todas las horas del reloj y, cuando me levanté, mi ánimo estaba por los suelos. Aunque me había dado una larga ducha la noche anterior, volví a meterme bajo el agua a ver si así conseguía despejarme un poco.

Bajé a la cocina arrastrando los pies por el cansancio. Al llegar allí, Ryder estaba hablando con Olivia tan tranquilo.

—Buenos días —les dije a los dos mientras cogía la taza más grande que había en el armario para llenarla de café.

—Buenos días, Luna —me contestó Olivia dándome un beso en la mejilla —. Tienes mala cara, niña. ¿Han vuelto las pesadillas? —me preguntó preocupada. Ella, al igual que Mat, sabía toda mi historia y estaba al tanto de que, de vez en cuando, dormía fatal.

—Ya sabes que me pasa de vez en cuando, pero tranquila, estoy bien. Estaré mejor cuando me tome esta taza de café —le dije dándole un pequeño apretón en el brazo para agradecerle su preocupación.

—¿Ya tienes la lista de la compra hecha, Olivia? Hoy tengo que bajar al pueblo por unas cosas a la ferretería y la puedo dejar en el supermercado —le preguntó Ryder.

—Sí, en lo que acabas el desayuno añado un par de cosas que faltan y te la doy. —Él asintió y siguió desayunando.

—¿Está muy lejos el pueblo para ir andando? —le pregunté a Olivia.

—Andando se tarda más de media hora y, con este calor, no es muy prudente recorrer todo ese camino. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—Algunas cosas. Le diré a Tom o a alguno de los chicos que, cuando bajen a tomar algo, me avisen y bajaré con ellos.

—Estate lista en quince minutos, bajarás conmigo cuando me vaya —me ordenó Ryder.

—No quiero molestarte, jefe, lo que tengo que comprar puede esperar hasta otro día —le contesté, porque no tenía la cabeza ni el ánimo para compartir un viaje con él; lo de que no necesitaba las cosas ya era mentira, pero eso no tenía por qué saberlo.

—Y yo no quiero que molestes a ninguno de mis chicos para que te lleven de compras, así que o estás preparada en quince minutos y montada en la camioneta, o te quedas sin las cosas.

No había acabado de decirme eso cuando se levantó de la mesa sin terminar el desayuno y salió de la cocina en dos zancadas.

—¿Qué coño le pasa a este hombre? —me preguntó Olivia, que estaba tan alucinada como yo por lo que me había dicho.

—No tengo ni idea, estoy alucinando igual que tú.

—Será mejor que le hagas caso si quieres esas cosas, porque lo ha dicho tan convencido que es verdad que te deja sin ellas. Creo que aquí hay más posesión que mal humor.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté porque no entendí sus palabras.

—Pues está claro: no quiere que tengas contacto con ningún hombre más del rancho, solo con él. Lo de que no les molestes es una excusa que se ha sacado de la manga.

—¿En serio crees que es eso lo que le pasa? —le pregunté asombrada, porque ni se me había pasado por la imaginación que fuera por eso por lo que no quería que bajara con ninguno de los muchachos al pueblo.

—Sí —me contestó muy segura—. Termina de desayunar, anda, y date prisa; Ryder odia la impuntualidad. Si llegas un minuto tarde, te dejará en tierra.

Terminé el desayuno en tiempo récord y subí a mi habitación a lavarme los dientes y coger mi bolso. Cuando Ryder llegó a la ranchera, ya estaba sentada en el lado del copiloto esperándole.

Capítulo 16



Ryder se montó en la ranchera y arrancó el motor sin decir ni una sola palabra; si no quería hablar, por mí perfecto. No sería yo la que le molestara. Estaba harta de llevarme malas contestaciones de su parte. Pasaron varios minutos hasta que por fin rompió el silencio que nos envolvía.

—¿Por qué tienes pesadillas? —De todas las cosas que podría haber esperado, desde luego esa estaba muy lejos de ser una de ellas.

—Algo que pasó en mi pasado viene a molestarme en mis sueños algunas noches y no me deja descansar —le contesté.

—¿El qué?

—Qué más te da, no creo que te interese nada de mi vida. Si lo que te preocupa es que no pueda rendir en mi trabajo, puedes quedarte tranquilo, no lo hará.

—Me importa un huevo si un día no puedes trabajar porque has pasado mala noche, nunca te diría nada por algo así. Y si te he preguntado es porque sí que me interesa —lo dijo con tanta sinceridad que me sorprendió su contestación. Se me ablandó un poquito el corazón al saber que realmente sí quería saber algo de mi vida, así que decidí contárselo.

—Hace más de dos años que el último ligue de mi madre intentó violarme en el salón de nuestra casa. Me libré por los pelos porque ella apareció. Me culpó a mí y al día siguiente me largué con lo puesto —le solté todo de

carrerilla sin mirarle y, cuando procesó mis palabras, pegó un frenazo a la furgoneta.

—Joder, Luna… ¿es por culpa de las cosas que te he hecho por lo que han vuelto las pesadillas? —me preguntó cogiendo mi cara para que lo mirara.

—Por supuesto que no, eso no tiene nada que ver. Me pasa de vez en cuando.

—¿Dónde fuiste después de eso? ¿Quién te ayudó?

—Nadie me ayudó, Ryder. No tenía más familia ni amigos. Viví en la calle varios meses —contarle esa parte de mi vida estaba resultando doloroso para mí; no quería que me mirara con otros ojos. No todo el mundo aceptaba tener trabajando para él a alguien que era o había sido indigente.

—Pero saliste adelante tú sola —me dijo mirándome orgulloso.

Le conté por encima cómo llegó mi madre a esa situación, qué pasó cuando me marché, dónde estuve viviendo hasta que empecé a trabajar en la cafetería y pude remontar. Omití todo lo relacionado con Mat y solo le dije que Jenny había tenido que cerrar, y que me había apuntado a una agencia de chicas que mandaban a casas que necesitaban gente para las labores. No era toda la verdad, pero se le acercaba bastante.

Cuando terminé de contarle todo, me dijo varios halagos como que era muy fuerte y que había sido una luchadora. Se lo agradecí mucho porque sus palabras eran totalmente sinceras.

Llegamos al pueblo tiempo después y lo primero que hicimos fue parar en una cafetería enorme. Me dijo que, después de la charla, nos merecíamos un buen café.

—Este sitio está genial y tienen unos dulces con una pinta estupenda —le dije mirando la barra llena de ellos.

—Son los mejores dulces del estado. Mary, la dueña, tiene unas manos que valen oro en la cocina. Ella y su hija Leslie llevan este sitio, que siempre está lleno de gente; incluso viene gente de otros pueblos a comer aquí.

—Hola, Ryder, ¿qué vais a tomar? —le preguntó una pelirroja preciosa con voz seductora. Solo me hizo falta ver cómo se miraron los dos para saber que era una de las mujeres con las que Ryder compartía cama, y eso me hizo sentirme incómoda.

—Hola, Leslie. Yo un café y un trozo de tarta de manzana —le contestó sonriendo—. ¿Tú qué quieres, Luna? —me preguntó sin mirarme.

—Lo mismo, gracias. —Me di cuenta de que querían hablar entre ellos y que en ese momento sobraba allí, así que me di la media vuelta sin decir nada y me senté en una mesa que estaba vacía.

Los vi charlando muy animados y cómplices. Un sentimiento nuevo para mí brotó en mi interior: los celos. Dejé de mirarlos en el acto en cuanto me di cuenta de lo que me pasaba. Miré hacia el ventanal para ver a la gente pasar por la calle y poder concentrarme en otra cosa.

—Aquí tienes —me dijo Ryder dejando el café y el trozo de tarta en la mesa—. ¿Estás bien? —me preguntó sin sentarse al verme tan pensativa.

—Sí, solo estaba pensando. —Le vi dudar entre volver a la barra con la pelirroja o sentarse conmigo—. Ve a la barra, tu amiga te está esperando —le dije sin mirarlo, pero con voz calmada—. No quiero que te sientas obligado a sentarte conmigo porque hayamos venido juntos.

»Cuando termine iré a la tienda que está ahí enfrente y cogeré las cosas que necesito. Después te esperaré en la ranchera hasta que hagas tus recados.

—Luna… Leslie es… —no le dejé seguir; no necesitaba ninguna explicación por su parte.

—No hace falta que me des ninguna explicación. Yo no soy nadie en tu vida para que tengas que hacerlo.

—Ryder, se te está enfriando el café —le dijo Leslie, llamando su atención.

—Luego nos vemos —dije zanjando el tema, mientras masticaba el trozo de tarta que, aunque estaba buenísima, se me estaba atravesando en la garganta.

Diez minutos después entré en la tienda que estaba enfrente de la cafetería y cogí una cesta para meter todo lo que tenía pensado coger. Recorrí todas las estanterías eligiendo los productos más baratos que encontré; no tenía apenas nada de dinero y el que tenía guardado para emergencias no quise tocarlo. Me dio la ligera impresión de que pronto me haría falta.

Pagué las cuatro cosas que cogí; no me llegó para nada más. Cuando has pasado las necesidades que me había tocado pasar a mí, aprendías a vivir con poco y a comprar solo lo imprescindible.

Me senté en el bordillo de la carretera, al lado de la ranchera de Ryder, a esperarlo. Había visto que seguía dentro de la cafetería hablando.

Media hora después salió y le di gracias al cielo, porque estaba que me moría de calor; hasta estaba algo mareada por estar allí tanto tiempo a la solana esperándole.

—Ten las llaves y ve subiendo; voy a dejar la lista de la compra y a coger un par de cosas en la ferretería que está al lado, y vuelvo enseguida —me dijo Ryder dándome las llaves de la ranchera.

No sé si fue peor el remedio que la enfermedad, como se suele decir, porque dentro de la ranchera hacía todavía más calor; parecía un horno.

Estaba sudando como un pollo cuando Ryder volvió. Menos mal que nos fuimos directamente al rancho, porque necesitaba una ducha con urgencia. No hablamos nada en todo el camino; él iba sumido en sus pensamientos y yo apoyada en la ventanilla intentando no morirme de calor.

Cuando paró en la puerta de la casa, me bajé del coche rápidamente para poder subir a mi habitación; me encontraba fatal.

—Luna, ¿estás bien? Estás muy pálida, niña. —Ya no pude oír nada más de lo que dijo Olivia, que estaba en el porche esperándonos. Antes de llegar hasta ella me desplomé y mi mente se sumió en una profunda oscuridad.

Oí voces a mi alrededor, pero eran muy lejanas. Me costó un triunfo poder abrir los ojos. Cuando lo conseguí noté que estaba en mi cama; Olivia y Ryder me miraban con preocupación.

—Luna, bebe un poco de agua, hija; estabas ardiendo cuando Ryder te ha traído hasta aquí —me dijo Olivia acercándome un vaso a los labios. Cuando me bebí todo el vaso empecé a encontrarme mucho mejor.

—Gracias, ya estoy mejor. Creo que me ha dado una bajada de tensión por el calor —le dije a Olivia sonriendo.

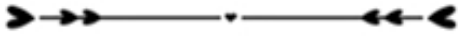
—No se te habrá ocurrido estar mucho rato al sol, con el calor que hace hoy, ¿verdad? —cuando Olivia me dijo eso, vi por el rabillo del ojo que Ryder desviaba la mirada con culpabilidad.

—Ya lo sé para la próxima vez. No pensé que me afectaría tanto. Ya me encuentro mejor, solo estoy cansada.

—No quiero que hoy hagas nada; quédate aquí y descansa el resto del día —me dijo Ryder, disgustado. Asentí a sus palabras y le di las gracias.

La verdad, entre unas cosas y otras, me vino muy bien quedarme en la habitación el resto del día descansando.

Capítulo 17



Viernes… Abrí los ojos y me estiré en la cama para comprobar que mi cuerpo estaba totalmente recuperado. Me sentí muy bien, todas las horas que dormí esa noche habían hecho que el malestar del día anterior desapareciera por completo. Un recuerdo de la noche vino a mi cabeza y me hizo sonreír. Varias veces durante la noche noté cómo la puerta de la habitación se abría lentamente y, con pasos sigilosos, Ryder se había acercado a mí para comprobar que estaba bien.

Incluso una de las veces se había tumbado a mi lado y estuvo acariciando mi pelo. No quise que supiera que estaba despierta; seguramente no lo habría hecho si lo hubiera sabido, estaba claro que no quería que yo viera esa parte de él.

Lo más probable es que se sintiera culpable porque mi malestar lo provocó todo el tiempo que estuve al sol esperando a que saliera de la cafetería donde estuvo con Leslie. Él no sabía que lo había visto a través de los ventanales irse con ella por el pasillo que llevaba a los baños. En esos momentos quise que la tierra me tragara lo más hondo posible.

Yo no era nadie para él y, cuanto antes lo aceptara, mejor me iría. En el momento que lo vi irse con ella decidí que tenía que resolver lo de Camila lo más pronto posible para que Mat volviera y poder largarme del rancho. Si me quedaba más tiempo, mi corazón sufriría más de lo que ya lo hacía por amar a un hombre que nunca me vería más que como un trozo de carne del que disfrutar de vez en cuando.

Bajé a la cocina para desayunar y ponerme con mis tareas cuanto antes; necesitaba terminar todo a tiempo. Tenía que preparar mi salida hacia la cabaña antes de que lo hiciera Camila. Buscaría un sitio adecuado para poder escuchar y grabar con mi móvil lo que pasaba allí dentro.

—Buenos días —les dije a Ryder y Olivia, que estaban desayunando.

—Niña, ya tienes mejor color. ¿Te sientes bien? —me preguntó Olivia, saludándome con un beso en la mejilla.

—Estoy bien, fue un pequeño susto sin importancia —le contesté con un abrazo.

—Deberías quedarte descansando, te diste un buen golpe —me dijo Ryder sin ni siquiera mirarme a la cara.

—Ya he dicho que estoy bien —le contesté tajante.

—En el baño de tu habitación te dejé la bolsa con las cosas que compraste, pensé que cogerías más. —Cuando Ryder me dijo eso, un rubor subió a mis mejillas por la vergüenza. No quería que supiera que no había cogido más porque no tenía dinero para pagarlo.

—No necesitaba nada más —le contesté encogiéndome de hombros.

—¿Te gustó la tienda? Yo cuando voy me pierdo por sus pasillos, tiene tantas cosas que no sabe una por cuál decidirse —me dijo Olivia con una sonrisa.

—La verdad es que fui directamente a coger lo que quería y no me paré a mirar nada más, solo estuve dentro cinco minutos —cuando dije eso, Ryder levantó de golpe la mirada y frunció el ceño antes de hablar.

—Si solo tardaste cinco minutos, ¿dónde estuviste hasta que salí a buscarte?

—Estuve en el mismo sitio donde me encontraste cuando saliste.

—¿Por qué coño no entraste a llamarme? Estuviste media hora al sol en plena calle —me dijo enfadado.

—Vi desde fuera que estabas ocupado y que tenías cosas que resolver, así que no quise molestarte —le dije encogiéndome de hombros. Cuando procesó mis palabras, se dio cuenta de que yo sabía lo que había estado haciendo con Leslie y desvió la mirada.

—La próxima vez que quieras algo, puedes ponerlo en la lista de la compra; así no tendrás que hacer el viaje para estar en la tienda solo cinco minutos —me ofreció Olivia.

—Gracias, pero lo más seguro es que no haya próxima vez —le contesté y ella asintió resignada.

Olivia sabía de mis planes para esa tarde, como también sabía que si todo salía bien y Mat volvía pronto yo me marcharía. La tarde anterior, cuando Ryder se marchó a trabajar, tuvimos una larga charla y le puse al tanto de todo. Ella solo me dijo que me echaría mucho de menos cuando me marchara, pero que para estar sufriendo lo mejor era buscar paz en otro sitio. Y tenía toda la razón, no podía seguir así.

—¿Qué quieres decir con eso? —me preguntó Ryder extrañado.

—Lo que he dicho, ni más ni menos —le contesté—. Voy a subir a hacer las habitaciones, Olivia. Cuando termine, bajo a ayudarte con la comida —dije zanjando el tema y saliendo de la cocina sin mirar atrás.

Terminé de limpiar mi cuarto y me dirigí al de Ryder. Era la rutina de las últimas mañanas, pero aquel día fue diferente: cuando estaba agachada estirando las sábanas de su cama, me agarró de la cintura y me dio la vuelta para que lo mirara.

—No me has contestado. ¿A qué venía ese comentario? Porque puede significar varias cosas y no todas me gustan.

—Piensa lo que quieras, Ryder, y suéltame. Tengo que terminar con esto para bajar a ayudar a Olivia —le dije intentando escapar de sus brazos. Él, al notarlo, me apretó más fuerte contra él.

—¿Te vas a marchar? ¿Es eso? —me preguntó con enfado en la voz.

—¿Y a ti qué más te da si me marcho o me quedo? No creo que me fueras a echar mucho de menos. Y si lo dices porque Olivia se quedará sin ayuda en la casa, quédate tranquilo; la ayudaré a buscar a alguien antes. —Cuando esas palabras salieron de mi boca, vi cómo su mirada se oscurecía por el enfado.

—Tienes razón, me la suda lo que hagas. Al día siguiente de que te marcharas no recordaría ni tu nombre. Solo eres una más de tantas a las que me follo. Lo único bueno de ti es que, al estar en la casa, te tengo a mano para desahogarme cuando quiero. Que es lo que voy a hacer ahora mismo —me dijo furioso.

No me dio tiempo a contestarle; me giró en la cama, tumbándome boca abajo. Me quitó los pantalones y las bragas de un tirón. Se bajó sus pantalones con prisa y me agarró por las caderas, pegándome a él para penetrarme de un solo empujón. Un chillido de dolor salió de mi garganta, pero no le importó lo más mínimo. Me embistió una y otra vez a un ritmo frenético hasta que se vació dentro de mí. Fue un castigo hacia mi persona por mis palabras, lo dejó muy claro por su manera de tratarme.

Cuando se retiró y me vio trepar por la cama para acurrucarme en una esquina con los ojos llenos de lágrimas, solo entonces se dio cuenta de lo que significaba para mí lo que acababa de hacer. Sus ojos se llenaron de dolor y arrepentimiento.

—Luna…

—Déjame sola, por favor. —Le rogué con la voz tomada por las lágrimas.

Intentó acercarse a mí, pero cuando llegó a mi altura y me vio encogerme más, pensó que lo hacía porque le tenía miedo. Nada más lejos de la realidad: no era miedo lo que sentía en esos momentos, sino dolor. Mucho dolor por amar a un hombre al que le importaba una mierda. Se retiró hacia la puerta y, antes de salir, me miró a los ojos y me dijo:

—Lo siento. Lo siento muchísimo, de verdad. Solo espero que algún día puedas perdonarme lo que acabo de hacer.

En esos momentos dudé de sus palabras, no porque no parecieran sinceras, sino porque mi cabeza era un torbellino de pensamientos que no me dejaban pensar con claridad.

Cuando conseguí calmarme, salí de allí deprisa y me fui a mi habitación para darme una ducha. Volví a vestirme y bajé a la cocina intentando poner mi mejor cara para que Olivia no se diera cuenta del dolor que sentía.

Estuvimos charlando de Mat mientras cocinábamos. Olivia me contó que había estado hablando con él la noche anterior y que estaba muy contento con la relación que había empezado con el capataz del rancho en el que estaba trabajando. Me alegré mucho por él; era un buen hombre que se merecía todo lo bueno que le pasara. Solo quedaba lo más importante: que volviera a su hogar.

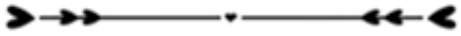
A la una en punto, Ryder y Camila entraron en la cocina para comer. Ya me había adelantado a ellos y tenía la mesa puesta. Se sentaron y les serví la comida sin mirarlos en ningún momento.

—Si no desean nada más los señores, me retiraré a seguir con mis tareas —les dije con mi tono más formal. Camila ni me miró cuando hablé, pero Ryder clavó su mirada en mí y apretó los dientes con fuerza al darse cuenta del muro que se había levantado entre los dos.

—Lárgate de una vez —me contestó Camila, y Ryder apretó los puños cuando la oyó hablarme con ese desprecio, pero no dijo nada.

Me dirigí hacia los establos para que Tom me ensillara a Reina y poder salir cuanto antes hacia la cabaña para preparar todo.

Capítulo 18



Galopé todo lo rápido que pude hasta llegar a la cabaña y, cuando llegué allí, recorrí con Reina los alrededores; necesitaba dejarla en un sitio en el que no pudieran verla cuando llegaran, pero no muy lejos para poder marcharme rápido si algo salía mal. El corazón me martilleaba tan fuerte que casi podía oírlo por encima del repiqueteo de los cascos.

Encontré, a un par de kilómetros, un grupo de árboles más juntos que el resto que había en todo lo que había visto alrededor. Decidí dejar allí a Reina atada; había buena sombra y estaría bien. La acaricié unos segundos intentando tranquilizarla, aunque quien realmente necesitaba calma era yo.

Cuando llegué a la cabaña comprobé que no estaba cerrada con llave; me arriesgué a echar un vistazo a lo que había dentro. Era un lugar pequeño, pero estaba todo bastante limpio; solo había una cama, una mesa con un par de sillas y algunos víveres en un armario. También había un baño muy pequeño que tenía una ducha y una cocina pequeñita.

Pero lo que realmente llamó mi atención al caminar es que una parte del suelo sonaba distinta. Fijé mi mirada y encontré una ranura en el suelo; tiré de ella y se abrió una trampilla que dejaba ver unas escaleras para bajar a una especie de sótano. Bajé con cuidado y, efectivamente, era un sótano; estaba bastante sucio, así que eso me dio una pista de que esos dos allí no bajaban nunca.

Una gran sonrisa apareció en mi rostro: había encontrado el lugar perfecto para esconderme y poder escuchar lo que hablaban. Sentí una mezcla extraña

de adrenalina y miedo… pero sobre todo determinación. Cerré la trampilla y me senté en el suelo a esperar que llegaran.

Media hora después empecé a oír voces lejanas, hasta que poco a poco se fueron haciendo mucho más claras. La puerta se abrió y los dos entraron en el interior de la cabaña, cerrando la puerta a su paso. Contuve el aliento. Todo podía cambiar en los siguientes minutos.

Durante la siguiente hora apenas dijeron cuatro palabras; solo se oyeron gemidos y gruñidos, y a Camila pidiendo más y más. Joder con la barbi, y parecía tonta, pero le iba la marcha, pero bien. Tenía bien engañado a Ryder con eso de que a ella el sexo duro no le gustaba, porque a Drew bien que le dejaba darle buenos azotes. Por los golpes que se oyeron durante todo el rato hicieron de todo por toda la cabaña. El eco de sus ruidos rebotaba en las paredes del sótano, haciéndome desear ser sorda.

Cuando los jadeos bajaron de intensidad di gracias al cielo de que hubieran terminado de una vez; era asqueroso y bastante incómodo llevar casi una hora oyéndolos dejarse llevar por la pasión. Al fin empezaron a hablar entre ellos.

—Estoy harto de tener que vernos así a escondidas, amor —le dijo Drew a Camila.

—Ya queda poco para que todo termine, debes tener paciencia cariño. En poco más de tres meses Ryder ya no será una molestia y los dos seremos los dueños del rancho —le contestó ella.

—Solo de pensar que tienes que casarte con ese cabrón, me pongo enfermo —dijo Drew enfadado.

—Si lo que te preocupa es que me toque, sabes que puedes estar tranquilo. Ryder tiene a sus putillas para desahogarse con ellas, yo no le hago falta, ya me encargué hace tiempo de hacerle creer que el tipo de sexo que le gusta a mí me horrorizaba.

»Ya sabes que es necesario que me case con él, para que cuando muera yo herede todo al ser su viuda —dijo Camila riéndose que había conseguido toda una proeza por engañarle.

—¿Ya tienes pensado cómo nos desharemos de él después de la boda? Con el viejo y el maricón del veterinario fue fácil, pero con Ryder hay que tener más cuidado.

Se me heló la sangre en las venas cuando oí decir a Drew que se habían deshecho del viejo. Supuse que se referían a Elías, el padre de Ryder. ¿Qué le habrían hecho al pobre hombre? Y la manera despectiva de llamar a Mat hizo que me enfadara todavía más. A medida que hablaban, mis uñas se clavaban en mis palmas. Cada palabra revelaba algo peor que la anterior.

—Sí que fue fácil —dijo Camila riéndose— vaya cara de cagado que tenía el veterinario el día que se fue. Y el otro gilipollas —dijo refiriéndose a Ryder — se lo tragó todo sin dudar al ver los golpes en mi cara. Cara que por cierto me dolió durante una semana, me diste bien fuerte.

—Tenía que parecer creíble, te aseguro que darte aquellos golpes me dolieron a mí más que a ti. Menos mal que di en los sitios exactos para no romperte ningún hueso. Aunque tuviste la cara como un cromo unos días, a mí me parecías la mujer más hermosa del mundo; siempre me lo has parecido, desde el primer día que te vi supe que tenías que ser mía.

—Lo sé. Vi tu cara de dolor cuando me golpeabas. Gracias a Dios todo salió bien y nos libramos de Mat. Hubiera sido difícil que renunciara a su parte de la herencia de otra manera.

—Entonces tienes pensado ya qué vas a hacer con Ryder. Con él no puedes usar el mismo medicamento en el *whisky* que con el viejo; él no padece del corazón y no funcionará.

¿Cómo podían estar tan tranquilos hablando de cómo habían matado a una persona? Esos dos no solo eran dos ambiciosos que se querían quedar con el rancho, eran dos putos psicópatas.

—Mi queridísimo marido va a tener una semana después de la boda un accidente con la camioneta y te aseguro que no va a salir vivo de ella. Van a tener que sacarlo con pinzas, porque la cantidad de gasolina que llevará debajo de los asientos hará que salga de allí como un pincho moruno —dijo Camila. Los dos estallaron en carcajadas.

—Buen plan, limpio y sin dejar ni una prueba por el camino. Me gusta tu mente, pero tu cuerpo me vuelve loco —dijo Drew con voz seductora.

—¿Ah, sí? Demuéstrame cuánto te gusta —dijo Camila con voz melosa.

—Ven aquí, gatita. Antes de hacerte mía, usa esa boquita prodigiosa conmigo, que sabes que me vuelve loco cómo me la comes.

Otra media hora más escuchándolos revolcarse. Hasta arcadas me entraron.

Por fin terminaron y se largaron riéndose como dos babosos. Esperé un tiempo prudencial y salí del sótano. Antes de salir de la cabaña me aseguré de que toda la conversación había quedado grabada en el móvil y se distinguían sus voces perfectamente. Mis manos temblaban tanto que casi se me cae el teléfono.

Salí de allí como una bala para buscar a Reina y poder volver a casa. Estaba empezando a anochecer y no quería perderme por los caminos.

Cuando llegué al establo, Tom ya se había marchado, así que yo misma quité la silla a la yegua y la cepillé como le había visto hacer a él otras veces. Cada movimiento me ayudaba a recuperar la respiración y ordenar mis ideas.

—¿Dónde estabas? Es casi de noche —me preguntó Ryder, sentado en el balancín del porche; su voz no sonó como un reproche, sino con preocupación.

—No sabía que tenía toque de queda para volver —le contesté con ironía.

—Por supuesto que no lo tienes, eres libre de hacer lo que quieras. Solo me preocupé. Sé que saliste con Reina y como has tardado…

—No tienes por qué preocuparte, la yegua está bien.

—Sabes que no lo decía por la yegua. Te estaba esperando para hablar contigo.

—Ryder, estoy muy cansada. Ha sido un día muy largo y no quiero hablar de ciertas cosas. ¿Podemos dejarlo para otro momento?

—Por supuesto, no quiero molestarte —me dijo con una vulnerabilidad que me ablandó el corazón.

Estaba segura de que no había sido su intención hacerme daño esa mañana, que lo que había hecho fue porque estaba enfadado. Aun así, ahora mismo tenía algo más urgente que hacer, así que la charla tendría que esperar.

—Me voy a la cama, que descanses —al pasar a su lado le dejé un suave beso en los labios. No lo pude evitar.

—Hasta mañana, Luna. Espero que descanses bien.

Subí corriendo las escaleras y me metí en mi habitación. Después de ducharme, me tumbé y escribí a Mat.

Luna: *Mat, ¿estás ocupado?*

Mat: *Para ti nunca, preciosa. ¿Qué pasa?*

Luna: *Tienes que venir al rancho.*

Mat: *¿Qué ha pasado? ¿Estas bien? ¿Y Ryder?*

Luna: *Tranquilo, estamos bien, pero necesito que vengas. Lo que he descubierto no quiero hablarlo por teléfono, es muy fuerte.*

Mat: *No puedo presentarme allí sin más, sabes que Ryder es capaz de pegarme un tiro si entro en sus tierras.*

Luna: *Lo haremos bien, no te preocupes. Quedaremos fuera del rancho y te contaré todo. Luego decidiremos qué hacer con las pruebas que tenemos.*

Mat: *Confío en ti. Mañana avisaré en el rancho que necesito unos días por motivos personales y llegaré allí pasado mañana.*

Luna: *Puedes decirles eso, pero ya te adelanto que no vas a volver a Tucson.*

Mat: *¿Qué dices? ¿Cómo estás tan segura? Ya tiene que ser bueno lo que tienes para decirme esto.*

Luna: *Créeme, lo es. Aunque Ryder te va a necesitar a su lado cuando se entere de todo. Bueno… los dos os vais a necesitar.*

Mat: *También te tenemos a ti.*

No sabía cómo decirle que en unos días, cuando todo terminara y se descubriera lo que estaba pasando, me iría del rancho; pero Mat era muy intuitivo y, al ver que tardaba en contestarle, se dio cuenta de que algo pasaba.

Mat: *Luna, ¿qué pasa? Y no me digas que nada. ¿No tendrás pensado marcharte del rancho?*

Luna: *Mat… no puedo quedarme*

Mat: *¿Por qué? Allí estarás muy bien con nosotros. Además, ¿dónde vas a ir?*

Luna: *Es largo de contar, ya lo hablaremos. Por el dónde no te preocupes, buscaré otro trabajo. Esto no quiere decir que dejemos de ser amigos, seguiremos manteniendo el contacto, te lo prometo.*

Mat: *Bueno, eso de que te vas ya se verá. Cuando yo esté allí lo hablaremos. Voy a empezar a hacer la maleta; si mañana no salgo muy tarde del trabajo, puede que me ponga en camino y haga noche a mitad de camino.*

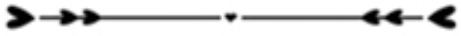
Luna: *Bien, ten cuidado en la carretera. Ganas de verte, tengo muchísimas. Un abrazo.*

Mat: *Yo también. Sabes que te quiero, ¿no?*

Luna: *Yo también te quiero. Nos vemos pronto. Un beso.*

Mat: *Un beso.*

Capítulo 19



Al día siguiente me levanté de los nervios; solo pensar en todo lo que había hecho Camila y lo que tenía pensado hacer me ponía los pelos de punta. Me vestí rápido y bajé a la cocina; no tenía mucha hambre, solo necesitaba una taza de café para ordenar mi cabeza.

—Buenos días —les dije a Ryder y Olivia, que estaban allí como todas las mañanas.

—Buenos días, Luna. ¿Quieres unos huevos con beicon? —preguntó Olivia.

—Hoy solo café, no tengo mucha hambre, gracias —respondí intentando sonar normal.

—¿Estás bien? Tú siempre desayunas bastante —preguntó Ryder. Otra vez noté preocupación en su voz.

—Estoy bien, solo que me levanté desganada hoy.

—Quiero que me acompañes al pueblo, necesito que me ayudes con algo —pidió Ryder. Por una vez, sus palabras sonaron a petición y no a orden.

—Bien, solo déjame subir al baño y nos vamos cuando quieras.

—Tómate el café tranquila, no hay prisa. Cuando acabes, estaré esperándote en la camioneta —dijo antes de levantarse y salir de la cocina.

¿En qué querría que le ayudara?, me pregunté. Solo esperaba que no me tocara estar a la solana mientras él se veía con Leslie u otra de sus amiguitas. No estaba yo para aguantar eso.

Subí al baño para lavarme los dientes y coger mi bolso. No es que tuviera pensado comprar nada, porque no tenía ni un duro, pero siempre llevaba mi documentación encima cada vez que salía de casa. La vida ya me había enseñado que nunca se sabía cuándo podía necesitarla.

Cuando bajé, Ryder ya estaba sentado con el motor en marcha. Me monté sin decir nada y, en cuanto me puse el cinturón, emprendimos la marcha.

—¿Qué es eso en lo que quieres que te ayude? —pregunté después de unos insoportables kilómetros de silencio.

—Vamos a la tienda en la que estuviste el otro día para comprar un regalo. Necesito que me ayudes a elegirlo.

—¿Un regalo? ¿Y cómo piensas que yo puedo ayudarte con eso? —pregunté extrañada.

—Porque el regalo es para una mujer, y estoy seguro de que tú tienes mejor gusto que yo para elegir algo bonito —respondió tan tranquilo.

La madre que me parió. Me estaba llevando con él para comprar un regalo para otra mujer. Si me pinchan en ese momento, no me habría salido ni una gota de sangre. ¿Cómo se podía ser tan insensible? Vale que él no sabía lo que yo sentía por él, y que él no sentía nada por mí, pero pedirme que le ayudara con algo así era pasarse de castaño oscuro.

Decidí mirar por la ventanilla para que no viera la punzada que me había provocado su comentario, y con una voz que intentó sonar indiferente dije:

—¿Y tenías algo en mente o vamos a ciegas? Me refiero a si quieres ropa, joyas o algo distinto.

—Umm… ropa no; a ella le gusta comprarse su propia ropa. ¿Joyas? No lo descarto. Veremos qué tienen y ya decidiremos.

—Bien —respondí. ¿Qué más podía decirle? Que se fuera a la mierda, por ejemplo.

El silencio volvió a instalarse en la camioneta. Yo me dediqué a mirar el paisaje hasta que llegamos al pueblo. Ryder aparcó justo frente a la tienda, se bajó rápido y, antes de que me diera tiempo a abrir mi puerta, la abrió él. Me tendió la mano para ayudarme a bajar, con una sonrisa preciosa en los labios. Lo miré con una ceja levantada; ese gesto no me lo esperaba para nada. Dudé un segundo, pero al final acepté su mano.

—Estás preciosa hoy… bueno, en realidad siempre lo estás —me susurró al oído al cruzar la puerta de la tienda.

—¿Has bebido? —pregunté frunciendo el ceño. Ante su cara de extrañado, añadí— Es que estás muy raro, pareces otro.

—Soy el mismo, Luna. Solo he dicho lo que pienso —contestó con una mirada triste, como si realmente le sorprendiera que yo dudara de sus intenciones.

—Bueno, tú también estás muy guapo. Más bien, lo eres. Pero eso ya lo sabes —le dije, y el brillo de sus ojos volvió al instante.

—Buenos días, Ryder, y compañía. ¿Necesitáis ayuda con algo? —dijo Helena, la dueña de la tienda.

—Buenos días, Helena. Vamos a echar un vistazo; necesito comprar un regalo. Si no encontramos lo que quiero, te lo diré —respondió Ryder. Ella asintió y nos dejó a nuestro aire.

—Bien, acabemos con esto —murmuré para mí misma.

Miramos las joyas, pero ninguna le convencía. A mí hubo una que me enamoró, un colgante de medialuna en oro blanco. Si algún día tenía dinero, me encantaría tener algo así. Cuando lo tuve entre las manos, sentí la mirada de Ryder y lo dejé rápido en su sitio; no quería que pensara que estaba insinuándole nada.

Luego llegamos a los perfumes y le sugerí que era un buen regalo.

—Te estás contradiciendo —dijo él.

—¿Por qué?

—Dices que a todas las mujeres les gusta perfumarse… pero tú no usas ninguno.

Mi estómago dio un vuelco. Justo lo que no quería que notara.

—Supongo que soy una excepción —dije encogiéndome de hombros.

—Luna, no me tomes por tonto. El otro día solo compraste lo básico y lo más barato. Tu ropa está remendada. Y te he visto echarte del probador un perfume cuando creías que no miraba… Así que no es que seas la excepción. Es que no tienes dinero para esas cosas.

Sus palabras eran verdad, pero dolían igual.

—Si ya has sacado tus propias conclusiones, no hace falta que añada nada más. ¿Vas a coger un perfume, entonces? Este huele muy bien —dije sin mirarlo.

—Sí, me llevaré este —respondió, cogiéndolo del estante.

—Buena elección. Una mujer con suerte tu amiga. Seguro que le encantará.

—Seguro que sí. Se volverá loca de alegría y me comerá a besos cuando lo vea.

Asentí. Por lo menos uno de los dos era feliz.

En la caja, Helena dijo:

—Habéis elegido uno de los mejores. Seguro que a la mujer que se lo vas a dar le encantará.

—Eso espero. Cuando pase Olivia por aquí, se lo preguntas tú misma. La semana que viene es su cumpleaños —respondió Ryder mirándome con una

sonrisa enorme.

Sería cabrón. Me había hecho creer que era para una de sus amiguitas… y era para Olivia.

—Ve saliendo, voy a coger espuma de afeitar —me dijo.

Salí y esperé junto a la camioneta. Al cabo de cinco minutos salió, me abrió la puerta de nuevo y arrancó.

Diez minutos después se desvió por un camino entre árboles y detuvo la camioneta en mitad del bosque.

—¿Qué hacemos aquí, Ryder? —pregunté.

—Hablar. Sé que en el rancho me vas a esquivar y necesito decirte algo.

—Está bien, habla.

Nos giramos el uno hacia el otro.

—Luna, quería pedirte perdón por lo de ayer. Sé que me comporté como un hijo de puta. No sé qué demonios me pasó cuando insinuaste que te marcharías… bueno, sí lo sé: que no quiero perderte.

»No sé qué me has hecho, pero te tengo metida bajo mi piel y te necesito día y noche. Además, te deseo como nunca había deseado a una mujer —soltó de golpe, como si se le escapara un peso de encima.

Me quedé muda. Totalmente muda. Él lo interpretó como rechazo y se giró para encender el motor.

Dicen que hay gestos que valen más que mil palabras. Y yo decidí responderle con uno.

Tomé su mano para detenerlo.

Agarré su mano para que no arrancara y, muy despacio, me deslicé por mi asiento hasta acabar sentada a horcajadas encima de él. Tomé su cara entre mis manos y lo besé. Ryder solo tardó un segundo en corresponderme. El

beso empezó lento, como si nuestras bocas se hubieran echado de menos y necesitaran volverse a reconocer por completo. Empezó a subir de intensidad hasta que tuvimos que separarnos para coger aire.

—Dios… te deseo tanto que duele —me dijo, apoyando su frente en la mía.

—Hazme tuya —le pedí, quitándome la camiseta y el sujetador a la vez, dejando mis pechos al aire.

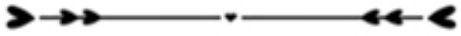
—Umm, mis niñas deliciosas… Estoy obsesionado con tus tetas, Luna. Sueño con ellas a todas horas —dijo lanzándose a besármelas mientras las amasaba con pasión.

A partir de ahí, la pasión se desató entre nosotros. Solo hubo gemidos, besos y un orgasmo compartido que nos hizo tocar el cielo.

Cuando llegamos a casa, me llevó directamente a su habitación y no salimos de allí ni para comer. Ese día ni siquiera fue a trabajar; se dedicó en cuerpo y alma a hacerme suya una y otra vez, de todas las formas que se le ocurrieron. Usó un montón de juguetes que tenía en el armario; incluso me tuvo encadenada, con esposas en manos y pies, a la cama, dándome tanto placer que pensé que no saldría viva de allí.

Cuando llegó la noche, no me dejó marcharme a mi habitación. Me pegó a su pecho, abrazándome como si no quisiera dejarme escapar, hasta que el sueño nos venció a los dos.

Capítulo 20



Todavía estaba sumida en un profundo sueño cuando noté cómo la boca de Ryder iba dejando un reguero de besos por mi abdomen hasta mi centro. La primera lamida en mi vagina hizo que me despertara de golpe.

—¿Qué haces? —le pregunté con la voz ronca.

—Desayunar —me dijo riéndose antes de que sus dientes me dieran un pequeño mordisco en mi clítoris que me hizo soltar un jadeo.

—No pares —le dije empujando mis caderas contra su cara.

—Ni loco paro hasta que me des lo que quiero —dijo acelerando el ritmo de su lengua a la vez que usaba también sus dedos.

Cuando un orgasmo impresionante me llevó al séptimo cielo, subió besando todo mi cuerpo, deteniéndose un buen rato en «sus niñas», como él las llamaba. Me abrió las piernas para penetrarme, pero las cerré del todo haciendo que frunciera el ceño y, con la mirada interrogante, me preguntó qué pasaba.

—Yo también me merezco un buen desayuno —le dije tumbándolo en la cama y arrodillándome entre sus piernas.

—Luna, no hace falta que hagas eso. Sé que te lo dije el primer día, pero no quiero que te sientas obligada a complacerme —me dijo incómodo. Lo que

él no imaginaba es que estaba deseando desayunarlo como él había hecho conmigo.

—¿Ves que lo haga obligada? —le dije pasando mi lengua por toda su largura, deteniéndome en su punta—. Tú solo guíame para saber cómo te gusta.

Empecé un baile lento con lametones de arriba abajo, ayudándome con mi mano y succionando sin apretar demasiado. Los jadeos de Ryder empezaron a aumentar y agarró mi pelo para ayudarme a coger el ritmo que le gustaba. Aceleré más, introduciéndome su verga hasta llegar a mi garganta.

—Luna, retírate, por favor… estoy a punto de correrme —dijo con los ojos entrecerrados, jadeando sin parar.

No pensé en ningún momento hacer lo que me había pedido; al contrario, agarré sus nalgas para acercarlo más a mí y succioné con más fuerza, haciéndolo correrse en mi boca. La mirada de deseo y admiración que me dedicó cuando me vio tragar hasta la última gota me hizo sonreír.

—Dios… es la mejor mamada que me han hecho en mi vida. Firmaría ahora mismo por tener estos desayunos el resto de mi vida —me dijo lanzándose a mis labios para besarme.

Sus palabras hicieron que me diera un vuelco el estómago. Si todo salía bien, seguramente ese sería el primer y último día que amaneciéramos en los brazos del otro. Mat llegaría ese mismo día y todo saldría a la luz. Estaba segura de que Ryder no perdonaría que mi presencia allí hubiera sido un engaño, aunque mis intenciones fueran las de ayudarlo a él y a su hermano.

Después de pasar por la ducha y volver a hacerme suya contra los azulejos, bajamos a desayunar a la cocina, donde Olivia nos esperaba con los platos en la mesa.

Ryder me dijo que, aunque lo que más le apetecía era pasar todo el día otra vez conmigo en la habitación, tenía que ir a poner orden en los campos; no quería que los trabajadores pensaran que había desertado. Después de despedirse de mí con un beso largo y profundo, acompañado de un azote en el culo, se marchó a trabajar.

Aquel día tocaba limpiar la buhardilla; ya casi la estaba terminando cuando mi móvil vibró.

Mat: *Luna, me queda media hora para llegar a Fort Worth.*

Luna: *¿Ya estás aquí? ¿Has venido volando o qué?*

Mat: *Cuando hablé ayer con mi jefe y le dije que era algo urgente, me dijo que me marchara ya. Pasé por casa, cogí la maleta y me puse en camino. He dormido un par de horas en la camioneta. Los nervios no me han dejado descansar más.*

Luna: *Está bien. ¿Dónde nos vemos? Yo no tengo coche y es mejor que, hasta que todo salga a la luz, no vengas al rancho.*

Mat: *¿Puedes ir con Reina hasta la cabaña donde se reúnen Camila y Drew? Está cerca de la carretera y puedo parar cerca. Allí hablaremos tranquilos.*

Luna: *Perfecto, salgo ahora mismo para allí.*

Mat: *Ve tranquila, allí te espero.*

Recogí todos los productos de limpieza que estaba usando rápidamente y bajé corriendo a la cocina. Le conté por encima a Olivia mis planes para que supiera dónde iba. Le dije que si Ryder preguntaba por mí, le dijera que había salido a cabalgar y que no sabía cuándo volvería. Nos pareció una buena excusa para que no sospechara nada.

Cuando fui al establo a por Reina, a Tom le extrañó que ese día saliera a cabalgar por la mañana cuando se suponía que tenía que estar haciendo mis tareas. Le expliqué que aquella mañana me había levantado más temprano y había terminado todo antes. Se quedó convencido con mi explicación; la verdad es que era un amor de hombre que desde el primer momento me había tratado muy bien. Le echaría mucho de menos cuando me fuera, al igual que a todos los demás.

Cabalgué a toda velocidad por los campos; también echaría de menos esa sensación de libertad que me producía estar subida en Reina y sentir el aire

azotando mi cara mientras disfrutaba del paisaje.

Mat ya estaba allí esperándome cuando llegué. En cuanto me vio desmontar, echó a correr hacia mí y me abrazó tan fuerte que pensé que me faltaba el aire. En su abrazo encontré una calma que no había sentido en días, como si de pronto todo el peso que arrastraba se disolviera lo suficiente para permitirme respirar de verdad. El olor a polvo del camino y a gasolina, mezclado con su colonia, me golpeó de lleno y me llevó directo a casa. No sabía cuánto necesitaba el abrazo de mi amigo hasta que me vi envuelta entre sus brazos.

Los ojos se me llenaron de lágrimas por la emoción. No estaba segura de si lloraba solo por verlo o por el miedo silencioso de que todo pudiera salir mal. Mat siempre había sido mi ancla, la única persona capaz de poner orden dentro del caos que era mi vida. Cuando me separó para besarme la frente y vio mis lágrimas, frunció el ceño y volvió a apretarme contra él, protegiéndome como si quisiera impedir que el mundo me alcanzara.

—Luna, ¿qué te pasa, mi niña? —me preguntó preocupado.

—Nada, tranquilo, solo son lágrimas de emoción. Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti —me dijo, volviendo a besar mi frente.

—¿Entramos? —le dije señalando la cabaña—. Aunque me da un poco de asco tener que sentarme en esas sillas, pero haré un esfuerzo.

—Joder… no sé si quiero saber por qué dices eso —añadió poniendo la misma cara de asco que yo.

—Ahora sabrás por qué te lo digo, vamos. —Tiré de su mano y entramos en la cabaña, cerrando la puerta a nuestro paso.

El interior de la cabaña seguía oliendo a humedad, madera vieja y algo más, un aroma rancio que me revolvía el estómago. Aun así, respiré hondo para no parecer una cría impresionable.

Nos sentamos en las sillas que había allí y saqué mi móvil. Lo puse encima de la mesa y le di a reproducir al audio que había grabado del encuentro de Camila y Drew.

A medida que avanzó la conversación, la cara de Mat pasó por varios estados. Primero hubo sorpresa; después, incredulidad. Sus ojos reflejaron puro dolor cuando escuchó cómo habían matado a Elías. La ira y el enfado fueron sus últimas expresiones al oír cómo se habían deshecho de él y lo que tenían pensado hacer para deshacerse de Ryder.

Yo tenía el corazón encogido, como si cada palabra que salía del altavoz apretara una cuerda alrededor de mi pecho. Aunque ya había escuchado todo aquello mil veces en mi cabeza, volver a oírlo en presencia de Mat lo hacía más real.

—¡¡¡Hostias!!! Esto es mucho peor de lo que me podría haber imaginado. Joder… no es solo ambición, estos son dos putos locos.

—Psicópatas… es la primera palabra que vino a mi mente cuando los escuché. ¿Qué vamos a hacer, Mat? Esto hay que pararlo ya.

—En cuanto salgamos de aquí, iremos a ver al sheriff. Era un buen amigo de Elías y estoy seguro de que nos ayudará a parar a estos dos.

—¿El audio servirá? —le dije preocupada, sin saber si sería prueba suficiente.

—Espero que sí. Si no, buscaremos la manera de hacerles confesar —me contestó muy seguro.

—Ryder se va a quedar a cuadros cuando se entere de todo esto —dije tapándome la cara con las manos.

Me imaginé su expresión, ese ceño fruncido que siempre intentaba ocultar su vulnerabilidad. Lo había visto enfadado, incluso furioso… pero nunca roto. Y esa posibilidad me atravesó como un cuchillo.

—Estás enamorada de él. —No fue una pregunta; lo afirmó muy seguro.

—Hasta el tuétano… pero él no siente lo mismo por mí, Mat.

—Eso todavía está por ver —me dijo muy convencido.

—Vamos a dejar el tema, ¿vale? No quiero llorar otra vez —le dije levantándome de la silla.

—Está bien, pero solo por ahora. Primero vamos a parar a esos dos hijos de puta, y lo demás lo iremos viendo.

—¿Quieres que vaya contigo a la oficina del sheriff?

—Claro que sí. Ve a dejar a Reina en el establo mientras yo doy la vuelta por la carretera que rodea al rancho. Te esperaré en la puerta. A estas horas, Ryder estará en los campos con las reses y no hay peligro de que nos vea.

Salimos de allí y yo me monté en Reina para volver al establo, mientras Mat subía a su ranchera para hacer el recorrido que me había dicho.

—Hola, Tom, aquí te traigo a esta preciosidad —le dije entregándole las riendas.

—Cada día se os ve más cómplices —me contestó sonriendo.

—Hacemos buen equipo y disfrutamos mucho de nuestros paseos juntas.

—Me alegro mucho. Aquí te estará esperando cuando quieras volver.

—Mañana quizás —le contesté, sabiendo que eso no pasaría. Al día siguiente estaba segura de que, si el sheriff nos ayudaba, se iba a liar una buena en el rancho.

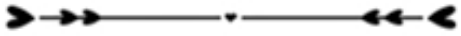
Salí de allí despidiéndome de Tom con la mano. Antes de ir hacia la salida, pasé por la casa para avisar a Olivia de a dónde me iba; no quería que se preocupara si tardábamos demasiado.

Atravesé el camino hasta la entrada del rancho y, aparcado al lado de la verja, allí estaba Mat esperándome. Me subí a la ranchera y nos marchamos camino del pueblo.

Durante todo el trayecto ninguno de los dos dijo ni una palabra; íbamos sumidos en nuestros pensamientos. Mat, imaginé, intentando procesar todo lo que acababa de escuchar. Y yo pensando en Ryder… en cómo se tomaría el asesinato de su padre, lo equivocado que había estado con Mat y todo lo que había hecho Camila. Pero, sobre todo, pensé en qué lugar me dejaría a mí todo eso.

El camino pasó rápido, pero yo casi ni veía el paisaje. Todo me parecía igual, campos y árboles sin más. Ni me fijé en si había pájaros o no; lo único que notaba era el nudo en el estómago y las manos temblándome sobre las piernas, por más que intentara agarrármelas para parar el temblor.

Capítulo 21



Entramos en la oficina del sheriff y Mat le preguntó a la chica que estaba en la entrada recogiendo llamadas si el jefe estaba libre. Ella asintió y levantó el teléfono para avisarle de nuestra llegada; un minuto después nos dijo que pasáramos a su despacho. Mat llamó a la puerta y, cuando nos dieron paso, atravesamos la puerta.

—Sheriff Brown, buenos días —le dijo Mat, extendiendo su mano para saludarlo—. Ella es mi amiga Luna Williams —añadió presentándome.

—Benditos los ojos que te ven, Matthew, hacía muchísimo que no te veía. Un día le pregunté a tu hermano por ti y me dijo que te habías marchado de viaje y que tardarías en volver. Espero que lo hayas pasado bien en esas vacaciones —le dijo el sheriff con una sonrisa a Mat.

Entonces se giró hacia mí.

—Encantado de conocerte, Luna. Si mis fuentes no me fallan, eres la última incorporación en el rancho Wells y ayudas a Olivia con la casa, ¿no? —añadió extendiendo su mano hacia mí para saludarme.

Vaya con el sheriff, estaba al tanto de todo lo que pasaba en el pueblo y los ranchos. Bueno, de todo no… pero lo estaría en unos momentos.

—Sí, señor. Hace poco que trabajo en la casa —le contesté con una sonrisa.

—Decidme, ¿qué os trae por aquí? Mi instinto y mis años de experiencia me dicen que nada bueno. Estáis más tensos que la cuerda de una guitarra.

—Pues su instinto ha acertado de pleno. Tenemos conocimiento de que dos personas han cometido un delito y hemos venido a informarle de todo —le dijo Mat, que no dejaba de pasarse la mano por el pelo de lo nervioso que estaba.

—Habla —le dijo el sheriff entrecerrando los ojos mientras apoyaba sus codos en la mesa.

Mat empezó todo el relato desde el principio. Por qué le había tocado marcharse del rancho por la jugada de Camila. Le contó cómo nos conocimos en Tucson y acabamos viviendo juntos. Mi ofrecimiento en ayudarle y cómo, gracias a Olivia, había acabado en la casa para poder hacerlo. La manera en que Camila había asesinado a Elías y los futuros planes que tenían para deshacerse de Ryder.

Cuando Mat acabó con su relato, la cara del sheriff era de absoluta sorpresa, creo que ni en mil vidas se hubiera imaginado que Mat le contara algo así. Se recompuso un poco y, antes de hablar, carraspeó.

—Matthew, las acusaciones que acabas de hacer de Camila y Drew son muy graves, y no es que no confíe en ti, pero sin una prueba de lo que dices no puedo presentarme en el rancho y detenerles.

—¿Valdría que todo lo que le ha contado Mat estuviera grabado en un audio en el que ellos mismos son los que lo cuentan? —le pregunté con la esperanza de que me dijera que sí, porque, si no, estaríamos muy jodidos.

—Por supuesto que sí. Eso valdría como una confesión. Pero, si lo que me has contado es cierto, no creo que sean tan estúpidos de hablar de ello tan a la ligera, para que alguien los oiga.

Cuando terminó de decir eso, Mat y yo nos miramos y sonreímos cómplices.

—Pues entonces sí son estúpidos, porque yo tengo esa confesión en mi móvil —le dije al sheriff.

—¿Tienes ahí tu móvil? —asentí—. Pon ese audio, por favor. Como a esos dos cabrones se les oiga bien decir que han matado a mi amigo Elías, me voy a encargar personalmente de que se pasen el resto de sus miserables vidas en prisión.

Saqué el móvil de mi bolso, busqué el audio y le di a reproducir. Como le pasó a Mat en la cabaña, la cara del sheriff cambió varias veces de estado de ánimo, pero lo que más apareció, aparte del asco, fue el enfado. Un enfado que hizo que sus ojos brillaran por la ira que estaba sintiendo en su interior al oír decir a dos personas cómo habían matado a otra con toda la tranquilidad del mundo, como si fuera algo tan normal como tomarse un café.

—Vaya huevos tienes, niña, lo has hecho fenomenal. Pero no deberías haberte arriesgado tanto. Menos mal que no te descubrieron, si no seguramente no estarías aquí. No creo que les hubiera temblado el pulso y te habrían quitado de en medio en ese momento.

—¿Entonces con esto le vale para detenerlos? —le preguntó Mat.

—Tengo que preparar el operativo y llamar al juez; tiene que estar al tanto de todo antes de la detención. Hoy ya no dará tiempo y quiero tenerlo todo bien atado para que no haya ningún fallo y puedan librarse. Pero os aseguro que mañana esos dos ya no van a dormir en sus casas, sino en el calabozo.

Salimos de la oficina del sheriff contentísimos. Al día siguiente, por fin, todo acabaría.

El plan era sencillo, pero tenía que ejecutarse con precisión. El ayudante del sheriff detendría a Drew en los barracones, mientras que el propio sheriff se encargaría de Camila en la casa de Ryder, justo a la hora de la comida. Sabíamos que ella estaría allí porque esa misma mañana Ryder le había dicho a Olivia que pusiera un plato más: Camila vendría a comer para marearlo con algún tema de la boda, como llevaba haciendo el último mes día sí y día también.

Además, Mat tenía órdenes claras: no dejarse ver ni por el pueblo ni, por supuesto, por el rancho. No queríamos que nadie se enterara de que había vuelto; una simple palabra fuera de lugar podría poner a Camila y Drew sobre aviso y arruinarnos el plan.

Como Mat no tenía donde quedarse e ir al hotel que había en el pueblo sería muy arriesgado, el sheriff lo convenció para que se quedara en su casa hasta el día siguiente, que lo acompañaría al rancho en el momento de la detención. Yo me iría a la casa y seguiría actuando como si no pasara nada hasta que ellos llegaran.

Me despedí de Mat en la puerta de la oficina del sheriff con un abrazo. Él se quedó allí a esperar a que el sheriff volviera para acompañarle a su casa. Primero me llevó a mí hasta la puerta del rancho para que mi ausencia no se alargara y Ryder pudiera enterarse de dónde había estado.

Cuando entré en la casa, Olivia ya estaba preparando la cena para dejarla lista, como hacía cada día. Me dijo que Ryder no había venido a comer porque algo se había complicado en el campo con una res que se había dañado una pata. Suspiré tranquila: con eso me había librado de dar explicaciones de por qué no estaba allí a esas horas.

Después de comer algo rápido subí a las habitaciones para limpiar los baños, era lo único que había dejado pendiente.

Era bastante tarde cuando Ryder llegó. Estaba sentada en el balancín del porche tomándome una infusión cuando lo vi bajarse de la ranchera con cara de cansancio y lleno de barro hasta el pelo.

—¿Un día duro, vaquero? —le pregunté cuando se sentó a mi lado.

—Un día de mierda, tenía que haber elegido la opción de quedarme contigo en la cama —me dijo antes de dejar un suave beso en mis labios y suspirar.

—Necesitas una ducha con urgencia. ¿Quieres que te ayude a quitarte todo ese barro que llevas encima? —le pregunté con voz melosa.

—No creo que haya un plan mejor que ese, nena —dijo levantándose de un salto y tirando de mi mano para que lo siguiera.

Cuando pasó de largo las habitaciones y siguió subiendo hasta la buhardilla, tiré de su mano para frenarlo.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a ducharnos en la buhardilla y después nos meteremos en el *jacuzzi*. Me vendrán bien las burbujas en mi cuerpo mientras me pierdo en tu cuerpo. —Fue oírle decir eso y mi cuerpo se encendió sabiendo todo lo que me esperaba.

Tal y como había dicho, entramos primero en la ducha; le ayudé a sacar todo el barro que tenía pegado por todas partes. Cuando estuvo bien limpio llegó el primer asalto de la noche. Me dio la vuelta en la ducha y, cuando me hizo apoyar las manos en la pared, me poseyó desde atrás, agarrando mis caderas con fuerza para que la velocidad de sus embestidas no me hiciese resbalar.

El rato que pasamos en el *jacuzzi* —primero devorándonos el uno al otro y después relajándonos con el agua burbujeante— fue maravilloso. La química entre nosotros era increíble y ya apenas nos hacía falta hablar; solo con mirarnos sabíamos lo que necesitábamos.

—Vámonos a la cama, es bastante tarde —me dijo mientras terminaba de secarme con una toalla cuando salimos del *jacuzzi*.

Sin vestirnos y con una toalla cada uno enroscada en nuestros cuerpos, bajamos las escaleras para irnos a las habitaciones. Me paré en la puerta de la mía para entrar; no sabía si Ryder quería volver a dormir conmigo, pero no me dio tiempo a abrir la puerta: él, con un movimiento rápido, me cargó en su hombro como un saco y me dijo:

—Ni lo pienses, nena. Tu lugar está a mi lado en mi cama.

Entramos en su habitación y me dejó en el suelo. Tiró las dos toallas que llevábamos a un lado y agarró mi cara para besarme con pasión. Cuando el beso terminó se separó de mí y fue hasta la mesilla, de donde sacó un paquete pequeño envuelto en papel de regalo y me lo tendió.

—Ryder…

—No digas nada, solo acéptalo, por favor —me dijo con miedo a que se lo rechazara.

Rasgué despacio el papel de regalo y, cuando vi el contenido que había dentro de la pequeña cajita, mis ojos se llenaron de lágrimas. Era el colgante con la media luna que me había gustado tanto cuando lo vi en la tienda de Helena.

—Muchísimas gracias, Ryder. No deberías haberte gastado tanto dinero en regalarme nada —le dije dándole un suave beso en los labios.

—Déjame ponértelo —me dijo cogiéndolo de mis manos y poniéndose detrás de mí para pasarlo por mi cuello.

—Yo no puedo regalarte nada, lo siento —le dije con la voz tomada.

—No necesito que lo hagas, para mí tú ya eres el mejor de los regalos.

Madre mía, cuando me dijo eso, mi corazón empezó a bombear a toda velocidad.

Me atrajo hacia él para besarme lentamente, a la vez que acariciaba todo mi cuerpo. Me tumbó en la cama y se puso encima de mí. Dejó de besarme para mirarme a los ojos y decirme:

—Hoy va a ser diferente.

No sabía a qué se refería, así que fruncí el ceño y le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

Él me sonrió y me susurró al oído:

—Hoy te voy a hacer el amor.

Ya no hubo más palabras entre nosotros: solo placer, caricias y gestos de cariño. Con el otro tipo de sexo disfrutaba muchísimo, pero lo que pasó aquella noche lo llevaré grabado en mi memoria para el resto de mi vida, porque me sentí querida en sus brazos por primera vez.

Cuando terminamos, me abrazó como la noche anterior, pegándome a su pecho antes de cerrar los ojos; debía estar agotado después del día que había

tenido. Antes de dejarme vencer por el sueño, me incliné sobre él para dejarle un suave beso en los labios y le susurré:

—Te amo.

Capítulo 22



Cuando abrí los ojos por la mañana, estaba sola en la cama. Me extrañó que Ryder se hubiera marchado tan temprano porque apenas había amanecido. Me giré hacia su lado de la cama y, cuando iba a apoyar mi cabeza en su almohada, me di cuenta de que había una nota encima de ella. La cogí entre mis manos para leerla y su contenido me hizo sonreír.

«Nena, los chicos me han mandado un mensaje porque no son capaces de resolver un problemilla ellos solos. Les pienso hacer sudar durante toda la mañana hasta el agotamiento, por privarme de mi desayuno favorito. Estás preciosa cuando duermes, no creo que haya mejores vistas en el mundo que verte desnuda en mi cama solo con el colgante que te marca como mía.
Un beso. Ryder.»

Pasé los dedos por las letras como si pudiera sentirlo a él en el papel. Durante unos segundos me quedé quieta, con la nota apoyada sobre el pecho, intentando grabar en mi memoria esa sensación de pertenecer a algo, aunque fuera solo por un momento.

Recogí su habitación antes de dirigirme a la mía para ducharme y vestirme. Mientras ordenaba, me sorprendí sonriendo como una idiota al recordar algunos de los momentos de la noche anterior. Después bajé a la cocina y allí estaba Olivia, dando vueltas a un guiso en una olla grande que olía de maravilla. El aroma a especias y carne se extendía por toda la estancia, envolviéndolo todo en una sensación de hogar que me acarició el corazón.

—Buenos días, Olivia —le dije antes de darle un beso en la mejilla.

—Buenos días, niña. Hoy te noto muy contenta —me contestó devolviéndome el beso.

—Hoy es el día que todo va a cambiar —respondí, sintiendo cómo los nervios y la ilusión se mezclaban en mi estómago—. Tengo muchas ganas de ver a Mat por aquí.

—Yo también. Le he echado mucho de menos. Y sé que Ryder también, aunque no haya pronunciado su nombre desde que se marchó —suspiró—. Le he visto muchas veces mirar la foto que lleva en la cartera de los dos y mover la cabeza de un lado a otro, como si lamentara su decisión de haberle echado. Pero la actuación de la desgraciada de Camila fue muy convincente.

—Mat también miraba mucho esa fotografía —admití, apoyándome en la encimera—. Le vi hacerlo varias veces cuando compartimos piso en Tucson. El día que le conocí supe al momento que llevaba un gran pesar sobre sus hombros. La amargura que reflejaban sus ojos era difícil de ocultar.

Mientras se lo contaba, una punzada de cariño me atravesó el pecho. Mat se había convertido en mi familia cuando no tenía a nadie, y ahora por fin iba a poder devolverle algo de todo lo que él había hecho por mí.

—Menos mal que, gracias a ti, hoy todo saldrá a la luz y esos dos saldrán de nuestras vidas para no volver —dijo Olivia, removiendo el guiso con más fuerza de la necesaria.

—Tampoco he hecho tanto, solo estuve en el sitio adecuado en el momento justo —respondí, restándole importancia, aunque en el fondo sabía que lo que habíamos hecho era una locura.

—No te quites méritos, que no todo el mundo se hubiera ofrecido a ayudar a mi muchacho y a creer su versión sin dudar un momento de su inocencia. Eso demuestra el gran corazón que tienes.

—Solo hice lo que me pareció justo. Si yo hubiera estado en su lugar, me habría gustado que alguien me ayudara.

—Espero que caiga todo el peso de la ley sobre ellos. Pobre Elías… —dijo lamentándose, con la voz cargada de tristeza.

—El sheriff nos prometió que él mismo se encargaría de que eso pasara. —La tranquilicé, aunque a mí también me daba miedo que algo fallara a última hora.

Seguimos charlando un poco más del asunto y, cuando terminé el café, me fui a ocuparme de las tareas de la casa. Intenté concentrarme, pero era imposible que mi mente no volviera una y otra vez al momento en que el sheriff cruzaría la puerta.

Olivia y yo estábamos en la cocina poniendo la mesa cuando Ryder y Camila entraron por la puerta. Ella venía tan contenta, casi radiante; él, no tanto. Fuera lo que fuera que le estaba diciendo, le estaba cabreando bastante. Lo noté en la tensión de su mandíbula, en la forma en que apretaba los puños.

—Te repito que no pienso pagarte un viaje al Caribe para que celebres tu despedida de soltera con tus amigas. Si quieres ir, págatelo tú —dijo Ryder con paciencia casi agotada.

—Venga, amor, qué más te da. En dos meses estaremos casados y todo lo tuyo será mío. No quiero pedírselo a mi padre, sabes que no le gusta que viaje —replicó ella con voz melosa.

Cuando oí su conversación apreté mis puños por la ira que me despertaba esa mujer. No se podía tener menos vergüenza. Con todo su morro pretendía que le pagara un viajecito de lujo para pasárselo bien con sus amigas. Y lo peor de todo era que estaba totalmente convencida de que Ryder la dejaría disfrutar de su dinero como le diera la gana. La seguridad con la que hablaba me revolvió el estómago.

Olivia, que estaba a mi lado y me vio contenerme para no soltarle por la boca de todo, apretó mi mano con fuerza para que me calmara. Respiré hondo varias veces hasta que lo conseguí, obligándome a recordar que, si todo salía bien, esa sería una de las últimas veces que tendría que verla.

Olivia se marchó a recoger la ropa del tendedero mientras yo empecé a servirles la comida. Estaba echándole a Ryder su ración cuando llamaron al timbre. Me quedé clavada en el suelo, sin ser capaz de reaccionar en un primer momento. Había llegado la hora del espectáculo. Sentí cómo el

corazón se me aceleraba dentro del pecho, golpeando tan rápido que me costaba respirar.

—¿Estás sorda? Vete a abrir el timbre, chica —me dijo Camila con su tono de desprecio habitual.

Fui corriendo a abrir la puerta, no porque ella me lo hubiera mandado, sino porque tenía ganas de que todo acabara de una vez. Abrí y allí estaba el sheriff con la cara muy seria. Con un movimiento de cabeza y una media sonrisa me indicó que todo estaba en orden, y pude respirar tranquila. Noté que las piernas me temblaban, pero me obligué a mantenerme erguida. Le acompañé hasta la cocina y, cuando entramos, Ryder se sorprendió al verlo, pero Camila retiró la mirada y siguió a lo suyo, como si nada tuviera que ver con ella.

—Buenas tardes, sheriff Brown. ¿Qué le trae por aquí? ¿Hay algún problema? —le dijo Ryder, extrañado.

—Buenas tardes, Ryder. Sí que hay un problema, y muy grave, por eso estoy aquí —respondió él, sin rodeos.

—Usted dirá. Si puedo ayudarle en algo, cuente conmigo —se ofreció Ryder.

—La cosa no va contigo, Ryder, sino con ella —dijo el sheriff, señalando a Camila.

—¿Conmigo? No lo creo, sheriff. Yo no tengo ningún problema, creo que se ha equivocado de persona. Seguro que es esta muerta de hambre —dijo señalándome a mí— la que ha hecho algo ilegal y me ha echado la culpa a mí.

Se podía ser más hija de puta que ella, pero lo dudaba. Aun así, sus palabras me dolieron como un golpe en el pecho, aunque me negué a darle la satisfacción de verme hundida.

—¿Luna? —me preguntó Ryder, mirándome confundido. Yo no fui capaz ni de contestar, solo negué con la cabeza y dejé que el sheriff hablara.

—No se puede ser peor persona que tú. No sabes ni a lo que he venido y ya estás echándole mierda a otra persona así, sin más —le dijo el sheriff cada vez más enfadado.

—Así sin más no. Solo hay que ver las pintas que tiene para saber que es una andrajosa. A saber lo que ha estado haciendo en esta casa. Seguro que ha robado algo, Ryder, y quiere echarme a mí la culpa —insistió ella, escupiéndome cada palabra como un insulto.

El sheriff no la dejó seguir soltando chorradas por la boca. Cogió los grilletes que llevaba colgados del cinturón y, de dos zancadas, llegó hasta ella, la dio la vuelta y se los puso.

—Sheriff, ¿qué está pasando? —le preguntó Ryder, cada vez más confundido por la situación.

Las siguientes palabras que salieron de su boca les dejaron bien claro a los dos por qué estaba allí.

—Camila Davis, queda detenida con los siguientes cargos: por el asesinato de Elías Wells y por amenazas y extorsión contra el señor Matthew Johnson. Por todo esto y por alguna cosa más que estoy seguro de que saldrá a la luz en breve. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado; si no puede costearse uno, se le asignará uno de oficio.

—¿Qué cojones está pasando aquí? ¿Camila ha matado a mi padre? —preguntó Ryder alzando la voz, totalmente fuera de sí.

—No les creas, amor. Estoy segura de que esto es cosa del cabrón de Mat, que ha liado todo esto para vengarse por echarle de aquí por pegarme —le dijo Camila a Ryder llorando, joder, era una actriz cojonuda.

—Sigue mintiendo, zorra, que no te va a servir de nada —dijo Mat entrando en la cocina. Había estado esperando el momento adecuado para hacerlo, escuchando todo desde el pasillo.

—¡¡¡Lo ves!!! ¡Lo sabía, él es el culpable de todo! —dijo ella, chillando como una loca.

—Mat, ¿qué haces aquí? ¿Qué es todo esto? —le preguntó Ryder, todavía sin entender nada.

—Espera un momento, ahora mismo te enterarás de todo. Antes de hablar tengo que hacer algo —le contestó Mat antes de venir hacia mí y abrazarme.

Sentir sus brazos rodeándome me devolvió algo de fuerza. Noté cómo me temblaba ligeramente la barbilla, pero me mantuve firme.

—¿Estás bien, Luna? —me preguntó Mat con una sonrisa suave. No le contesté con palabras, solo asentí devolviéndole la sonrisa como pude.

—¿Os conocéis? —preguntó Ryder, alucinado.

—Pues no ves que sí, entre los dos han orquestado todo, Ryder —dijo Camila, intentando llevarse a Ryder a su terreno por última vez.

—¡¡¡Cállate!!! —le chilló Mat, harto.

—Bueno, esto ya ha durado demasiado. Ryder, siéntate y estate atento a todo lo que vas a escuchar —le dijo el sheriff con tono firme.

—Ponle la grabación, Luna —me pidió Mat.

Saqué el móvil y, como había hecho las otras dos veces anteriores, le di al botón para reproducir el audio. El silencio se hizo en la cocina. Solo se oía la voz de Camila y la de Drew saliendo del pequeño altavoz, retumbando en las paredes como si cada palabra pesara una tonelada. Ver el dolor en los ojos de Ryder mientras escuchaba todo lo que ella había hecho para quedarse con su rancho, llevándose por delante a su padre, al que adoraba, fue muy duro. Tragué saliva varias veces para no romper a llorar allí mismo.

Cuando acabó de escucharlo entero, cogió aire antes de hablar, como si necesitara llenarse los pulmones para no derrumbarse.

—Dime, por favor, que esto es un puto montaje —me pidió, rogándome con la mirada.

—No lo es… Lo siento muchísimo, Ryder —susurré, sintiendo cómo se me encogía el corazón.

—¡¡¡Hija de puta!!! Mataste a mi padre y tenías planeado matarme a mí para quedarte con el rancho —dijo Ryder gritando, fuera de sí.

Camila, viéndose acorralada y ya sin defensa posible después de haberse escuchado a sí misma en la grabación, soltó con rabia sus últimas palabras cargadas de veneno.

—Si crees que ella es distinta a mí es que eres un iluso. Solo ha ayudado a Mat para acercarse a ti. Quiere salir de la mierda de vida que tiene y ser la señora de esta casa. No hay más que verla con esa cara de mosquita muerta que tiene, pero a mí no me engaña: solo quiere tu dinero.

»Por lo menos yo he hecho todo esto por vivir feliz al lado del hombre al que amo. Pero ella no te quiere y el tiempo me dará la razón.

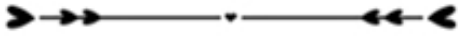
Cuando Camila terminó de decir su discurso cargado de odio, levanté la cabeza y fijé mi mirada en la de Ryder. En ella primero vi duda y, después, rabia y dolor. En ese instante supe que mi destino estaba sentenciado. Ryder nunca creería que mi ayuda había sido desinteresada y, mucho menos, después de que conociera mi pasado. Sentí como si alguien me arrancara el suelo bajo los pies.

—Llévesela, sheriff, porque como siga soltando veneno por su boca no respondo de mí —dijo Mat muy enfadado al oír toda esa mierda sobre mí.

El sheriff agarró a Camila del brazo y, tirando de ella mientras seguía chillando todo tipo de insultos, la sacó a rastras de la casa para meterla en su coche, donde también estaba Drew detenido. Los tres nos quedamos mirando cómo el coche se perdía por el camino sin decir ni una palabra. El silencio que quedó atrás era pesado, casi insoportable, como si de repente todo el rancho contuviera la respiración.

Y, por primera vez desde que llegué, tuve la certeza de que nada volvería a ser igual. Ni para ellos… ni para mí.

Capítulo 23



Cuando el coche desapareció del todo, nos dimos la vuelta para entrar en la casa. El silencio que quedó en el porche era tan denso que casi se podía tocar. Ryder y Mat se quedaron mirándose el uno al otro, quietos, tensos, con demasiadas cosas en la garganta como para saber por dónde empezar. Hasta que, en un arranque de valentía, fue Mat quien dio el primer paso: avanzó hacia su hermano y se lanzó a sus brazos para abrazarlo con toda la fuerza contenida de los últimos meses.

Ryder, al principio, se quedó rígido, con los brazos a ambos lados del cuerpo. Pero unos segundos después algo en él cedió, y le devolvió el abrazo con la misma intensidad con la que Mat lo estaba sujetando. Verlos así, tan unidos después de tanto dolor y tanta distancia, me heló y me calentó el pecho al mismo tiempo. Sentí que las lágrimas se me agolpaban en los ojos y, cuando miré de reojo a Olivia, comprobé que ella estaba igual que yo, llorando emocionada al verlos reencontrarse por fin.

Cuando se separaron, fue Ryder el primero en abrir la boca, con la voz tomada y la respiración entrecortada.

—Mat… yo… no sé ni qué decir. ¿Cómo pude ser tan necio y creerme todas sus mentiras? —dijo, pasándose la mano por el pelo, nervioso, casi avergonzado.

—Eso ya no importa —le respondió Mat, todavía con los ojos brillantes—. Creo que lo mejor es dejar el pasado atrás, hermano.

Olivia se limpió las lágrimas con la punta del delantal y dio un par de palmadas suaves.

—Chicos, en la buhardilla os he dejado comida. Sería buena idea que subáis y tengáis una larga charla —les dijo con una ternura que pocas veces le había visto.

—Me parece una excelente idea —contestó Mat con una sonrisa que no le cabía en la cara—. Tengo mucho que contarte, Ryder.

—Vamos —dijo Ryder, y empezó a andar hacia las escaleras sin esperar más.

—Nosotras vamos a comer algo en la cocina, Luna —me dijo Olivia, cogiéndose de mi brazo para que la acompañara.

Antes de que pudiera moverme, Ryder se volvió hacia mí.

—Luna, cuando acabe de hablar con Mat tú y yo tenemos una charla pendiente —dijo muy serio.

Noté cómo algo se me rompía por dentro. Intenté responder, pero el nudo en la garganta me lo impidió, así que solo asentí.

Mientras Olivia y yo comíamos en la cocina, comentamos todo lo que había pasado. Ella me aseguró que no me preocupara por las últimas palabras venenosas que Camila había soltado, que estaba segura de que Ryder no había dudado ni un segundo de mis buenas intenciones. No quise contradecirla, pero dentro de mí sabía que sí lo había hecho. Su manera de mirarme mientras escuchaba las mentiras de Camila lo había confirmado sin necesidad de palabras.

Cuando terminamos y recogimos, pensé en salir a cabalgar para despejarme, pero las emociones del día me habían dejado hecha polvo. Preferí subir a mi habitación para descansar un poco. Sin embargo, al llegar al pasillo, las voces de Ryder y Mat me pusieron en alerta. Estaban discutiendo. Mi curiosidad, mezclada con un mal presentimiento, me obligó a avanzar con pasos silenciosos hasta la puerta de la buhardilla.

Me quedé allí, conteniendo la respiración, escuchándolos.

—¿Pero tú te oyes cuando hablas? —dijo Mat, alterado—. ¿Después de todo lo que ha pasado vas a creer las palabras de esa zorra?

—No me digas que tú no lo has pensado en ningún momento, porque no te creo —le contestó Ryder, dolido y a la defensiva—. Una tía que sale de la nada y te ofrece su ayuda así, sin más.

»Primero metiéndote en su piso y después ofreciéndose a venir aquí para arreglar todo este embrollo. Seguramente tú fuiste su primera opción, pero cuando vio que no tenía posibilidades, cambió su objetivo.

Noté cómo la sangre se me helaba.

—Ni un segundo he dudado de ella —replicó Mat—. Luna es una de las mejores personas que he conocido.

—Pues yo sí tengo dudas —dijo Ryder—. El segundo día se dejó follar. Sí, me lo pasé bien porque está buena y hace mamadas increíbles, pero eso dice mucho de ella. Seguro que pensó que podía engatusarme.

Sentí que el estómago se me caía al suelo.

Mat respondió furioso:

—¿Me estás diciendo en serio que crees que ella no siente nada por ti? ¿Y lo que es peor: tú por ella? Joder, Ryder, que he visto cómo os miráis. A mí no podéis engañarme.

—Con deseo —gruñó Ryder—. Con deseo es como la miro. Porque te aseguro que no hay ni habrá nunca nada más. Y ella… ella me hizo pensar en algunos momentos que me quería, pero está claro que es una buena actriz.

Cada palabra suya era una puñalada.

—Eres un cabezota cegado por el enfado —le dijo Mat, desesperado—. Pero como sigas así, puede que cuando te des cuenta de lo equivocado que estás sea demasiado tarde, y hayas perdido a la mujer de tu vida.

—Ella nunca podrá ser la mujer con la que compartiría mi vida, aunque estuviera enamorado de ella —respondió Ryder con firmeza.

—¿Y eso por qué? ¿Qué tiene de malo? —le reprochó Mat.

Hubo un silencio tenso antes de que Ryder soltara lo que me destrozó definitivamente.

—¿Tú te crees que yo podría casarme y tener hijos con una vagabunda que ha vivido en la calle? ¿Qué pensaría la gente?

Mat soltó un suspiro cargado de decepción.

—Dios mío, Ryder… No pensé que tendrías tantos prejuicios.

—No son prejuicios —insistió él—. Bastante vamos a estar en boca de todos por lo que ha hecho Camila, como para empezar una relación con una muerta de hambre que ha aparecido de la nada. Todos supondrán lo mismo que creo yo ahora: que es una aprovechada.

No necesité escuchar nada más. Cada una de esas frases confirmaba lo que siempre había temido que él opinara de mí. Sentí cómo algo dentro de mí se partía en mil pedazos.

Bajé las escaleras corriendo, temblando, con el corazón deshecho. No quería que ellos discutieran por mi culpa, no después de todo lo que acababan de recuperar.

Entré en mi habitación, saqué la maleta de debajo de la cama y empecé a meter mis cosas sin orden. Lo bueno de no tener apenas ropa es que tardé menos de cinco minutos en tenerlo todo listo. Estaba temblando cuando cerré la cremallera.

Salí al pasillo, decidida a marcharme, pero antes de bajar las escaleras una idea se cruzó por mi mente. Volví sobre mis pasos y entré en la habitación de Ryder. Allí, sobre la mesa, tenía una libreta. Arranqué una hoja y me senté a escribir la nota más difícil de mi vida.

«Ni siquiera sé si leerás esta nota o si, al ver que es mía, la tirarás directamente a la basura. Ojalá no lo hagas.

Me gustaría decirte tantas cosas… pero seré breve.

Mi ayuda a Mat fue sincera; solo quería que volvierais a estar juntos. No quiero convertirme en un motivo de conflicto, así que voy a ahorrarte el trabajo de echarme. Me marcho ya. No tendrás que volver a verme.

Te deseo lo mejor, Ryder. De verdad.

Y sí, escuché vuestra conversación. Hay cosas en las que no estoy de acuerdo contigo… y otras en las que sí. Siempre supe que nunca sería importante para ti y que te cansarías de mí tarde o temprano. Aun así, acepté cada instante contigo porque había algo en lo que estabas equivocado y quiero que lo sepas antes de irme: Te amo. Más de lo que jamás podré amar a nadie. Adiós.»

La dejé encima de la cama y, con manos temblorosas, me quité el colgante de la media luna que él me había regalado. Lo coloqué sobre la carta, justo encima de mi nombre. Me limpié las lágrimas como pude y salí de la habitación sin mirar atrás.

Cogí la maleta, bajé las escaleras en silencio y atravesé la casa sin que nadie me viera. No quería enfrentarme a Olivia, no quería explicaciones ni despedidas. Mi pecho dolía demasiado.

Cuando llegué al porche, la garganta se me cerró por completo. Respiré hondo varias veces, intentando mantener la compostura. Necesitaba ayuda para llegar a la estación, pero solo había una persona que sabía que no me haría preguntas innecesarias. Tom.

—Gracias por traerme a la estación, Tom —le dije dándole un abrazo cuando bajé de su camioneta. Su ropa olía a heno y a campo, a hogar… y eso me rompió todavía más.

—¿Niña, estás segura de que quieres hacer las cosas así? —me preguntó con tristeza en los ojos. Le había contado solo lo justo de camino, pero él no era tonto.

—Es lo mejor, Tom —respondí con la voz rota.

Negó con la cabeza, apretando los labios.

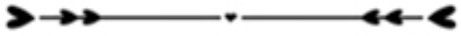
—Cuídate. Y si necesitas ayuda en algún momento, no dudes en llamarme.

—Tú también cuídate mucho —le dije desde la ventanilla del autobús mientras este se ponía en marcha.

Lo vi alejarse mientras el autobús avanzaba, llevándose conmigo todo lo que había vivido allí, pero dejando atrás el único lugar en el que, por un instante, pensé que podría tener un hogar.

Y el corazón me dolió como nunca.

Capítulo 24



Cuatro meses habían pasado desde que Tom me llevó a la estación. Cuando cogí el billete para alejarme de Fort Worth, no tuve mucho donde elegir: solo había dos destinos disponibles ese día. Uno era Dallas, pero el coste del billete era muy elevado; el otro era mucho más lejos, pero hacía parada en varios pueblos y solo tenía que pagar el importe del trayecto que fuera a hacer. Ese fue el que cogí porque era el más económico. La primera parada era en Grapevine y allí me bajé.

Los primeros días tuve que dormir en una pequeña pensión. Durante el día buscaba como loca cualquier trabajo; el dinero de emergencias que tenía reservado, apenas unos cientos de dólares, se esfumó a una velocidad increíble.

Una semana después de llegar, encontré trabajo en casa de una mujer viuda que necesitaba ayuda con la casa y la cocina porque ya era muy mayor. Nos llevamos bien desde el primer momento. Julia era una persona cariñosa que se sentía muy sola desde que sus hijos se habían marchado a vivir uno a Dallas y el otro a Boston. Hacía más de un año que no veía a ninguno: con la excusa de que tenían mucho trabajo, se habían olvidado de su madre y nunca iban a visitarla.

Los días eran muy rutinarios. Por la mañana yo limpiaba la casa y cocinaba, y ella se dedicaba a bordar sentada en una mecedora. Por las tardes solíamos salir a dar un paseo o ver juntas la televisión.

Echaba mucho de menos el rancho, a Olivia, a Mat, a Tom… pero, sobre todo, echaba de menos a Ryder.

Me había costado muchísimo que Mat entendiera por qué me había ido. Cuando se dio cuenta, el mismo día que me marché, de que no estaba, me abrasó el teléfono a mensajes pidiéndome que volviera. Pero al final, explicándole todo y prometiéndole que no perderíamos el contacto, tuvo que ceder y se le pasó un poco el enfado. Desde entonces hablábamos casi todos los días.

—Niña, que te estoy hablando y no te enteras. Otra vez estás soñando con ese vaquero y te has quedado embobada —me dijo Julia riéndose.

—No estaba pensando en él —le contesté riéndome también.

Julia estaba al tanto de toda mi vida. A los pocos días de entrar a trabajar en su casa, me sorprendió llorando y me llevó al salón; puso una taza de té caliente en mis manos y me dijo: *«Venga, cuéntame quién es ese hombre por el que lloras.»* De primeras la pregunta me sorprendió, pero dicen que la edad te hace sabia, y Julia, con los años que tenía, seguramente había visto tantas cosas que ya nada podría sorprenderla.

—No que va, a mí no me engañas niña. Ese hombre va a hacerte suspirar hasta el final de tus días. Pero el dolor pasará, ya lo verás. Si él no supo ver la luz y la bondad que hay en ti, es que no te merece.

—Sí, supongo que cada día dolerá un poquito menos. Gracias por tus palabras y tus consejos —le respondí dándole un abrazo y un beso.

—Luna, esta tarde quiero que me acompañes al médico. Estate preparada a las cinco para salir. —Nada más oírla con ese tono tan serio me preocupé.

—¿Te encuentras mal? Deberías habérmelo dicho antes y te hubiera acompañado, no debiste esperar tanto.

—El médico no es para mí, niña, sino para ti —me contestó dejándome alucinada.

—¿Para mí? ¿Por qué? Si yo me encuentro estupendamente.

—Y me alegro de que así sea, pero si no fuera por mí seguramente tú sola ya te habrías dado cuenta de lo que te pasa.

—Julia, estoy totalmente perdida, no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Luna… ¿cuánto hace que no te baja el periodo? Y no me mientas, porque desde que estás aquí, y de eso hace casi cuatro meses, no lo has tenido. Y si te estás preguntando cómo lo sé, la respuesta es fácil: en el baño no hay ni un solo producto de higiene femenina.

Madre de mi vida… cuando comprendí lo que quería decir, se me encogió el estómago y un sudor frío me recorrió todo el cuerpo. Tenía razón: desde que había llegado a su casa no me había bajado, pero pensé que era por los nervios y los disgustos que había vivido en el rancho.

—Antes de venir estuve muy estresada. Sé que hay mujeres que por esos motivos no lo tienen, de ahí que no le haya dado importancia. Además, no he tenido ningún síntoma y me encuentro bien.

—Eso no tiene nada que ver. Yo en mi primer embarazo estuve fatal los nueve meses, pero en el segundo no tuve ni un solo síntoma.

—¿Julia… tú crees que…? —No pude ni terminar la frase. Madre mía, solo esperaba que esa mujer no tuviera razón. ¿Qué iba a hacer yo con una criatura?

—Esta tarde saldremos de dudas. Y si estás embarazada ya decidiremos qué hacer. No te preocupes, yo no te voy a echar de aquí.

Saber que no me echaría fue un alivio inmenso. Porque no tenía a dónde ir. Ryder apareció en mi mente en ese instante. Desde luego que no podía recurrir a él: si no me había querido a mí sola en el rancho porque pensaba que era una aprovechada, mucho menos lo haría ahora con un bebé. Pensaría que me había quedado embarazada a propósito para aprovecharme de su dinero.

Julia me acompañó a la consulta y no me dejó sola ni un momento. Cuando le comentamos al médico las sospechas que teníamos, me mandó

directamente a la planta de ginecología.

La ginecóloga que me atendió era una mujer muy amable que me trató con muchísimo cariño al ver lo nerviosa que estaba. Me preguntó un montón de cosas sobre mi salud para rellenar mi historial y, cuando terminó, me dijo que me tumbara en la camilla.

—Bien, Luna, vamos a echar un vistazo ahí dentro. Pero ya te adelanto que por mi experiencia sé que tienes un inquilino dentro de ti. Ahora solo vamos a comprobar que todo va bien. —Desde que Julia me lo había dicho por la mañana me había dado tiempo a asimilarlo, así que no me pilló por sorpresa.

Extendió bastante gel por mi barriga y empezó a pasar el ecógrafo. Julia me agarró la mano para transmitirme ánimos, y yo se lo agradecí en el alma. Por lo menos tenía a alguien conmigo en esta nueva fase de mi vida, y no me sentía tan sola.

—Ahí tenemos al pequeño inquilino —dijo la doctora sonriendo.

—Vaya… se le ve perfectamente —añadió Julia con lágrimas en los ojos.

En ese momento no pude decir ni una palabra; la emoción me lo impidió. Lo que sí salieron fueron lágrimas, muchas lágrimas, pero no de tristeza… sino de una alegría que me explotó en el pecho. Un bebé. Iba a tener un bebé de Ryder. Qué caprichoso era el destino.

—¿Quieres saber el sexo? Se ve perfectamente —me preguntó la doctora, y yo solo asentí—. Es un niño. Un chicarrón fuerte y sano. Todo está muy bien; las medidas son perfectas para las diecisiete semanas de embarazo que tienes, poquito más de cuatro meses. Saldrás de cuentas a mediados de febrero.

—Un niño, Luna. ¿Estás contenta? —preguntó Julia.

—Sí… sí que lo estoy. Ya lo quiero con todo mi corazón.

Salimos de la consulta con unas cuantas recomendaciones y la cita para la siguiente revisión, que sería dentro de un mes. Como todavía hacía buen tiempo, nos sentamos en un parque a descansar antes de volver a casa.

—No se lo vas a decir al vaquero, ¿verdad? —preguntó Julia con suavidad.

—No puedo hacerlo, Julia. Que me despreciara a mí… puedo soportarlo. Pero si le cuento lo del niño y también lo desprecia porque crea que quiero sacarle dinero… no sé si podría soportarlo.

—Te entiendo, Luna. Yo en tu lugar tendría las mismas dudas. Mi consejo es que lo pienses con calma. Todavía falta mucho tiempo.

—Eso haré. De momento voy a disfrutar de este regalo que me ha dado la vida. Ya veré qué hago cuando llegue el momento.

—Puedes contar conmigo mientras yo esté en este mundo. No dejaré que paséis necesidades. En estos meses te he cogido tanto cariño que te quiero como si fueras mi hija. —Las palabras de Julia me emocionaron muchísimo; yo sentía lo mismo y se lo hice saber.

—Yo también te quiero muchísimo, Julia. Te has convertido en una madre para mí —le dije abrazándola.

Después del paseo volvimos a casa. Julia se sentó en el salón a bordar mientras yo preparaba la cena: una sopita de verduras con picatostes, su favorita, y un par de tortillas con queso suave.

Esa noche, ya en la cama, no pude dejar de acariciarme la barriga, apenas redondeada. Esa era otra razón por la que no me había dado cuenta de mi estado: sí que había cogido unos kilos, pero pensé que era por la vida tranquila que llevaba.

Me puse a pensar cómo sería el niño, si se parecería a mí o a Ryder, cuando el sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos. Miré la pantalla y sonreí al ver que era Mat. Solía llamarme una vez a la semana. La primera vez tuve que mentirle y decirle que me había ido a Alabama y no a donde realmente estaba, que era poco más de media hora del rancho. No quería que me convenciera para volver y que diera la casualidad de encontrarme con Ryder.

—Hola, pequeña. ¿Cómo va todo? —preguntó Mat.

—Por aquí todo bien. Ya sabes que mis días son pura rutina. Hoy salimos a pasear y, como aún hace buen tiempo, estuvimos sentadas en un parque viendo el paisaje y a la gente pasar. ¿Por allí qué tal todo?

—Miguel llegó esta mañana. Ya está instalado en la casa del capataz. De momento no vamos a vivir juntos, hasta ver qué tal nos van las cosas —dijo muy contento.

Miguel era el capataz en el rancho de Tucson, donde Mat había trabajado. Empezaron una relación allí y la mantuvieron a distancia cuando Mat volvió a Fort Worth. Pero llegó un punto en que no querían seguir separados. Y como desde que detuvieron a Drew no tenían capataz nuevo, Ryder le dijo a Mat que se lo propusiera a Miguel, y él aceptó encantado. Me alegré muchísimo por ellos; lo pasaron mal estando separados.

—Me alegro muchísimo, Mat. Estoy segura de que os irá fenomenal.

—Gracias, sé que te alegras de verdad.

—¿Qué tal está Olivia? ¿Se le pasó ya del todo el catarro que tenía? —La semana anterior me había dicho que estaba un poco pachucha y había estado dos días en cama con fiebre.

—Está totalmente recuperada. Es muy dura, ya la conoces —respondió riendo.

—¡¡¡Mat!!! ¿Vienes a cenar ya? Como tardes mucho, Leslie y yo empezaremos sin ti. —La voz de Ryder llegó hasta mí a través del teléfono, y con lo que dijo sentí mi corazón romperse un poquito más, si eso era posible.

—¿Le has oído? —preguntó Mat, con miedo y vergüenza.

—Sí, lo he oído. Me alegro mucho por él. Leslie parece buena mujer y seguro que formarán una familia preciosa —dije mientras las lágrimas caían por mis mejillas y me mordía el labio para no soltar un quejido.

—Quería contártelo, pero no sabía cómo hacerlo… solo llevan un mes viéndose y…

—No pasa nada, Mat, de verdad. Oye, voy a colgar. Estoy cansada y me voy a acostar.

—Luna, espera, no me cuelgues joder. Sé que saber esto te ha afectado y no quiero que te derrumbes.

—No te voy a mentir, Mat… pero precisamente hoy no era el mejor día para enterarme de esto. Así que prefiero no hablar más del tema. Ni hoy ni nunca. Ve a cenar, no les hagas esperar.

—Luna… ¿qué te ocurre? Y no me digas que nada, que te conozco muy bien y sé que ha pasado algo —preguntó preocupado.

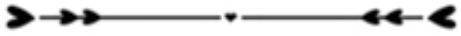
—Hoy no, Mat… no puedo.

—Está bien. Pero quiero que otro día me lo cuentes. Descansa. Te quiero.

—Yo también te quiero. Adiós.

Colgué el teléfono y me acurruqué en la cama, llorando durante horas, hasta que el sueño llegó por puro agotamiento.

Capítulo 25



Tres meses habían pasado desde aquel día en el que me enteré de que iba a ser madre y, a la vez, de que el hombre al que amaba con toda mi alma tenía una relación con otra mujer. Desde ese día me dediqué a centrarme en mi hijo y a cuidarme todo lo que pude para que mi niño naciera sano. No me pasé con las comidas, tal como me recomendó mi ginecóloga, y salía a pasear todos los días, sola o con Julia si ella tenía ganas.

Julia llevaba unos días un poco pachucha y me tenía preocupada. Nunca se quejaba por nada, pero yo notaba que, con cada día que pasaba, estaba más apática. Comía menos de lo normal y siempre tenía sueño.

Aquel día tenía revisión y, antes de irme, le preparé una taza de té y se la llevé a la habitación. No había querido levantarse porque estaba muy cansada.

—Julia, aquí te dejo una taza de té. Me tengo que ir ya a la revisión, pero no tardaré en volver —le dije, agachándome para darle un beso en la mejilla.

—Marcha tranquila, hija, y tráeme una foto del niño cuando vuelvas. Tengo muchas ganas de volver a verlo —me contestó devolviéndome el beso.

—Por supuesto. Le pediré a la doctora que me dé copia de todas las imágenes que pueda darme de la ecografía. Me marcho ya, no quiero llegar tarde.

—Hasta luego, cielo —me dijo, despidiéndose con la mano.

Una hora y media después volví a casa. Venía muy contenta: el niño se había dejado ver perfectamente y la ginecóloga me había dado cuatro fotos en las que salía precioso. Estaba segura de que a Julia le iban a encantar.

Pero cuando abrí la puerta, un mal presentimiento me recorrió el cuerpo, como un aviso silencioso de que algo no iba bien. Me acerqué lo más rápido que pude a la habitación de Julia y me senté a su lado en la cama. Cogí su mano para avisarla de que ya había vuelto, pero al tocarla noté que estaba fría como el hielo.

—¡¡¡Julia!!! Despierta, por favor… ¡¡¡Julia!!! —Intenté que me contestara una y otra vez, pero no abría los ojos.

Saqué el móvil del bolso lo más rápido que pude y llamé a emergencias. Los diez minutos que tardaron en llegar se me hicieron eternos. Y cuando los sanitarios la revisaron, certificaron lo que en mi interior ya sabía. Julia había muerto.

Los siguientes dos días fueron durísimos. El mismo día que falleció llamé a sus hijos, y me dijeron que tardarían en llegar. Que, hasta que lo hicieran, me encargara de preparar el funeral y de recoger todas las cosas de su madre para donarlas a la iglesia.

El día del funeral conocí a sus hijos. Sus mujeres ni siquiera se dignaron a ir al entierro de su suegra. Ellos dos llegaron cuando ya había empezado y ni una sola lágrima derramaron por su madre.

Cuando salimos del cementerio se acercaron a mí y me dijeron que tenía veinticuatro horas para abandonar la casa de Julia, que ya la habían puesto a la venta. Para eso sí que se dieron prisa. El cuerpo de su madre aún estaba caliente, y ellos, de camino hacia allí, ya habían decidido deshacerse de todas sus cosas, como si les resultara un alivio que Julia ya no existiera.

Al día siguiente preparé mi maleta y la llené con lo poco que tenía: un par de prendas de premamá y las pocas cosas que me quedaban de antes. Apenas tenía dinero ahorrado. Julia no tenía muchos recursos y me pagaba muy poco, pero para mí había sido suficiente porque tenía un techo y comida, y eso era lo más importante.

No sabía qué sería de mí, pero tenía que intentar encontrar un trabajo, y rápido. Aunque sabía que sería muy complicado por mi estado. Por el momento regresé a la pensión donde había estado la primera semana cuando llegué a Grapevine.

Mientras buscaba trabajo, pensé varias veces en contarle a Mat lo que estaba pasando, pero las últimas veces que habíamos hablado me había contado lo feliz que era con Miguel y las bonitas navidades que habían pasado todos juntos. No quería convertirme en un problema para él, así que descarté enseguida la idea e intenté salir adelante por mí misma. Además, hacía días que me habían cortado la línea del teléfono, así que tampoco podía llamarlo aunque quisiera.

El dinero se terminó y, con él, también mi estancia en la pensión. Vaya cosas del destino… había vuelto al punto de partida y estaba en la misma situación que cuando me fui de casa de mi madre: viviendo en la calle. Por lo menos encontré un sitio medio decente para dormir, en el que no pasaba demasiado frío. Y así pasé los siguientes treinta días: comía lo que encontraba en los cubos de basura de los restaurantes cercanos y me pasaba el día recorriendo la ciudad buscando trabajo, pero con el poco tiempo que me quedaba para dar a luz, nadie quiso contratarme.

Una mañana me levanté de entre los cartones en los que dormía y toqué mi frente: estaba ardiendo. Los últimos tres días había sentido que algo no marchaba bien en mi cuerpo. Con el frío que hacía, seguramente me había resfriado. Tenía una tos que me doblaba en dos cada vez que tosía y me faltaba el aire. Me preocupé muchísimo, porque en ese estado temía que le pudiera pasar algo al niño. Decidí ir al hospital para que me revisaran.

Me costó muchísimo abrir los ojos. La luz del techo me cegaba y no me dejaba enfocar bien para ver dónde estaba. Parpadeé varias veces hasta que la molestia pasó. Llevé una mano a la cara para quitarme algo que tenía sobre la boca y la nariz, algo que me molestaba y no sabía qué era.

—Vaya… bienvenida al mundo, Luna —dijo una mujer vestida de enfermera. Entonces lo recordé todo: cómo había intentado llegar al hospital, cómo en la misma puerta me desplomé, cómo alguien me cogió en brazos… y después, nada. Solo oscuridad.

—¿Qué ha pasado? ¿Mi hijo está bien? —pregunté, llevando mis manos al vientre, que no se sentía igual que la última vez que me lo había tocado.

—Lo primero es presentarme: soy la doctora Rodríguez. Te he estado tratando desde que ingresaste en este hospital hace diez días.

—¿Diez días? Eso no puede ser… yo vine ayer porque no me encontraba bien —dije, confundida.

—Es normal que estés desorientada. Has estado sedada los últimos diez días. Ingresaste con una pulmonía muy grave y estuviste a punto de morir. Tuvimos que practicarte una cesárea de urgencias para que el bebé no corriera peligro, por la cantidad de medicamentos que necesitabas para sobrevivir.

—¿Mi hijo? —pregunté llorando.

—Tranquila. El niño está muy bien. Por suerte no corrió peligro en ningún momento y nació sano. En un momento llamaré para que te lo traigan y puedas conocerlo. Ya no hay riesgo de contagio y podrás tenerlo contigo sin problemas. Pero te aconsejo que, si puedes, llames a alguien para que te ayude con él.

»Tu cuerpo está muy débil y no vas a poder cogerlo en brazos ni cuidarlo por ti sola en una buena temporada. Necesitas tiempo para recuperarte. Aunque estás mejor, el peligro no ha pasado del todo y podrías recaer. ¿Has entendido todo lo que te he dicho? —asentí, soltando el aire que había estado conteniendo.

—Sí, doctora. ¿Puedo pedirle un favor? —pregunté, secándome las lágrimas.

—Por supuesto. ¿Qué necesitas?

—Necesito un teléfono para llamar a una persona y pedirle ayuda.

—Toma el mío. —Me lo puso en las manos—. Habla lo que necesites. Voy a ver a otra paciente y después vuelvo a por él.

—Muchísimas gracias por todo, doctora Rodríguez —asintió y salió de la habitación, dándome la privacidad que necesitaba para hacer la llamada.

Cogí aire antes de marcar su número. Sabía que no me negaría su ayuda; no había querido llamarlo antes por no causarle problemas, pero ya no se trataba solo de mí, sino de mi hijo. Y si yo no podía cuidarlo, no conocía a nadie más que pudiera hacerlo. Marqué el número que me sabía de memoria y esperé.

—¿Dígame? —contestó Mat. Al oír su voz no pude controlarme y rompí a llorar.

—Mat…

—¿Luna? ¿Eres tú? ¿Por qué me llamas desde otro número? ¿Has perdido el móvil?

—Mat, escúchame. Me han dejado este teléfono y no puedo hablar mucho. Ha pasado algo y necesito tu ayuda.

—Sabes que iría por ti al fin del mundo si hiciera falta. Dime qué pasa y cómo puedo ayudarte.

—No te asustes, ¿vale? Estoy en el hospital y necesito que vengas para explicártelo todo.

—¿¡El hospital!? Hostias, Luna… ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Aún no… pero espero estarlo pronto. Por eso necesito que vengas. Tengo algo muy importante que pedirte. Solo te pido otra cosa: no le digas a nadie que vienes. Prefiero que de momento solo tú lo sepas.

—Será difícil ocultarle a Ryder mi ausencia, el viaje hasta Alabama es largo. Pero no te preocupes, algo se me ocurrirá.

—Mat… yo nunca fui a Alabama. Siempre he estado en Grapevine. Cuando vengas entenderás por qué no te dije la verdad. No te enfades, por favor.

—No me enfado. Si no me lo dijiste, supongo que fue por una buena razón. Joder… has estado a media hora de aquí. Podríamos habernos visto muchas veces.

—¿Entonces vas a venir aunque te haya mentido? —pregunté, con miedo a que me dijera que no.

—Estoy montándome en la camioneta. En media hora estoy allí —respondió. Yo me eché a llorar de alivio—. Joder, Luna, no llores. Me estás preocupando muchísimo.

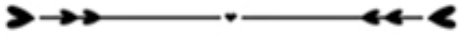
—Lloro de felicidad… porque vas a venir. Cuando llegues pregunta en qué habitación estoy, no te la puedo decir porque no lo sé.

—Voy a colgar para arrancar, ¿de acuerdo? No te preocupes, pequeña. En nada estoy ahí.

—Aquí te espero. Gracias, Mat. Te quiero.

—Yo también te quiero. En nada estoy ahí. —Colgó la llamada, y yo seguí llorando, esta vez de pura gratitud.

Capítulo 26



Diez minutos después la puerta se abrió y por ella apareció una enfermera con una cuna portátil en la que venía mi hijo envuelto en una mantita. Me incorporé como pude para asomarme a la cuna y, cuando le vi, no pude evitar echarme a llorar otra vez, era precioso. Estaba con los ojos abiertos y, cuando me miró, era como estar viendo a su padre en miniatura, eran como dos gotas de agua. El mismo color de pelo, la misma piel tostada, incluso la misma manera de fruncir el ceño. Lo único que tenía mío era el color de ojos violetas.

La enfermera lo sacó de la cuna y, con mucho cuidado, me lo puso encima del pecho. Apenas pude sostenerlo por la debilidad que tenía, pero ella me ayudó a sujetarlo para que pudiera acariciarlo durante un rato. Cuando se quedó dormido, lo devolvió a la cuna y se sentó en la silla que había al lado de mi cama para contarme lo que había pesado y medido, las pruebas que le habían hecho y para rellenar los datos que le faltaban en su ficha, como el nombre que le iba a poner. Ese lo tuve claro desde el momento en que me dijeron que iba a ser un niño, así que no tuve que pensarlo mucho. Me dijo que lo dejaría allí, al lado de la cama, hasta que le tocara la siguiente toma del biberón, que sería en unas dos horas.

Cuando nos quedamos los dos solos en la habitación, me quedé contemplándole sin poder apartar la vista de él, era perfecto. Tenía un dolor en el corazón muy grande por lo que tenía pensado hacer cuando llegara Mat, pero era lo mejor para el niño. Solo esperaba que mi amigo no se negara a ayudarme. Estaba pensando en todo eso cuando la puerta se abrió y por ella entró Mat con la respiración acelerada, como si hubiera venido corriendo.

—Luna, Dios bendito, ¿qué te ha pasado? No pareces tú, estás tan demacrada que pareces un cadáver —dijo acercándose a mí para envolverme entre sus brazos y besar mi cabeza una y otra vez.

—Mat… —No pude decir nada más; apoyé mi cabeza en su pecho y dejé salir mi llanto de una manera desgarradora.

Cuando conseguí calmarme un poco, me separé de su pecho y me acomodé en la almohada.

—¿Ya estás más calmada? —asentí—. Bien, ahora cuéntame qué ha pasado para que estés en estas condiciones.

—Voy a contártelo todo, te lo prometo. Pero antes quiero presentarte a alguien —le dije con una media sonrisa.

—¿A quién? —preguntó confundido.

—Mat, te presento a mi hijo —le dije, señalando la cuna que estaba al otro lado de la cama y que él, al estar tan centrado en mí, no había visto.

—¿Tu hijo? —me preguntó, dándose la vuelta deprisa hacia la cuna—. No me jodas, esto sí que no me lo esperaba. ¿Puedo cogerlo? —preguntó acercándose a la cuna.

—Claro, mira, además está despierto.

—¡¡¡La puta hostia!!! Es igual que… —No le dejé terminar la frase, lo dije yo antes.

—Sí, es igual que Ryder. ¿Son como dos gotas de agua, verdad?

—Ya lo creo, es como estar viéndole a él, pero en miniatura. Es precioso, Luna. ¿Él está bien? —me preguntó preocupado.

—Está perfecto —dije acariciándole su pequeña cabecita.

—¿Cómo se llama?

—Elías, como su abuelo. Me pareció una buena idea cuando supe que era un niño. Aunque no sé si he hecho bien en elegir ese nombre —le dije, un poco avergonzada.

—No creo que hubieras podido elegir un nombre mejor, es perfecto.

—No sé yo si tu hermano pensará igual, pero bueno, lo hecho, hecho está —le dije encogiéndome de hombros.

—¿Por qué no me lo has dicho antes, Luna? Podría haberte acompañado al médico o podrías haber vuelto al rancho, allí hubieras estado bien.

—Sabes que eso no es posible, Mat, nunca podré volver a ese rancho. Y no te lo dije para que no te preocuparas por mí. Pero ahora las cosas han cambiado y necesito pedirte un favor enorme.

—¿Qué favor? Sabes que puedes pedirme lo que quieras, y lo digo de corazón. No creas que lo hago porque piense que te debo algo por lo que hiciste por mí… aunque también.

—Necesito que te lleves a Elías contigo y lo cuides por mí hasta que consiga poner mi vida en orden.

—¿Por qué no puedes llevártelo contigo a vivir a casa de Julia? ¿No quiere que sigas allí con el niño?

—Julia falleció hace casi dos meses, Mat —le dije, negando con la cabeza.

—¿Y dónde has estado viviendo después de que muriera? —me preguntó con el ceño fruncido, y yo aparté la mirada—. Dime, por favor, que no has estado viviendo en la calle estando embarazada, con el frío que hace. —No pude decirlo en voz alta, así que solo asentí, y a él se le llenaron los ojos de lágrimas al comprender todo lo que había tenido que pasar yo sola y embarazada.

—Por eso necesito que te lo lleves. No sé el tiempo que estaré en el hospital y, cuando salga de aquí, estaré en la misma situación hasta que encuentre trabajo. Aunque el día antes de ingresar aquí, una chica en el

parque me dijo que en un bar de la carretera necesitaban personal. Cuando me recupere, pediré trabajo allí y, cuando esté asentada, volveré a por Elías.

—¿Qué bar? —me preguntó Mat, un poco alterado.

—En el Olimpo —susurré bajito, sabiendo lo que vendría a continuación.

—¡¡¡Estás loca!!! Eso no es un bar normal, es un puto burdel, Luna.

—Lo sé, pero no tengo más remedio que ir allí. Me he recorrido la ciudad de arriba abajo y no hay trabajo, no para mí al menos —le dije con una sonrisa triste.

—No voy a permitir que te prostituyas, ¿me oyes? Cuando te den el alta te vendrás conmigo al rancho —dijo con la cara roja por el enfado.

—Mat, sabes tan bien como yo que allí no puedo volver. Solo estaré trabajando ahí hasta que encuentre otra cosa, te lo prometo.

—Joder, Luna, ¿pero cómo voy a dejar que trabajes en un sitio así? —dijo, pasándose la mano por la cara, nervioso.

—Es mi decisión, Mat. No te pido que lo entiendas, solo que lo respetes. ¿Entonces cuidarás al niño por mí hasta que esté mejor?

—Sabes que sí. Además, te ayudaré a buscar otro trabajo, porque solo de pensar lo que vas a tener que hacer me estoy poniendo malo.

—¿No lo echará del rancho cuando sepa que es mío, verdad? Es solo un bebé, Mat, él no tiene la culpa de nada. Y no quiero que acabe en una casa de acogida y pueda caer con gente como mi madre y sus amigos.

—Por supuesto que no le echará. Ryder es un cabezota, pero no es un cabrón desalmado como para dejar a un bebé en la calle. —Al oírle decir eso, suspiré aliviada.

Llamaron a la puerta y, cuando dimos paso, la misma enfermera que había traído a Elías vino a por él para llevárselo, darle de comer y llevarlo a los

nidos a dormir. Cuando estaba saliendo, entró la doctora Rodríguez. La presenté a Mat como el amigo al que había llamado para pedirle ayuda.

—Luna, ya veo que has conocido por fin a tu pequeño. Estos diez días en los nidos se ha portado superbién, no le hemos oído llorar por nada.

—¿Diez días? ¿El niño tiene diez días y le has conocido hoy? —preguntó Mat, extrañado.

—A eso puedo contestarte yo mejor —dijo la doctora—, porque Luna, los últimos diez días, ha estado sedada y no se ha enterado de nada. Por aquí lo consideran casi un milagro, porque, en el estado en el que ingresó, ninguno pensábamos que saldría viva de aquí.

Cuando Mat la oyó decir eso, se llevó las manos a la cabeza y le pidió que le explicara bien todo lo que me había pasado y en el estado en el que me encontraba en la actualidad. Su cara al escucharla era de puro dolor, al saber que prácticamente había estado muerta. Cuando la doctora se marchó, se sentó a mi lado en la cama y me abrazó muy fuerte, llorando en mi hombro.

Preguntamos a las enfermeras cuándo podría llevarse Mat a Elías, y nos dijeron que cuando quisiera, que el niño estaba perfecto. Mat me dijo que al día siguiente por la tarde vendría a por él, que por la mañana, entre él y Olivia, se encargarían de preparar una habitación y comprar todo lo necesario.

Me contó que Ryder estaba de viaje esa semana y que tardaría en volver. Mat no pensaba avisarle de nada de lo que había pasado, prefería que se lo encontrara con el panorama cuando regresara al rancho.

Sabía que Mat cuidaría de mi hijo como si fuera el suyo propio, pero me preocupaba bastante la reacción de Ryder. No creía que él y su nueva pareja estuvieran contentos teniendo al niño en casa. Intentaría recuperarme lo antes posible para poder trabajar cuanto antes y molestarles lo menos posible.

Trabajar en ese bar me daba muchísimo miedo, no sabía con qué clase de hombres me tocaría estar, pero no tendría más remedio que hacerlo si quería reunir algo de dinero para poder quedarme con mi hijo en una casa.

Nunca permitiría que mi hijo viviera en la calle y, si tenía que vender mi cuerpo para evitarlo, lo haría sin pensar. Tenía la esperanza de que alguien bueno se cruzara en mi camino y me diera la oportunidad de tener un trabajo mejor, pero hasta entonces me conformaría con lo que hubiera.

Estaba tumbada en la cama pensando todas esas cosas cuando el sueño empezó a vencerme. Las dos últimas imágenes que pasaron por mi cabeza antes de caer en los brazos de Morfeo fueron la de mi hijo y, cómo no, la de su padre.

Capítulo 27



Ryder

Apoyé la cabeza en el volante de la ranchera y solté un suspiro; estaba agotado con todo el trabajo que había tenido esa última semana. Tuve que viajar a Dallas para resolver asuntos relacionados con los compradores de ganado.

Antes de llegar a casa, mi intención fue pasarme a ver a Leslie y pasar un buen rato juntos en la cama, pero cada día que pasaba perdía un poco más el interés por ella y el sexo ya no me parecía tan bueno. No es que ella no me diera placer, porque estaría mintiendo si dijera lo contrario, pero no era a la persona a la que yo quería en mi vida y en mi cama.

Habían pasado meses desde que Luna se fue, o la eché con mis palabras, más bien. Y no había día en el que no la echara de menos, todos mis pensamientos eran para ella. Su risa, sus besos, sus caricias y la forma en que me miraba estaban presentes en mis recuerdos constantemente.

Fui un gilipollas al pensar todas esas cosas de ella. Me equivoqué tanto y le hice tanto daño que no me lo perdonaría a mí mismo en lo que me restara de vida. Todas las palabras que salieron de mi boca aquel día fueron fruto del enfado y de las dudas que me creó Camila. Había estado a punto de ir a buscarla millones de veces y pedirle perdón de rodillas, pero no creía merecerlo, así que dejé que el tiempo fuera pasando y aquí seguía, añorando a la mujer que amaba, a la que yo mismo había echado de mi vida.

Sabía por Mat y Olivia, a los que había escuchado a escondidas hablar de ella, que le iba bien en Alabama. Estaba viviendo en casa de una mujer mayor y llevaba una vida tranquila. No sabía si habría encontrado el amor que yo no supe demostrarle en brazos de otro hombre, pero tampoco quería saberlo. Solo de pensarlo se me retorcían las entrañas. Imaginar que otro la besaba y la tocaba me ponía enfermo. Que sí, que era muy hipócrita por mi parte pensar así cuando yo llevaba meses acostándome con Leslie, pero fue la única manera que encontré de intentar superarla, cosa que no había pasado, y eso hacía que mis días fueran una mierda.

Me bajé de la ranchera y cogí mi equipaje de la parte de atrás, necesitaba sentarme con mi hermano un rato en la buhardilla y bebernos una cerveza mientras charlábamos de cómo habían ido las cosas en el rancho en mi ausencia.

Cuando entré por la puerta, el llanto de un bebé llegó hasta mis oídos. Al principio pensé que eran alucinaciones mías, pero a medida que subía las escaleras hasta las habitaciones, el llanto se intensificó y me dejó claro que no me estaba volviendo loco: había un bebé en la casa.

Me acerqué a la habitación de la que salían los quejidos y abrí la puerta. La estampa que me encontré allí me dejó alucinado. Mi hermano Mat sostenía un bebé en sus brazos y lo acunaba intentando calmarlo. Me quedé apoyado en el marco de la puerta contemplando la escena, sin saber qué decir ni qué hacer.

—Hola, Ryder, bienvenido de tu viaje —me dijo Olivia, pasando por mi lado con un biberón en las manos.

—Por fin, este niño es un tragón. Vaya berridos que mete cuando tiene hambre —dijo Mat riéndose, mientras le pasaba el bebé a Olivia, que se había sentado en una mecedora y colocaba al niño entre sus brazos para poder darle el biberón.

—¿Qué está pasando aquí, Mat? ¿De dónde ha salido ese bebé? Y, lo más importante, qué hace aquí?

—Acércate para verlo de cerca y, solo con un vistazo, tus preguntas se responderán solas, hermano —me contestó con ironía.

Dejé la bolsa que cargaba al hombro en el suelo y me acerqué lentamente hasta donde estaba Olivia, sentada con el bebé en sus brazos. Cuando le vi la cara y él me miró con esos preciosos ojos violetas, iguales que los de la persona que yo más amaba en el mundo, tuve que agarrarme a la mesa que estaba a mi lado para no caerme de la impresión.

—Mat… es… es… —No me salían ni las palabras del nudo que se me puso en la garganta.

—Es tu hijo, sí. No creo que dudes de ello porque sois como dos gotas de agua, excepto por los ojos, que son como los de su madre —me dijo Mat, aclarándome algo que no hacía falta; lo había comprobado con mis propios ojos y tenía toda la razón del mundo.

—Es precioso, el niño más bonito que he visto en mi vida —añadió Olivia, besando su cabecita.

—¿Dónde está? —pregunté desesperado, a la vez que intenté caminar hacia la salida de la habitación para ir a buscarla.

—No está en el rancho, así que no te preocupes, no te molestará —me contestó Mat, y pude ver la tristeza en sus ojos al decirme eso.

—¿Por qué el bebé está en el rancho y ella no? —le pregunté, cada vez más desesperado por saber qué estaba pasando.

—Elías. Ese es el nombre que su madre le ha puesto al bebé. —Un aguijonazo me atravesó el pecho al saber que, después de todo lo que le había hecho, Luna había puesto el nombre de mi padre a nuestro hijo.

—Y contestando a tu pregunta, en el hospital. Allí es donde está Luna.

—¿Has traído al bebé desde Alabama y la has dejado allí a ella? —le pregunté enfadado.

—Nunca estuvo en Alabama, ha estado todo este tiempo en Grapevine —dijo, negando con la cabeza con pesar.

—Cuéntamelo todo, Mat, por favor —le rogué.

Empezó a contarme todo lo que sabía desde que Luna se marchó del rancho. Los meses que había estado trabajando en casa de Julia, cómo se enteró del embarazo cuando estaba de cuatro meses, la vida tranquila que llevaba hasta que la mujer falleció. Que, al no encontrar otro trabajo, había tenido que vivir en la calle. Dios mío, cuando me dijo eso me quise morir: en la calle, ella sola, con nuestro hijo en su vientre y con el frío que hacía.

Me explicó que ese había sido el motivo por el que estaba en el hospital, porque había enfermado de los pulmones al estar durmiendo a la intemperie y que había estado a punto de morir. Que todavía no estaba fuera de peligro y que la doctora le había dicho que necesitaba un buen sitio para recuperarse, porque en el estado en el que estaba, si volvía a la calle y recaía, no iban a poder hacer nada por ella y moriría antes de que acabara el invierno.

Me dijo que Luna le había llamado desesperada, pidiéndole ayuda para que cuidara de Elías hasta que ella se recuperara y pudiera encontrar un trabajo.

—¿Por qué no la has traído contigo, Mat? —le pregunté con los ojos llenos de lágrimas.

—Intenté convencerla, Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas. Pero ella no quiere oír hablar del tema.

—¿Por qué? Aquí estarían bien los dos —le dije, acariciando a mi hijo.

—No quiere venir para no molestarte ni a ti ni a tu pareja. Además, después de lo que pasó, está convencida de que no la dejarías poner un pie en este rancho y la echarías a la calle. Y no la culpo por pensar así, yo en su lugar pensaría lo mismo, después de lo que tuvo que oír salir de tu boca —me contestó, enfadado.

—¿Sabe que estoy con Leslie? —le pregunté, llevándome las manos a la cara.

—Lo sabe desde hace meses, se enteró el mismo día que le dijeron que estaba embarazada, porque te oyó llamarme para que cenara con vosotros mientras hablaba conmigo por teléfono. ¿Y sabes lo que me dijo? Que se alegraba mucho por ti, que por fin habías encontrado una buena mujer con la que formar una familia.

—Madre mía, lo que ha sufrido esa muchacha en su vida y lo que le queda —dijo Olivia, limpiándose las lágrimas que llevaban un rato saliendo de sus ojos.

—¿Sabes lo que me preguntó cuando acepté traerme a Elías conmigo? —continuó Mat, mirándome fijamente—. Me dijo: *«¿No lo echará del rancho cuando sepa que es mío, verdad? Es solo un bebé y él no tiene la culpa de nada»*. Le prometí que no le echarías y que yo cuidaría de él.

Se me cayó el alma a los pies al saber que Luna pensaba que la odiaba tanto que sería capaz de echar a mi hijo de allí solo porque ella fuera su madre.

—¿Cuándo le dan el alta? ¿Y qué tiene pensado hacer después?

—Le dan el alta esta tarde, te puedes imaginar dónde va a quedarse. Intenté darle dinero para que se quedara en una pensión, pero no hubo manera de que lo aceptara. Me dijo que bastante dinero tendría que gastarme ya en cuidar del niño como para que también tuviera que gastármelo en ella.

»Además, piensa ir esta misma tarde al sitio donde le han dicho que puede encontrar un trabajo. —Cuando Mat dijo esa última frase, retiró la mirada y supe que me estaba ocultando algo.

—¿Qué trabajo? —le pregunté, entornando los ojos.

—¿No quieres coger al niño? Ya ha terminado de comer —dijo, intentando cambiar de tema. Si pensaba que lo iba a dejar pasar, lo llevaba claro.

—Contéstame, Mat. ¿Dónde va a ir Luna a trabajar? No te lo voy a preguntar una tercera vez. —Le vi apretar los puños mientras cerraba los ojos con fuerza antes de contestarme.

—Al Olimpo —dijo muy bajito.

—¿Perdona? Creo que no te he oído bien. ¿Me estás diciendo que la madre de mi hijo y la mujer que amo va a trabajar de puta en un burdel?

—¿Has dicho «la mujer que amo»? —me preguntó alucinado.

—Dios mío, Ryder… —añadió Olivia, llevándose la mano a la boca.

—Eso he dicho, sí. Ahora contéstame —le exigí a Mat.

—Se ha recorrido la ciudad entera para buscar trabajo y no ha encontrado otra cosa. Le dije ayer que intentaría ayudarla a encontrar uno mejor. Creo que está tan desesperada que ya le da igual hacer lo que sea con tal de poder sacar al niño adelante.

»Ya te he contestado, ahora contéstame tú a esto: si la amas, ¿por qué no has ido a buscarla? ¿Sigues dudando de sus intenciones?

—Por supuesto que no. Todo lo que dije fue producto del cabreo que tenía en ese momento, pero en cuanto me calmé y lo pensé en frío, supe que estaba totalmente equivocado. No he ido a buscarla porque no creo que me merezca su perdón. Además, después de cómo la desprecié no creo que quiera saber nada de mí. Si era verdad que me amaba, ya me encargué yo solito de matar ese amor.

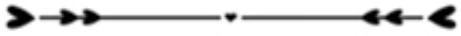
—¿Piensas dejar las cosas así, entonces? —me preguntó Mat.

—Por supuesto que no. Por encima de mi cadáver tendrá que pasar para entrar en ese sitio a trabajar. Si tengo que suplicar que me perdone, lo haré —le dije, mientras me dirigía hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —me preguntó Mat, confundido.

—A buscar a mi mujer para traerla de vuelta a casa, de donde nunca tendría que haber salido —le contesté, antes de bajar corriendo las escaleras y montarme en la camioneta para ir a buscar a Luna.

Capítulo 28



Salí del baño de la habitación del hospital en el que estaba después de darme una larga ducha y empecé a vestirme con la ropa que Mat me había traído el día anterior cuando vino a recoger a Elías. Mientras me vestía, noté mis manos temblar. No era solo debilidad física; era miedo. Miedo a lo que me esperaba fuera de esas paredes, miedo a fracasar otra vez y, sobre todo, miedo a no ser suficiente para mi hijo. Nunca imaginé sentir tanto vértigo al pensar en el futuro.

Mat también me trajo un móvil nuevo para que pudiera llamarle cuando quisiera y poder ver a mi hijo.

Cuando Mat se marchó con el niño en los brazos lloré más de lo que había llorado en toda mi vida, por tener que separarme de él. Sabía que era lo mejor, que él estaría bien lejos de mí y de lo que me iba a tocar vivir durante una temporada, pero no por eso dolía menos. La sensación de vacío en mis brazos fue tan brutal que me dejó sin aire. Jamás pensé que podría doler tanto estar separada de alguien a quien acababa de conocer.

Recogí los papeles con las recomendaciones y la medicación que tenía que seguir tomando para poder recuperarme del todo. Seguía tan débil que apenas podía caminar. Salí a la calle arrastrando los pies y apoyándome en la pared intenté avanzar poco a poco, parándome cada pocos pasos para coger aire.

En uno de esos descansos, mientras estaba apoyada en la pared, noté cómo unos brazos fuertes me agarraban por debajo de las rodillas y la espalda, levantándome en volandas. Me asusté muchísimo porque no sabía qué estaba

pasando, hasta que un olor familiar —que no había podido olvidar— llegó hasta mí y me hizo estremecerme.

Sentí el corazón golpearme el pecho con tanta fuerza que pensé que Ryder podría escucharlo. Estar tan cerca de él, después de meses imaginando este momento, me descolocó por completo. Era como volver a un lugar del que nunca quise irme.

—¿Ryder? —susurré con voz temblorosa.

—Soy yo, nena. Tranquila, te tengo —me respondió, empezando a caminar conmigo en brazos.

—¿Dónde me llevas? —pregunté confundida.

—Al rancho —dijo muy serio.

—Ryder… no puedo ir al rancho.

—¿Por qué no? Mat ha llevado allí al niño.

—Lo siento muchísimo si esta situación te está molestando, no tenía a nadie más a quien pedir ayuda. Te prometo que me lo llevaré en cuanto gane un poco de dinero. Ya me han dicho dónde puedo encontrar trabajo. En poco tiempo dejaremos de ser una molestia para ti —le dije con los ojos llenos de lágrimas.

—Joder, Luna, no llores… me mata verte así. ¿De verdad crees que tener a mi hijo en casa es una molestia para mí? Estoy encantado de que así sea. Y quiero que tú vengas también.

—Pero no puedo limpiar ni nada, Ryder. Solo seré un lastre allí. Por eso iba a esperar un poco para poder trabajar, ni siquiera me tengo en pie —murmuré avergonzada.

—Es que no quiero que limpies ni que hagas nada. Solo que te recuperes y estés al lado de nuestro hijo. Y de ese otro trabajo al que ibas a ir, ni me lo menciones. Solo de pensarlo me hierve la sangre —respondió enfadado.

—No he sido capaz de encontrar otra cosa, nadie quería darme trabajo en mi estado —añadí, tapándome la cara con las manos mientras lloraba aún más.

—Dios, Luna… ¿de verdad ibas a vender tu cuerpo para sacar adelante al niño? Debiste venir a pedir ayuda antes. Solo de pensar que has estado en la calle, y que por eso has estado a punto de morir… —En sus ojos vi un dolor desgarrador, como si se sintiera responsable.

—No quería que pensaras que quedarme embarazada había sido parte de un plan para engañarte y quedarme con tu dinero.

—Sobre eso, tú y yo tenemos una conversación pendiente. Tengo muchas cosas que decirte. Pero no lo haré hasta que estés recuperada.

—Ryder, de verdad no quiero alterar más tu vida yendo al rancho. No creo que a Leslie le guste ver allí al niño, y mucho menos a mí.

—Me importa una puta mierda lo que piense ni ella ni nadie. Quiero que estéis allí, y lo demás da igual.

—No quiero que tengas problemas con ella por mi culpa.

—No voy a tener ningún problema, te lo aseguro —dijo con firmeza.

—Está bien, tú ganas… pero en cuanto me recupere un poco, buscaré trabajo y el niño y yo nos marcharemos —al oírme, dejó escapar una risita.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Fruncí el ceño.

—Estás loca si piensas que voy a dejaros marchar —dijo entre dientes, más para sí mismo que para mí, pero aun así lo escuché… y me dejó aún más confundida por lo que podían significar esas palabras.

Llegamos a la ranchera y, sin bajarme de sus brazos, abrió la puerta y me acomodó en el asiento, incluso me puso el cinturón él mismo.

—¿Estás cómoda? ¿Tienes frío? —preguntó al sentarse a mi lado y poner el motor en marcha.

—Estoy bien, Ryder… solo cansada —respondí con una media sonrisa.

—No tardaremos en llegar, pero duerme un poco si quieres.

A través de la ventanilla, las luces de la carretera parecían borrosas. No sabía si tenía sueño o solo estaba abrumada por la idea de volver al rancho. Una parte de mí temblaba… y otra se sentía inexplicablemente en paz.

—Ryder… gracias por permitirnos estar allí —murmuré apoyando la cabeza en la ventanilla mientras el sueño empezaba a vencerme.

—Nunca debiste marcharte… ni pasar por lo que has pasado por mi culpa. Eso es algo que no me voy a perdonar en la vida. —Le oí decir, sin saber si era real o lo estaba soñando.

Entre sueños volví a notar cómo me levantaba en sus brazos, pero no pude abrir los ojos; estaba tan débil que mi cuerpo solo quería seguir durmiendo.

Abrí los ojos de golpe al oír el llanto de Elías, pero eso no podía ser. Mat se lo había llevado el día anterior y ya no estaba conmigo. Intenté incorporarme y, al reconocer la habitación, mis ojos se llenaron de lágrimas. Aquella conversación con Ryder no había sido un sueño. Estaba en el rancho. Mi corazón casi explotó de felicidad. Podría estar cerca de mi hijo mientras me recuperaba. No tendría vida suficiente para agradecerles a Mat y a Ryder todo lo que estaban haciendo por nosotros.

Salí de la cama arrastrando los pies y llegué al pasillo, completamente a oscuras, señal de que era de madrugada. Seguí el sonido del llanto de Elías. Necesitaba verlo y asegurarme de que estaba bien.

Entré en la siguiente habitación y la escena hizo que mi corazón se deshiciera dentro del pecho. En medio de la habitación, Ryder acunaba al bebé entre sus brazos y le cantaba bajito para calmarlo. Me apoyé en el marco de la puerta para observarlos, pero en uno de sus giros él me vio y frunció el ceño.

—Nena… ¿estás bien? ¿Necesitas algo? —preguntó preocupado, acercándose a mí.

—Estoy bien… me desperté un poco desorientada, no sabía dónde estaba. Y cuando oí llorar a Elías… necesitaba verlo —dije acariciando la cabecita de mi bebé.

—Ayer te quedaste dormida en el viaje y, cuando llegamos, no quise despertarte. Te subí a tu habitación y Olivia me ayudó a quitarte la ropa y meterte en la cama —me explicó. Me puse completamente roja y aparté la mirada. Él soltó una risita.

—Vamos, nena, no vi nada que no hubiera visto antes. Aunque comparto la opinión de Olivia… pareces un saco de huesos; has perdido muchísimo peso. Aunque mis niñas siguen igual de bien o mejor —dijo mirando descaradamente mis pechos y relamiéndose los labios.

—Ryder…

—Está bien, no diré nada más que te ponga roja como un tomate. —Rio bajito.

—Se ha quedado dormido —dije mirando a Elías y cambiando de conversación.

—Sí, solo quería un poco de mimos —dijo, dejándolo en la cuna y arropándolo.

—Será mejor que mañana lo mude a mi habitación. Tú tienes que trabajar y te levantas muy temprano; no puedes pasarte las noches en vela con él.

—Luna, si tengo que pasarme todas las noches sin dormir para tener a mi hijo entre mis brazos, lo haré encantado. Además, tú necesitas descansar.

No había terminado de decirlo cuando se acercó a mí en dos zancadas y me levantó en volandas, acurrucándome contra su pecho para llevarme a mi habitación.

—Ryder… puedo ir andando —murmuré, apoyando la cabeza en su pecho.

—Lo sé, pero a mí también me gusta darte mimos —me respondió, besándome la cabeza.

Me quedé paralizada. ¿Dónde estaba el hombre que había visto la última vez, aquel que me acusó de todo y me despreció como si no valiera nada? Esa duda, y muchas más, cruzaron mi mente mientras avanzaba con él por el pasillo.

Me depositó con delicadeza en la cama y levantó las sábanas para acomodarme dentro. Me arropó con cariño y volvió a besar mi frente.

—Gracias, Ryder —dije apretándole la mano.

—No me des las gracias. Si estás así es por mi culpa —respondió con tristeza.

—No me tengas lástima… y mucho menos te culpes por mi situación.

—Lástima es lo último que siento por ti, Luna. A una mujer tan valiente y luchadora como tú nadie podría tenerle lástima. Yo soy el que debería darte las gracias por volver a mi vida… y por dejarme conocer a mi hijo. Porque después de cómo te traté, sé que no merezco ni que me mires a la cara.

—No creas que te he dejado conocer al niño porque me haya pasado todo esto… pensaba llamarte en cuanto naciera. Aunque no quisieras saber nada de nosotros, tenías derecho a saberlo y decidir por ti mismo.

—Eso dice mucho de la buena persona que eres —murmuró emocionado.

—Ryder… —No supe qué más decir al verlo tan vulnerable.

—Descansa, pequeña. Ya hablaremos cuando estés mejor —dijo, saliendo de la habitación visiblemente afectado.

La mirada de tristeza que llevaba se quedó grabada en mi mente hasta que, por fin, me quedé dormida.

Capítulo 29



Abrí los ojos y el descanso de toda la tarde y la noche que había tenido me vinieron muy bien. Me encontraba más despejada, más descansada y también algo más animada, como si dentro de mí se hubiera encendido una pequeña chispa de esperanza. Me levanté con cuidado y entré en el baño para asearme. Cuando salí, abrí el armario que había en mi habitación para buscar mi maleta. Pero allí estaba toda mi ropa perfectamente colocada; seguramente la buena de Olivia lo habría ordenado todo mientras yo dormía, sin hacer ruido para no despertarme. Ese pequeño gesto me emocionó más de lo que debía.

Me puse lo más cómodo que tenía y me dirigí a la habitación de Elías para ver si seguía durmiendo. Pero cuando entré, la habitación estaba vacía. Lo más probable era que estuviera en la planta de abajo, en la cocina, con Olivia, así que, con mucho cuidado, bajé las escaleras para darles encuentro. Me sujeté al pasamanos en cada escalón, aún sorprendida de lo débil que seguía estando.

Cuando entré en la cocina, allí estaban todos. Mat y Ryder tomaban café, hablando en voz baja, y Olivia estaba dándole el biberón a mi hijo, acunándolo con una ternura que me derritió el corazón.

—Buenos días —dije un poco cortada.

—¡¡¡Luna!!! —dijo Mat levantándose de golpe, corriendo para darme un abrazo—. Me alegro tanto de que estés aquí —añadió besándome varias veces en la mejilla.

—Yo también me alegro… ni te imaginas lo que os he echado de menos —le contesté emocionada.

—Niña, ven a darme un beso —me pidió Olivia, también emocionada. Me acerqué a ella y, sin molestar a mi hijo, que bebía el biberón con muchas ganas, la abracé y besé sus mejillas, agradecida de tenerlos a todos.

Me senté en la mesa en el único sitio que había libre, justo al lado de Ryder. Él me miraba de reojo con intensidad, como si estuviera intentando reunir valor para decirme algo importante.

—Toma, unos huevos y bacón. Olivia los tenía aquí preparados para subírtelos cuando te despertaras. Tienes que comer para recuperarte cuanto antes; te has quedado tan delgada que, como venga un aire fuerte, podrías salir volando —bromeó Mat mientras me ponía el plato delante.

—Muchas gracias, Mat.

—Me voy a dar los buenos días a Miguel. Luego vendré con él para que lo conozcas —dijo Mat antes de marcharse, visiblemente feliz.

—Este niño es un bendito —comentó Olivia—. Ya se ha comido el biberón entero y se ha quedado dormido. Voy a subirlo a la cuna, allí estará más calentito.

—Gracias por cuidar de él, Olivia. En cuanto acabe de desayunar subiré con él.

—Desayuna tranquila, seguramente se echará una buena siesta —respondió antes de salir de la cocina con mi hijo en brazos, tarareándole algo bajito.

Seguí comiendo bajo la mirada de Ryder, que no dejaba de observarme. Me estaba poniendo nerviosa, así que carraspeé antes de preguntarle:

—¿Pasa algo? ¿Por qué me miras así, como si estuvieras esperando algo?

—Es que sí, estoy esperando algo —respondió sin apartar la mirada de mis ojos.

—¿El qué? —pregunté confundida.

—Mi saludo de buenos días. Eso quiero.

—No te entiendo… he dicho buenos días al entrar, Ryder.

—Pero has repartido abrazos y besos a todos, y a mí no me has dedicado ni una mirada. Sé que no soy tu persona favorita en estos momentos, pero podrías hacer un esfuerzo y darme un abrazo… realmente lo necesito, Luna.

Joder… ¿cómo le iba a negar un abrazo si me lo pedía de esa manera y con esa tristeza en la voz? Él se había equivocado en el pasado, sí, y me había tratado muy mal, pero tampoco podía culparlo del todo. Tenía motivos para desconfiar, y después de lo que Camila le había hecho, era normal que sus dudas estallaran de la peor forma posible conmigo. Y yo… yo todavía lo amaba con todo mi corazón, así que hacía tiempo que lo había perdonado.

Mientras me quedaba absorta pensando en todo eso, un movimiento suyo me devolvió al presente.

—No importa, lo entiendo perfectamente. No volveré a pedirte nada —dijo Ryder dándose la vuelta para marcharse, al ver que me había quedado inmóvil sin decir nada.

—Ryder —lo llamé.

Se detuvo en seco y se giró. En cuanto lo hizo, di los dos pasos que nos separaban y me lancé a sus brazos, abrazándolo con fuerza, aferrándome a su cuello. Al principio se quedó rígido, sorprendido, pero dos segundos después me agarró por la cintura y me devolvió el abrazo con la misma intensidad.

—Dios, Luna… cómo te he echado de menos. Nunca has salido de mis pensamientos.

—Yo también te he echado de menos… ni te imaginas cuánto —susurré acariciándole la cara.

De repente me soltó y se arrodilló frente a mí, abrazándome por la cintura. Varias lágrimas caían de sus ojos.

—Perdóname, por favor. Perdóname por todo. Todo lo que oíste aquel día… no lo pensaba de verdad. Estaba enfadado, confuso, cegado por la situación. No tenía derecho a decirte nada de aquello.

—Te perdoné ese mismo día —admití—. Entendí cómo te sentías y por qué me dijiste esas cosas. Además… en otras tenías razón. Yo nunca podría ser tu compañera de vida. Con el pasado que arrastro… lo único que haría a tu lado sería avergonzarte.

—No digas eso, joder, Luna, yo… —Iba a replicar, pero el timbre de la puerta lo interrumpió.

—Voy a terminar el desayuno para subir con el niño —murmuré antes de inclinarme y besarle la mejilla.

Una sonrisa preciosa se formó en su rostro, igual que en el mío.

Pero cuando abrió la puerta y volvió con Leslie a la cocina, la sonrisa se me borró de golpe.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó ella al verme.

—De visita —respondí recogiendo el plato de la mesa.

—¿Luna? ¿No terminas el desayuno? —preguntó Ryder preocupado.

—No me entra nada más. Voy a subir a descansar.

Salí de la cocina para subir con mi niño lo más rápido que pude y, al llegar al borde de las escaleras, tuve que detenerme para coger aire, apoyándome en la pared. Olivia, que me vio desde arriba, bajó corriendo para ayudarme.

Como estábamos tan cerca, pudimos oír perfectamente la conversación entre ellos dos en la cocina.

—¿A qué has venido, Leslie? Ya te dije anoche que teníamos una situación delicada en casa —le dijo Ryder.

—Sí, ya me he dado cuenta de cuál es la situación delicada. ¿Por qué ha vuelto? —soltó ella, llena de veneno.

—No creo que tenga que darte explicaciones de lo que pasa en mi casa. Pero, como has podido ver, está muy enferma y ha venido aquí a recuperarse.

—Bueno, para recuperarse tú no le haces falta. Así que, ahora que ya está instalada, podremos vernos esta noche.

—No voy a poder —respondió él justo cuando Elías empezó a llorar con fuerza.

Olivia y yo dejamos de escuchar lo demás porque corrimos a la habitación.

—Necesita que le cambiemos el pañal —dijo Olivia sonriendo.

—Ponlo en la cama, yo lo haré.

Estaba terminando de ponerle el pijama después de cambiarle cuando la puerta se abrió. Leslie entró, seguida de Ryder, que no traía buena cara.

—Vaya, Luna, si has venido con mochila y todo. Me encantan los niños… en cuanto lo he oído llorar y me he dado cuenta de que era un bebé, no me he podido resistir a subir a conocerlo —dijo con falsa dulzura.

Su mirada, sin embargo, era puro veneno.

Se acercó a la cama donde Elías estaba tumbado. Al verlo, su expresión cambió por completo.

—No puede negar de quién es hijo… joder, te salió redonda la jugada —escupió con sarcasmo.

Miré a Ryder suplicándole con la mirada que se la llevara. No quería discutir, no tenía fuerzas.

Él lo entendió al instante. La agarró del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—Vamos a dejarles solos. El niño necesita dormir y Luna tiene que guardar cama para recuperarse —dijo Ryder.

—Cuidaos, Luna… ya volveré a veros cuando estés mejor —sonrió ella falsamente antes de irse.

—Vamos fuera, tenemos que hablar —escuchamos que decía Ryder al bajar las escaleras.

—Se avecina tormenta —murmuró Olivia frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mareada.

—Camila estaba loca… pero esta es una celosa patológica. Me apuesto lo que quieras a que le montará tal pollo que los gritos se oirán desde aquí cuando él le diga la verdad de cómo están las cosas.

No supe a qué «verdad» se refería, pero no tuve fuerzas para preguntar.

Y no se equivocó.

Desde la habitación pudimos oír a Leslie gritar. Ryder también subió el tono un par de veces, pero diez minutos después todo quedó en silencio. Él se fue a trabajar y ella se marchó a su casa hecha una furia. El acelerón del coche dejó claro a todo el rancho cómo había terminado la discusión.

Capítulo 30



Los días fueron pasando a una velocidad increíble. Tres semanas hacía ya que Elías y yo llevábamos allí instalados. El descanso y los cuidados que recibí por parte de Olivia, que estuvo pendiente de mí en todo momento, fueron primordiales para mi recuperación. Atrás quedaron el cansancio constante y los ahogos con solo caminar unos pasos. Incluso había cogido algo de peso y ya no parecía un cadáver andante, sino una persona que empezaba a recuperar color y vida. A veces, al mirarme al espejo, me sorprendía reconocerme: no era la Luna rota y desesperada del hospital, sino alguien intentando recomponerse.

Mat y Miguel también estuvieron muy pendientes de nosotros. Ambos eran tremendamente niñeros y mi hijo se pasaba los días en brazos de uno o del otro, disfrutando de mimos, canciones inventadas y paseos por la casa. El que también vino muchas veces a vernos fue Tom, que se alegró muchísimo de tenerme de vuelta; me dijo que tanto él como Reina me habían echado de menos y que la casa parecía más apagada sin mí. Ese comentario, tonto y sencillo, me hizo estremecer. Nunca antes había tenido la sensación de que alguien podía echarme realmente de menos.

Al que apenas vimos durante esos días fue a Ryder. En el rancho estuvieron a tope de trabajo y casi no se pasó por casa. Y los pocos momentos en los que lo vi, su actitud fue distante. Me preguntaba qué tal estaba, o si el niño tenía todo lo que necesitaba, y poco más. Su voz sonaba correcta, amable incluso, pero había un espacio frío entre nosotros, como una puerta que alguien había cerrado con llave. Supuse que la bronca con Leslie por nuestra

presencia allí habría tenido mucho que ver. Y también pensé que, quizá, verme tan frágil y enferma le removía cosas que no quería enfrentar.

Todo aquello me daba mil vueltas en la cabeza. Se había portado increíblemente bien con nosotros, dejándonos quedarnos allí sin dudarlo. Era lógico que quisiera mantener las distancias para no tener problemas con Leslie; al fin y al cabo, ella era su pareja, y nosotros solo un problema que había irrumpido en su tranquila vida. Ver al hombre que amas cada día y no poder cruzar más que dos o tres frases educadas con él… era un castigo silencioso. Pero no me quedaba otra que resignarme e intentar llevarlo lo mejor posible hasta que llegara el momento de marcharnos.

—Luna, ¿estás bien? Llevo un rato llamándote y parece que no estás en este mundo —me preguntó Mat riéndose.

—Estoy bien, solo pensaba. ¿Qué quieres? —contesté sonriendo.

—Te decía que Miguel y yo vamos a ir al pueblo, que si tú o el niño necesitáis algo.

—No necesitamos nada, gracias. Ya bastante gasto hacemos en comida como para pedir más cosas —dije avergonzada.

Mat bufó como si hubiera dicho una tontería monumental.

—¿Eres tonta o qué te pasa? Sabes que estamos encantados de que estéis aquí. No queremos que os falte de nada.

Bueno… eso de que todos estaban encantados era discutible, pero lo dejé pasar.

—Anda, vete ya, no hagas esperar a Miguel. Yo voy a terminar de abrigar al niño y nos vamos a sentar un rato en el balancín del porche. Hace solecito y nos vendrá bien a los dos hacer algo distinto.

—Está bien, pero abrígate tú también, no vayas a coger frío —me dijo con tono protector.

—Sí, papá —bromeé, y él soltó una carcajada antes de salir.

Terminé de preparar a Elías y bajamos al porche, como le había dicho a Mat. Se notaba que la primavera estaba cerca porque el sol ya tenía más fuerza y solo refrescaba por las noches, cuando caían las temperaturas. El aire olía a tierra húmeda y a madera, un aroma que empezaba a resultarme familiar y reconfortante.

Cuando Olivia nos vio allí sentados, se unió a nosotros, y pasamos un buen rato charlando y riéndonos con los gorgoritos del niño. Verla tan encariñada con él me hacía sentir menos sola, menos inútil. Era la primera vez en meses que tenía un pedacito de paz.

—Voy a tender la ropa y cuando vuelva prepararé un par de tazas de té. Las saco para tomárnoslas aquí. ¿Quieres algo de comer también? —me preguntó. Estaba todo el día insistiéndome con la comida; se había propuesto engordarme y lo estaba consiguiendo.

—Solo el té, gracias. Ahora no tengo hambre. Quizás más tarde le hinque el diente a ese bizcocho tan bueno que preparaste esta mañana —contesté sonriendo.

—Está bien, ahora vuelvo —añadió entrando en la casa.

Seguí sentada en el balancín, acunando a Elías, que estaba a punto de dormirse en mis brazos. Me encantaba observarlo mientras dormía: su rostro relajado, ajeno a todos los problemas del mundo, era un pequeño milagro. A veces me sorprendía la fuerza con la que podía amar a un ser tan pequeño; él era mi ancla, mi motor y mi esperanza.

Levanté la mirada al oír una camioneta acercarse por el camino de tierra. No reconocí el vehículo de ninguno de los trabajadores del rancho, así que me pregunté quién podía venir a esas horas. La duda se resolvió cuando la camioneta se detuvo a pocos metros y de ella se bajó Leslie, moviendo el bolso con ese aire de superioridad que tanto la caracterizaba.

—Buenos días, Leslie —la saludé por educación, no por ganas.

—Vaya, ya te veo mucho mejor.

—Sí, estoy casi recuperada por completo.

—Si eso es así, ¿entonces qué estás esperando para largarte de aquí? ¿No crees que ya has abusado bastante de la hospitalidad de Ryder?

—¿Perdona? —pregunté perpleja.

—Ya va siendo hora de que tú y tu bastardo os larguéis. Ryder es demasiado bueno para decírtelo, pero está hasta los cojones de esta situación. Viniste para unos días y llevas casi un mes apalancada. Anoche mismo me dijo que estaba harto de escuchar al niño llorar y de que tú no hagas otra cosa más que pasearte sin hacer nada.

Sentí cómo se me retorcían las entrañas. De repente, todo tenía sentido: la distancia de Ryder, sus silencios, sus respuestas cortas.

—No pensé que le estuviéramos molestando tanto. No me ha dicho nada.

—Claro que no. No quiere tener otro enfrentamiento con Mat. Por eso vengo yo. Además, teníamos planeado que yo me viniera a vivir aquí. Íbamos a hacerlo cuando tú apareciste y hemos tenido que retrasarlo.

—Lo siento muchísimo… Intentaré marcharme lo antes posible —dije al borde de las lágrimas.

—No lo intentes. Hazlo. Porque la paciencia de Ryder tiene un límite y ya ha sido demasiado generoso contigo.

—Nunca quise aprovecharme de él.

—Entonces dime tú cómo llamas a esto. Os está dando cobijo, comida, hasta las medicinas te ha pagado. Y tú sin mover un dedo para cambiar nada. Cualquiera diría que eres una aprovechada. Ni siquiera has buscado trabajo. ¿Hasta cuándo pensabas seguir así?

—Empezaré a buscar trabajo hoy mismo. No te preocupes.

—Pues sí me preocupo. Ryder está de peor humor cada día por tener que verte y por escuchar al niño llorar por las noches. No descansa. Y eso afecta a su trabajo… y a nuestra relación. Está tan cansado que no puede hacerme el amor tantas veces como quisiera, y eso le frustra.

Dios… sentí que mis piernas flaqueaban.

—Lo siento… de verdad. En cuanto lo vea hablaré con él para disculparme.

—Ni se te ocurra decirle que he venido a hablar contigo. Ya te he dicho que intenta evitar enfrentamientos por culpa de Mat.

—Está bien… no diré nada.

—Haznos un favor a todos y márchate de una vez.

No pude contestar. Solo asentí, con un nudo enorme ahogándome.

—Espero no tener que volver para repetirte las cosas —añadió antes de irse.

Se subió a su camioneta y se marchó levantando polvo.

Me quedé allí temblando, abrazada a mi hijo, mientras las lágrimas caían sin control. Intenté calmarme antes de que Olivia saliera y me viera así. Tenía que pensar. Tenía que actuar.

En cuanto tomara el té con ella, subiría a mi habitación a buscar trabajo y un lugar donde quedarme. Necesitaba algo compatible con Elías, porque estaba claro que allí ya no podía quedarme.

Una enfermera del hospital me habló de unas casas de acogida para madres solteras sin recursos. Buscaría información. Y si eran seguras y dignas para mi hijo… me iría allí.

Aunque me partiera el alma marcharme de la única casa donde había sentido calor en muchos años.

Capítulo 31



Me pasé el resto de la tarde y parte de la noche buscando la información de las casas de acogida. La verdad es que no estaban nada mal. En ellas acogían a madres en mí misma situación, que no tenían recursos para tener una vivienda, tampoco tenía más familia que pudiera ayudarlas y tampoco había conseguido un trabajo.

A medida que iba leyendo más información, una angustia extraña me apretaba el pecho. Era consciente de que ese tipo de lugares estaban hechos para personas como yo, mujeres que habían tocado fondo y que aun así encontraban fuerzas para seguir adelante. Pero no pude evitar sentirme un poco derrotada. Jamás imaginé que mi vida terminaría reducida a depender de centros de ayuda y favores ajenos. A veces me preguntaba en qué momento todo se había torcido tanto y por qué parecía que cada paso que daba me alejaba más de la estabilidad que tanto anhelaba.

Miré a Elías, dormido a mi lado en la cama, con sus mejillas rosadas y su respiración tranquila. Él era la única razón por la que no me rendía. Tenía que hacer lo que fuera necesario, aunque me doliera, aunque tuviera que empezar de cero una y otra vez.

Miré en el mapa todas las ciudades donde tenían alguna casa y el mejor sitio, y al que menos me costaría llegar, era Dallas, así que me centré en esa y fue la que investigué a fondo para saber cómo se hacían las cosas. No tenía dinero para el billete hasta allí. Se lo pediría prestado a Mat como un último favor y se lo devolvería en cuanto estuviera trabajando.

Te dejaban quedarte allí por un tiempo hasta que tu vida se enderezaba, y además te ayudaban a encontrar trabajo; tenían contactos con varias agencias donde buscaban chicas para limpiar, cocinar, cuidar de niños o en fábricas. Cuando encontrabas trabajo, como no tenías quién cuidara del niño, te buscaban cerca de él la guardería más económica.

Por los testimonios que había leído en la web, la mayoría de las mujeres que habían estado allí habían decidido después compartir piso entre ellas para poder ayudarse con los niños y los gastos. Eso me pareció una idea estupenda, así me encontraría menos sola cuando saliera de allí.

No se necesitaba rellenar ningún formulario, simplemente tenías que presentarte con tu hijo allí y entonces es cuando te hacían todas las preguntas oportunas.

Me levanté más cansada de lo que me había sentido en días por la falta de sueño y los nervios que sentía en mi interior por tener que dar otra vez un cambio radical en mi vida.

Ese día lo dediqué a recoger mis cosas y las de Elías sin que Olivia o Mat se dieran cuenta. Sabía que a ellos no les molestaba como a Ryder que estuviéramos allí, y se llevarían un buen disgusto cuando me vieran irme al día siguiente, pero había llegado el momento de irnos y seguir nuestro camino. Leire tenía razón: demasiado habíamos abusado de la generosidad de Ryder.

Cada vez que guardaba una prenda de ropa o acomodaba uno de los pañales en la maleta, el corazón se me encogía un poco más. Aquella casa había sido nuestro refugio, casi un hogar improvisado, y marcharme así, a escondidas, me hacía sentir una ingrata. Me detenía a veces en medio de la habitación, respirando hondo, repasando en mi mente cada gesto bonito que Olivia, Mat y los demás habían tenido con nosotros. Ojalá las cosas fueran distintas. Ojalá no estuviera siempre huyendo de algo. Pero no quería convertirme en una carga para nadie, mucho menos para quienes me habían tratado con tanto cariño.

La noche antes de mi marcha tampoco pude dormir mucho. Entre que Elías lloró bastante y que el resto del tiempo me lo pasé pensando en todo lo que

dejaría atrás y en que nunca más vería a Ryder. Cuando amaneció tenía unas ojeras que daban miedo.

Cogí al niño con un brazo y con el otro mi maleta y bajé hasta la cocina para despedirme de todos antes de marcharme. Cuando entré, dejando antes la maleta en la puerta, allí estaban Olivia, Ryder y Mat desayunando. Cuando sintieron mi presencia los tres alzaron la mirada y el primero en hablar fue Mat frunciendo el ceño.

—¿Qué coño te ha pasado, Luna? Tienes unas ojeras y una cara de cansancio que asustan. ¿No estarás enferma otra vez, no? —dijo viniendo hacia mí para coger a Elías y tocarme la frente para comprobar si tenía fiebre.

Iba a contestarle, pero no me dio tiempo: Olivia se me adelantó y su respuesta me dejó clavada en el sitio.

—No está enferma, esas ojeras son porque no ha dormido casi nada las dos últimas noches preparando todo para marcharse. —Y yo, que pensé que nadie se había dado cuenta de mis planes, descubrí que Olivia sí lo había hecho.

—¿Qué has dicho? —preguntó Ryder, levantándose de la silla de un salto y alzando un poco la voz.

—Que se marcha de aquí, Ryder, eso he dicho —le respondió ella.

—¿Por qué? Yo pensé que estabas a gusto aquí, Luna —me dijo Mat con la voz triste.

—Y estoy muy a gusto, pero ya estoy bien y esto ha durado demasiado. No puedo seguir aquí alterando más vuestras vidas —dije de reojo, mirando a Ryder.

—Se va porque os quiere —añadió Olivia.

—No entiendo nada. ¿Que se va porque nos quiere? ¿Por qué dices eso, Olivia? —preguntó Mat cada vez más confundido.

—Olivia… —le rogué para que no siguiera hablando.

—Lo siento, Luna, pero no me pienso callar. Creo que todo no es lo que parece y esa mujer te mintió —dijo negando con la cabeza.

—Nos oíste… —le dije, porque por sus palabras comprendí que había escuchado toda mi conversación con Leslie.

—Habla, Olivia, por favor —le pidió Ryder.

—Antes de ayer vino Leslie y habló con Luna en el porche. Le dijo unas cosas que creo que no son verdad.

—No lo hagas, Olivia. No quiero que se enfrenten por mi culpa —supliqué con lágrimas en los ojos.

—Tranquila, no lo harán. Chicos, sentaos. Os contaré todo lo que le dijo a Luna y sabréis por qué quiere irse. Y si es verdad, yo misma te acompañaré a la estación para que te marches, ¿de acuerdo? —añadió apretando mi mano para darme ánimos.

Los tres nos sentamos en silencio y ella empezó a contar toda la conversación con pelos y señales. Lo primero que dijo fue que no había sido su intención escuchar detrás de la puerta, pero que ahora se alegraba de haberlo hecho.

Ella les contó todo. Cómo Leslie había venido al porche. Cómo me había hablado. Cómo me había humillado llamando bastardo a Elías, diciendo que Ryder estaba harto de nosotros y que le arruinábamos los planes. Cómo me acusó de aprovechada y de mantenerme allí a costa de ellos. Cómo me prohibió incluso disculparme. Y la parte más dolorosa: que Ryder estaba tan cansado por culpa del niño que no podía satisfacerla como ella quería.

—¿Todo eso es verdad, Ryder? Porque si es así, podías haber hablado conmigo y yo mismo me los habría llevado a otro sitio. No hacía falta que Leslie viniera a echar a Luna —le dijo Mat muy afectado.

—Esto era precisamente lo que quería evitar. Mat, por favor, no te enfades con él. Tiene todo el derecho del mundo a vivir en paz con su mujer, y nosotros es verdad que hemos invadido la casa y estamos molestando

demasiado. ¿Puedes llevarnos a la estación? —le dije a Mat, retorciéndome las manos por los nervios y conteniendo las lágrimas.

—¿Y dónde se supone que vas a ir? —preguntó Olivia.

Les conté, resumiendo, todo lo que había mirado de las casas de acogida, cómo funcionaban y en cuál había decidido quedarme por ser la más cercana. Mientras hablaba, miré a Ryder de reojo y me dio hasta miedo: parecía que estaba a punto de explotar. Y así fue cuando terminé.

—¡¡¡Suficiente!!! —estalló Ryder furioso, dando un golpe encima de la mesa que nos hizo dar un salto.

—Mat, vámonos, te lo ruego —susurré al ver a Ryder tan alterado.

—De aquí no se mueve nadie hasta que vuelva. ¿He sido claro? —dijo mirándome directamente.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó Mat, alucinando por su arranque.

—A decirle a esa zorra que no vuelva a acercarse a mi mujer y a mi hijo en su puta vida. Son lo que más amo, y ni ella ni nadie los va a separar de mí jamás —respondió Ryder.

El silencio que siguió a sus gritos fue tan intenso que me zumbaban los oídos. Sentí un vuelco en el estómago al escucharlo llamarme «mi mujer» sin una sola duda, con una seguridad que me dejó sin respiración. No sabía si quería llorar o abrazarlo hasta que toda esa rabia se deshiciera entre mis brazos. Y aun así, una parte de mí tenía miedo: miedo de creer, miedo de ilusionarme, miedo de que todo fuera demasiado bonito para durar. Pero cuando levanté la mirada y vi en sus ojos esa furia protectora, entendí que no era un arrebato ni un impulso. Ryder realmente lucharía por nosotros.

—¿Entonces todo lo que dijo era mentira? —preguntó Olivia con una media sonrisa, orgullosa de haber acertado.

—Claro que son burdas mentiras. El último día que la vi fue cuando discutimos aquí, en la puerta, y le dije que lo nuestro se había acabado y que no quería verla más.

Al oír eso ya no pude contenerme. Las lágrimas se escaparon de golpe, y me llevé las manos al rostro para esconderlas.

Había tanta sinceridad en sus palabras, tanto dolor, que no dudé ni por un momento de que decía la verdad. Leslie me había mentido para alejarme de allí e intentar recuperar lo que fuera que tuviera con él.

—Ve a ponerle las cosas claras, porque como me la cruce yo la voy a llamar de todo menos guapa —añadió Mat, enfadadísimo.

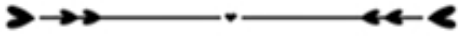
Antes de marcharse, Ryder se acercó a mí, me puso de pie y me envolvió entre sus brazos. Acercó su boca a mi oído y me susurró:

—No llores. Sabes que me mata verte así. No te vayas, por favor. Cuando vuelva quiero decirte todo lo que siento.

Me separé un poco para mirarlo y asentí. Antes de soltarme para marcharse, dejó un suave beso en mis labios que me dejó sin aliento.

Y entonces salió por la puerta.

Capítulo 32



Se hizo el silencio en la cocina cuando Ryder se marchó a toda prisa; lo único que se oía eran los gorgoritos que hacía Elías en los brazos de Mat, donde estaba de lo más a gusto. Al final fue Olivia la que decidió hablar primero.

—Menos mal que todo ha salido a la luz —dijo soltando un suspiro.

—Valiente hija de puta. ¿Cómo fue capaz de venir aquí a soltar todas esas mentiras? —soltó Mat, todavía muy enfadado.

—Los celos son muy malos, hijo, y Leslie siempre ha sabido que Ryder sentía algo por Luna. Por eso con ella nunca ha tenido una relación de pareja —dijo Olivia.

Cuando la escuché, me quedé alucinada.

—¿No tenían una relación? —les pregunté a los dos.

—Eran amigos y se acostaban de vez en cuando. Eso no es una relación, es un entretenimiento. Ryder nunca ha querido nada más con ella. Pero Leslie se ha montado su propia película en la cabeza y supongo que pensó que al final lo conseguiría —me explicó Mat.

—Lo mismo si yo no hubiera aparecido… —susurré.

—Aunque tú no hubieras vuelto, eso jamás habría pasado. Ryder nunca ha estado enamorado de ella. Pero eso ya te lo explicará él cuando vuelva.

—Tampoco de mí… —añadí apretando los labios.

Al decir eso, Olivia y Mat se miraron y se echaron a reír a la vez.

—¿De qué os reís? No veo dónde está la gracia —les dije apretando los dientes.

—Ay, pequeña… creo que no estás preparada para lo que se te viene encima. Vas a alucinar en colores —se burló Mat sin parar de reír.

—Déjala, Mat. Ha pasado por mucho y es normal que no lo vea —añadió Olivia dándole un empujoncito.

—Creo que Elías tiene hambre, no deja de chuparse la mano. ¿Le preparas un biberón, por favor, Olivia? —pidió Mat.

—Puedo hacerlo yo.

—Tú siéntate y desayuna. Cuando vuelva Ryder vais a tener una larga charla y no quiero que estés tantas horas sin comer —insistió Olivia. Aunque ya casi estaba recuperada, seguía pendiente de lo que comía o dejaba de comer; me trataba como a una hija y eso me emocionaba muchísimo.

Nos quedamos allí los tres en la cocina: Mat dándole el biberón a Elías, yo desayunando el plato rebosante de comida que me había puesto Olivia y ella preparando un guiso para el almuerzo.

Una hora después, como Ryder no había vuelto, Mat se fue a trabajar y yo subí a la habitación a acostar al niño en la cuna. Me senté a su lado a contemplarlo dormir mientras mi mente daba vueltas una y otra vez a todo lo que había pasado.

—Luna —susurró Ryder tocándome el hombro con cuidado para no asustarme.

—No te he oído entrar… Estaba pensando mientras miraba a nuestro hijo dormir.

—Tienes que estar muy cansada. ¿Por qué no te acuestas un rato? Nuestra charla puede esperar un poco más —dijo acariciándome el pelo.

—No podría dormir aunque quisiera… estoy demasiado nerviosa. Es mejor que hablemos cuanto antes —respondí ansiosa por saber qué era lo que tenía que decirme.

—Vamos a la buhardilla, allí estaremos más tranquilos. Le he dicho a Olivia que esté pendiente de Elías —dijo agarrándome de la mano para que lo siguiera.

Subimos y, al cruzar la puerta, muchos recuerdos de todo lo que habíamos vivido allí me golpearon de una vez. Desde que volví, no había subido porque sabía que me pasaría justo eso.

—Estás recordando todo lo que pasó aquí dentro, ¿verdad? —preguntó Ryder sonriendo, y mis mejillas se encendieron de vergüenza por haber adivinado lo que pensaba—. A mí me pasa lo mismo cada vez que entro. Aunque también recuerdo lo de la cascada… y mi habitación —añadió guiñándome un ojo.

Tiró de mi mano y nos sentamos juntos en el sofá, de medio lado, mirándonos de frente.

—Luna, lo primero que quiero hacer es pedirte perdón por todas las lágrimas que han salido de tus ojos por mi culpa.

—Ya te dije que te perdoné hace mucho tiempo y que entendía por qué dijiste todas esas cosas. ¿Podemos olvidar aquello de una vez, por favor?

—Vale… Lo segundo que quiero saber es: ¿estás bien aquí? Me refiero a en esta casa.

—Como yo esté da igual, Ryder. La pregunta importante es si tú quieres que nos quedemos. Pero, si quieres saberlo, sí: estoy muy bien.

—Lo que yo quiero es que os quedéis para siempre. Y si puede ser, que algún día me des una oportunidad para demostrarte cuánto te amo. Sé que en el pasado me amabas, y espero conseguir que vuelvas a hacerlo… aunque no lo merezca.

—¿Me amas? —pregunté, alucinada.

—Más que a mi propia vida. Me enamoré de ti desde el primer momento en que te vi. Pero tardé en darme cuenta y, cuando lo supe, ya era tarde. Te hice daño y te eché de mi vida. No imaginas cuántas veces me senté en la camioneta dispuesto a ir a buscarte… pero fui un cobarde y pensé que no te merecía.

—Ryder…

—No digas nada. Solo piénsalo, ¿vale? Te esperaré toda la vida si hace falta —susurró bajando la mirada.

—Si me amas… ¿por qué has estado tan distante desde que volví? ¿Por qué me has evitado? —pregunté, porque aquello me había reconcomido durante días.

—Porque te amo y te deseo con la misma intensidad. Y estar cerca de ti sin poder besarte o tocarte ha sido una tortura para mí —confesó negando con la cabeza.

Oírle decir aquello, ver la tristeza en sus ojos y pensar que él creía que yo no lo quería… me rompió por dentro. Las lágrimas me nublaron la vista.

No había nada que pensar. Ya habíamos perdido demasiado tiempo.

Dicen que un gesto vale más que mil palabras, así que me incliné hacia él, agarré su cara con mis manos y lo besé.

Al principio se quedó paralizado, sorprendido, pero enseguida reaccionó y me devolvió el beso con una pasión que me dejó sin aire. Solo nos separamos cuando a los dos nos empezó a faltar el aliento.

Me sujetó por la nuca y apoyó su frente en la mía.

—Luna… te amo tanto…

—Ryder, yo también te amo. Nunca he dejado de hacerlo.

—Dios mío… —susurró con la voz tomada por la emoción. Me separé un poco para mirarlo y vi cómo también él lloraba de felicidad.

—Bésame otra vez —le pedí limpiándole las lágrimas.

—Voy a hacer más que eso —respondió antes de tomar mis labios con los suyos.

Sin dejar de besarme, empezó a quitarme la ropa despacio, como si quisiera disfrutar de cada segundo, acariciando cada parte de mi piel. Cuando me tuvo completamente desnuda, me tumbó en el sofá y bajó lentamente por mi cuello, mi clavícula, hasta mis pechos. Se detuvo, alzó la cabeza y con una sonrisa traviesa dijo:

—Ay, mis niñas… cómo os he echado de menos. He soñado con vosotras tantas veces…

No pude evitar soltar una carcajada.

Carcajada que se convirtió en un jadeo cuando empezó a succionar mis pezones con devoción, como si realmente los hubiera añorado.

Cuando descendió entre mis piernas, me devoró sin piedad hasta que me corrí en su boca.

—Umm… mi sabor favorito —murmuró mientras seguía lamiéndome hasta dejarme temblando.

—Te necesito dentro de mí, Ryder… —rogué, tirando de él para besarlo mientras le desabrochaba la camisa.

—Yo también, nena… —susurró quitándose el resto de la ropa.

Cuando lo vi desnudo, me quedé sin palabras: en su pecho tenía tatuadas todas las fases de la luna en vertical, y la luna llena —la más grande— justo

encima de su corazón.

—Ryder… es precioso…

Pasé mis dedos por el tatuaje, deteniéndome en la luna llena y sintiendo debajo los latidos acelerados de su corazón.

—Me lo hice cuando te marchaste. Esta eres tú. La que eclipsó mi corazón… y a la que llevaré dentro de él hasta el día que me muera.

No pude aguantar más: lo besé con urgencia mientras él se acomodaba encima de mí.

Rozó mi centro con su miembro, lento, provocador… y solo hizo falta eso para que un segundo orgasmo me recorriese entera.

Después se introdujo en mí despacio, saliendo igual de lento, haciéndome buscarlo con las caderas cada vez que se apartaba.

—Nena… no aguanto más. ¿Juntos?

—Juntos… —susurré antes de que los dos explotáramos al mismo tiempo en un orgasmo brutal.

—Porque todavía te estás recuperando… si no, te bajaba ahora mismo a mi cama y no te dejaba salir hasta mañana —bromeó sin dejar de sonreír.

—Lo de bajar a tu cama ya lo hablaremos luego. De momento creo que… voy a desayunarte, aunque la hora haya pasado —dije mientras me incorporaba.

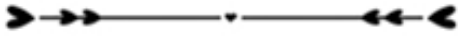
Me miró con una ceja alzada… y soltó un gruñido ronco cuando empecé a besarle el pecho, descendiendo despacio por su abdomen hasta llegar a su miembro. Lo lamí… y Ryder dejó escapar un gemido profundo, casi salvaje.

—Dios, Luna… —Jadeó inclinando la cabeza hacia atrás— como sigas así… no voy a poder contenerme…

Sonreí contra su piel antes de tomarlo por completo en mi boca.

Y Ryder perdió el control.

Capítulo 33



Abrí los ojos despacio cuando escuché cómo se abría la puerta y unos pasos sigilosos se acercaban hasta la cama. Me incorporé un poco para ver qué estaba pasando.

Ryder acababa de entrar en la habitación con una bandeja en las manos en la que llevaba un desayuno completo para dos que olía de maravilla. En ese momento mis tripas rugieron y él se giró hacia mí sonriendo.

—¿Tienes un león ahí dentro, cariño? —me preguntó mientras apoyaba la bandeja a mi lado en la cama.

—Tengo un poco de hambre, cierto vaquero me ha tenido toda la noche haciendo ejercicio y necesito reponer fuerzas —le contesté guiñándole un ojo.

—No te oí quejarte del ejercicio en ningún momento. Es más, creo recordar que en varias ocasiones me pediste más y más —añadió con una sonrisa pícara.

—Claro que no me quejé, ni me quejaré nunca. Todo lo que me haces me parece delicioso.

—Tú sí que eres deliciosa —dijo besando mis labios.

Solo con ese beso ya estaba encendida y el jadeo que se escapó de mi boca fue buena prueba de ello.

—Ni hablar, primero desayuna y, después, si quieres, te haré el amor todo lo que quieras. Pero no pienso arriesgarme a que vuelvas a enfermar por no comer en condiciones —dijo con firmeza.

No estaba acostumbrada a esas muestras de cariño y preocupación por su parte. Esta era una parte de él que acababa de conocer y no podía estar más encantada. Saber que me amaba y que quería cuidarme me llenaba el corazón de gozo.

—Está bien, vamos a desayunar. Pero antes voy a ver a Elías —dije intentando levantarme de la cama, pero él empujó suavemente mi hombro para que volviera a sentarme, impidiéndome levantarme.

—El niño está dormido. He pasado a verle antes de venir aquí y tardará un rato en despertarse, así que ya irás luego a verle —asentí con la cabeza y me acomodé mejor en la cama para empezar a desayunar.

Compartimos el desayuno entre risas y besos y, cuando terminamos, Ryder quitó la bandeja de la cama y se lanzó a mis labios para besarme con pasión. Minutos después se separó de mi boca y se incorporó un poco para alargar la mano y buscar algo en la mesilla.

—Date la vuelta, por favor. —Le miré extrañada, pero accedí a su petición.

Me arrodillé en la cama dándole la espalda y esperé su siguiente movimiento. Se colocó detrás de mí y me retiró el pelo hacia un lado, dejando mi cuello despejado. Dos segundos después noté cómo la cadena de un colgante se deslizaba por mi garganta y bajé la mirada para ver qué era. Cuando vi que era el colgante de la media luna que me regaló meses atrás, el mismo que yo le dejé junto a mi nota de despedida el día que me marché, mis ojos se llenaron de lágrimas por la emoción al saber que lo había guardado todo este tiempo.

—No lo tiraste… —susurré acariciando el colgante.

—Por supuesto que no, tenía la esperanza de que algún día volvería al lugar al que pertenece —me contestó y noté por su voz que estaba igual de emocionado que yo.

—Gracias, nunca más volveré a quitármelo —dije dándome la vuelta para besarle.

—Eres mía, Luna. Dímelo, necesito oírtelo decir para saber que esto no es un sueño.

—Soy tuya, siempre lo he sido.

—Yo también soy tuyo, para siempre.

Ya no hubo más palabras, tampoco nos hicieron falta. Nuestros cuerpos nos ayudaron a demostrarnos el uno al otro cuánto nos amábamos. Primero en la cama y después en la ducha, de la que salimos con una sonrisa en la cara y una mirada cómplice, sabiendo los dos que esto solo sería el principio del resto de nuestra vida juntos.

No habíamos hablado de lo que haríamos a partir de ese momento, pero tampoco hizo falta: estando juntos, lo demás vendría solo.

Bajamos a la cocina cogidos de la mano y riéndonos, mientras caía algún beso y alguna caricia por parte de ambos.

La sonrisa que pusieron Olivia y Mat cuando nos vieron entrar así era digna de enmarcar. Se les notó que estaban igual de felices que nosotros por vernos juntos.

—Vaya, vaya, qué tenemos aquí, si es la parejita feliz y ruidosa —dijo Mat riéndose, lo que me hizo ruborizarme de pies a cabeza cuando entendí por qué decía lo de ruidosa.

—Mat, deja de decir esas cosas y avergonzar a mi mujer —contestó Ryder riéndose también.

—Sois unos capullos los dos, que lo sepáis —les dije poniendo un mohín con los labios. Al verme hacer eso, se miraron y se echaron a reír más fuerte.

—¿Tu mujer dices? Pues yo no veo un anillo en su dedo, hermano.

—Pronto lo habrá —respondió Ryder con seguridad, y eso hizo que el corazón me diera un vuelco.

—Pues no tardes mucho en ponérselo, porque con el ritmo que lleváis tenéis otro hijo antes —añadió Mat levantando las cejas de forma insinuante hacia Ryder.

—La leche, deja de meterte con ellos, Mat. Ni que tú fueras a casa de Miguel todas las noches a jugar al parchís —dijo Olivia.

—Hombre, jugar no jugamos. Ahora, comer…

—No termines esa frase, jovencito, o te doy una colleja que te pongo el pescuezo tan rojo como la cara de Luna —le advirtió Olivia, y los cuatro soltamos una carcajada.

—Vale, ya paro. Además, quiero daros una noticia —nos dijo Mat poniéndose serio.

—Joder, espero que sea algo bueno. No queremos más cosas malas. Con todas las que hemos tenido el último año, creo que hemos cumplido para toda una vida. Menos mal que las buenas han compensado de sobra —dijo Ryder mirándome a los ojos para que supiera que entre las cosas buenas estábamos nuestro hijo y yo. Aunque también vi un rasgo de tristeza y supe que era porque se estaba acordando de su padre y de todo lo que les hizo pasar Camila.

—Creo que sí es algo bueno, al menos para mí. Me marcho de aquí —anunció Mat, y Olivia, Ryder y yo nos miramos confundidos, pero también con miedo por lo que eso podría significar.

—¿Te marchas de dónde? ¿De la casa, del rancho, del país? Habla, joder, que me estoy poniendo muy nervioso —le pidió Ryder.

Después de todo lo que habían pasado y el tiempo que estuvieron separados, supe que los nervios a los que se refería Ryder venían de que no quería volver a perder a su hermano. Si le decía que se iba del rancho, le daría un gran disgusto.

—Tranquilo, que vas a seguir aguantándome. Me voy a mudar a la casa del capataz con Miguel. Lo hemos hablado y creemos que es lo mejor. Además, vosotros estáis empezando a formar una familia y considero que es lo adecuado para todos —al oírle decir que se instalaba solo unos metros más allá, los tres soltamos el aire que estábamos conteniendo. Ninguno quería tenerle lejos.

—Si queréis vivir juntos, Miguel puede venirse aquí también. Sabéis que las puertas de esta casa están abiertas para él. Este lugar es de los dos, Mat, y no quiero que te marches pensando que estorbas en esta familia. Me cabrearía mucho descubrir que te sientes así.

—No, no, nada más lejos de la realidad. Me voy allí porque creo que es lo mejor. Cada uno debe seguir su camino y ese es el mío. Además, vosotros necesitáis intimidad y nosotros también. A mí me gusta pasearme en pelotas después de… Y, aunque Luna me ha visto en ropa interior muchas veces, igual que yo a ella, no creo que sea plan de que me vea sin ella.

—Creo que no te he oído bien, o puede que me lo esté imaginando, pero… ¿has dicho que mi mujer te ha visto en ropa interior y tú a ella también? —preguntó Ryder.

—Joder, de todo lo que he dicho solo te has quedado con eso —añadió Mat riéndose, lo que hizo que Ryder empezara a mirarle mal.

Decidí intervenir porque Mat era un picón al que le encantaba mosquear a Ryder.

—Vivimos juntos, ¿recuerdas? Vamos, Ryder, es algo que no tiene importancia. Eso pasó hace mucho. Además, ni aunque me hubiera visto desnuda se habría fijado en mí, y yo tampoco me fijé nunca en él. Siempre lo he visto como a un hermano. En el único que me he fijado cuando está en ropa interior ha sido en ti, ya lo sabes.

—Y así va a seguir siendo. No quiero que tengas que ver a ningún hombre de esa manera nunca más, por muy hermano mío que sea. Y a ti ni nuestros hijos ni nadie va a verte con poca ropa nunca más. Eso solo lo voy a disfrutar yo —sentenció muy serio.

Me acerqué hasta él y, agarrándole por la cintura, me alcé de puntillas y acerqué mi boca a su oído.

—Las niñas son solo tuyas. Me encanta cómo las besas y las lames, al igual que haces con el resto de mi cuerpo. Y ningún hombre jamás las ha visto ni las verá, son solo para ti. Ahora céntrate y dale la enhorabuena a tu hermano por querer irse a vivir con el hombre de su vida.

»Si lo haces bien, esta noche, de premio, te dejo explorar cierto sitio en el que sé que estás deseando entrar, ese que está al final de mi espalda. —Me separé de él para mirarle a los ojos y vi cómo sus pupilas se dilataban solo de pensarlo.

Volvió la cabeza hacia Mat y le dijo:

—Si es lo que quieres para disfrutar del amor que Miguel y tú os tenéis, me parece una idea excelente. Aunque quiero que sepas que esta siempre será tu casa. Me alegro mucho por ti, hermano —añadió separándose de mí para darle un abrazo.

—Me alegro mucho por los dos, Mat —dije yo, abrazándolo también.

Cuando le llegó el turno a Olivia de felicitar a Mat, le abrazó y empezó a darle consejos como haría una madre. Ryder volvió a acercarse a mí y hundió su cabeza en mi cuello para dejarme un beso antes de susurrar:

—¿Lo he hecho bien? ¿Me he ganado el premio, verdad?

Sabía de sobra que lo que le dijo a Mat se lo había dicho de corazón, porque le adoraba; lo del premio solo era una manera de hacer el momento un poco menos tenso, al saber que ya no tendría a su hermano todo el día rondando por la casa.

—Lo has hecho de maravilla, te has ganado ese premio y todos los que tú quieras el resto de nuestras vidas —le dije besándole.

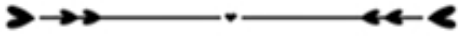
—Ya estoy duro solo con imaginármelo. Esta noche te voy a dar tanto placer que te van a oír gritar en todo el rancho —me dijo devolviéndome el beso.

Aun así, mientras Ryder seguía besándome el cuello con esa intensidad que me dejaba sin aliento, no pude evitar pensar en todo lo que habíamos vivido para llegar hasta ese momento. Era increíble mirar atrás y ver la diferencia: el miedo, la incertidumbre, las noches sin dormir, las lágrimas, las discusiones… y ahora, allí estaba él, abrazándome como si temiera que desapareciera de sus brazos.

Me apoyé en su pecho y respiré hondo, dejando que el ritmo firme de sus latidos me tranquilizara. Olivia no dejaba de mirar de reojo y sonreír como si fuera testigo de un milagro. Mat, por su parte, no paraba de soltar bromas, pero aun así pude notar el brillo en sus ojos, esa mezcla de alegría y alivio por vernos por fin en paz.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que pertenecía a un lugar. No como una huésped, ni como un problema que resolver, sino como parte de una familia que me aceptaba y me quería tal cual era. Ryder me rodeó la cintura con un gesto natural, casi inconsciente, como si hacerlo fuera lo más lógico del mundo. Y por fin lo entendí: este era mi sitio. Aquí. Con ellos. Con él.

Capítulo 34



Una semana después de aquella conversación en la cocina, en la que Mat nos anunció que se mudaba, por fin se instaló en la casa del capataz con su querido Miguel. Entre Olivia y yo le habíamos ayudado a empaquetar toda su ropa y las cosas personales que quiso llevarse. La vivienda estaba bastante bien y era muy amplia.

Cuando Elías mandó construirla, lo hizo con la idea de que pudiera vivir una familia entera, así que tenía tres dormitorios, dos baños, un salón grande y una cocina perfectamente equipada. Más que suficiente para ellos dos y también lo sería si, en un futuro, decidían aumentar la familia adoptando algún niño. Estaba convencida de que eso acabaría sucediendo, porque ambos eran muy niñeros, solo había que ver cómo se comportaban con mi pequeño, por el que sentían auténtica adoración.

A veces los observaba desde la distancia, cuando creían que yo no miraba, y me enternecían hasta las lágrimas. Miguel se inventaba canciones absurdas para que Elías riera, mientras Mat lo sostenía como si fuera el tesoro más frágil del mundo. Verlos así me hacía sentir una calidez especial, como si, además de una familia con Ryder, también hubiera encontrado otra inesperada: la familia que uno elige, la que te abraza sin pedir explicaciones.

—Esta es la última caja que quedaba por colocar. Joder, no sabía que se podían acumular tantas cosas a lo largo de los años —dijo Mat con un suspiro, dejándose caer en la silla de la cocina.

—Anda, no te quejes tanto, que gracias a Olivia y a mí has tardado la mitad —le respondí revolviéndole el pelo.

—Menos mal que me habéis ayudado. Si no, creo que habrían pasado meses antes de que pudiera ordenar todo. Miguel me dijo, el día que vio todas las cajas, que si venía yo solo o venían diez personas conmigo.

—Sois dos exagerados de primera —añadí riéndome.

—¿Quieres una cerveza? Creo que nos la hemos ganado por el *trabajazo* que hemos hecho.

—Sí, la verdad es que me apetece. No me tomo una desde la otra vez que estuve aquí. Entre el embarazo y después toda la medicación que tuve que tomar, hace meses que no pruebo el alcohol.

—Joder, acabo de acordarme de que ayer fuiste al médico para revisar tus pulmones. Con la jodida mudanza se me ha olvidado preguntarte. ¿Ya estás totalmente recuperada? —preguntó con cierto rubor por haberse olvidado.

—No pasa nada, Mat. Sé que te preocupas por mí. Y contestando a tu pregunta, sí, estoy totalmente recuperada. El médico quedó muy conforme cuando me auscultó y vio que mis pulmones estaban limpios. Ryder salió de la consulta más contento incluso que yo.

—Te ama muchísimo, Luna. Le costó reconocerlo, pero te aseguro que todos esos meses que estuviste fuera de su vida no dejó de pensarte ni un segundo. Intentó olvidarte con… ya sabes quién, pero a la vista está que no lo consiguió.

—Yo también le amo más que a mi vida. Todavía no me creo que estemos juntos. Hay veces que tengo miedo de que esto sea un sueño y me despierte en cualquier momento.

Había noches en las que me despertaba sobresaltada, con el corazón acelerado, temiendo estar en la calle, totalmente sola. Entonces Ryder me rodeaba con sus brazos dormidos, como si me buscara instintivamente incluso en sueños, y todo mi miedo desaparecía. Sentía su respiración en mi cuello, su

pecho subiendo y bajando contra mi espalda, y me repetía que estaba allí, que no iba a perderlo otra vez.

—No lo es. Estoy muy feliz por vosotros. Aquel día que te enseñé su foto en tu casa de Tucson pensé que haríais buena pareja, y mira, no me equivoqué. Se nota que hacéis muy buen equipo.

—¿Así es como trabajáis, charlando y bebiendo cervezas? —dijo Ryder desde la puerta, riéndose al vernos a los dos con la botella en la mano, tirados en el sofá.

—Estamos en el momento de relax. Colocar todas las cosas es peor que diez horas seguidas en los campos con las reses —respondió Mat, resoplando.

—No le hagas ni caso, amor, que es un exagerado de cuidado —añadí yo.

—Espero que no le hayas dejado todo el trabajo a mi mujer y tú solo hayas estado quejándote. La necesito entera esta noche.

—Ryder… cállate, por Dios —le dije frunciendo el ceño, sintiendo cómo mis mejillas ardían. Los dos estallaron en carcajadas al verme.

—No te enfades, cariño. Era una broma… bueno, no del todo —añadió Ryder, acercándose a mí. Me agarró de la cintura y me atrajo hacia él para besarme de tal manera que pude intuir perfectamente lo que me esperaba esa noche.

—Iros a casa, joder, que al final veo que profanáis la mía. —Bufó Mat.

—Sí, nos vamos. Tengo planes para nosotros —dijo Ryder, guiñándole un ojo a su hermano con una complicidad sospechosa.

Me dio la impresión de que se traían algo entre manos, pero no quise preguntar. Con esos dos, mejor no saberlo.

—Vamos, anda —le dije cogiéndole de la mano—. Tu hijo estará a punto de pedir un biberón y ya sabes los berridos que pega cuando tiene hambre.

—Le he pedido a Olivia que se encargue de él hoy. Esta noche es solo para nosotros. Quiero enseñarte algo. Vamos.

Nos despedimos de Mat y regresamos a la casa del rancho cogidos de la mano. ¿Qué sería lo que quería enseñarme? La curiosidad me estaba matando y, antes de entrar, no pude aguantar más.

—¿Qué quieres enseñarme?

—No seas impaciente —respondió, divertido.

—Ryder… —le dije poniendo morritos.

—Solo faltan unos minutos, pero antes espera, tengo que ponerte algo —añadió sacando un pañuelo de seda del bolsillo trasero del pantalón.

Me pidió que me diera la vuelta para cubrirme los ojos. Mientras me ataba el pañuelo sobre los ojos, noté cómo sus dedos temblaban apenas un poco. Aquello me desconcertó: Ryder nunca temblaba. Era fuerte, seguro, decidido… pero ese pequeño temblor hablaba de nervios, de esperanza, de miedo. Y me dio ternura pensar que, detrás de toda esa coraza de vaquero duro, su corazón seguía siendo tan vulnerable como el mío.

Tras comprobar que no veía nada, me cargó en brazos. Solía hacerlo muy a menudo, le encantaba, y yo tampoco me quejaba: me hacía sentir protegida y adorada, con la cabeza apoyada en su pecho.

Subió las escaleras y enseguida supe que nos dirigíamos a la buhardilla porque habían sido dos tramos completos. Abrió la puerta y avanzó hacia el centro de la habitación. Me bajó despacio y me giró, dejando la puerta a nuestra espalda. Apartó mi pelo hacia un lado y dejó un rastro de pequeños besos en mi cuello antes de susurrar:

—¿Estás preparada?

No dije nada. Solo asentí. Tenía un nudo en la garganta y una sensación en el pecho que me decía que algo grande estaba a punto de pasar.

Me quitó el pañuelo y, cuando abrí los ojos, me quedé maravillada. La buhardilla estaba en penumbra, iluminada solo por decenas de velas que formaban pequeños caminos de luz. Una música suave llenaba el ambiente, convirtiéndolo todo en un escenario cálido y romántico.

Me llevé las manos a la boca, completamente emocionada por todo lo que había preparado. Me giré para decírselo y, al hacerlo, me quedé paralizada.

Ryder estaba arrodillado frente a mí, sonriendo, sosteniendo en su mano una cajita abierta con un anillo dentro. Antes de hablar, tomó aire sin apartar sus ojos de los míos.

—Luna, sé que nuestro camino hasta llegar aquí no ha sido fácil. No me porté contigo como debía, y por eso derramaste muchas lágrimas. Pero te prometo, aquí y ahora, que dedicaré el resto de mi vida a amarte y cuidarte como mereces. Quiero que, a partir de hoy, todas las lágrimas que salgan de tus ojos sean solo de felicidad.

»Siempre soñé con tener una gran familia, y no hay mejor mujer con la que construirla que tú. Te amo con todo mi corazón, mi amor, y soy tuyo para siempre. ¿Me harías el honor de casarte conmigo y ser mía?

Cuando terminó, mis ojos eran dos cascadas. Me arrodillé frente a él y le abracé con fuerza por el cuello antes de besarle con todo el amor que sentía. Cuando me separé apenas unos centímetros, le susurré:

—Por supuesto que me casaré contigo. Mi corazón y yo siempre hemos sido tuyos.

—Dios… Luna, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

Me levantó en brazos y se sentó en el sofá conmigo en su regazo. Tomó mi mano con cuidado y deslizó el anillo por mi dedo antes de besarlo.

—No quiero esperar mucho para casarnos. Aunque solo sea hacerlo oficial, yo ya te siento mi mujer. Siempre te he sentido así.

—Nos casaremos cuando tú quieras. Yo prefiero que sea algo sencillo. Lo que sí me gustaría es que fuera aquí, en el rancho, si te parece bien.

—Me parece perfecto. También quiero algo íntimo —dijo besándome.

—Te amo —susurré acariciándole la cara.

—Yo también te amo, y ahora voy a demostrártelo, haciéndote el amor toda la noche.

—Soy toda tuya. Haz conmigo lo que quieras.

Dos meses después de aquella preciosa declaración que Ryder me hizo en la buhardilla, estaba en mi antigua habitación terminando de vestirme con la ayuda de Olivia para bajar a darle el «sí, quiero» al hombre de mi vida. Elegí un vestido sencillo pero sexi a la vez; estaba segura de que a mi futuro marido le encantaría cuando me viera. La espalda quedaba completamente descubierta y una abertura lateral dejaba ver mi pierna al caminar.

—¿Estás preparada para bajar? —preguntó Mat entrando por la puerta, con una sonrisa enorme.

—Más que lista —respondí.

Me agarré a su brazo y salimos hacia el exterior, donde habían montado un altar precioso repleto de flores. Mat sería mi padrino y quien me entregaría a su hermano. Sonreí al recordar el día que se lo pedí; creo que lloró más que yo cuando Ryder se declaró.

Mientras avanzaba del brazo de Mat, el aire de la tarde me acarició la piel y sentí un cosquilleo recorrerme entera. El rancho estaba precioso, decorado con flores silvestres que Olivia había recogido esa misma mañana. Reconocí el perfume del romero, del tomillo y de los rosales que Ryder había plantado con su padre años atrás. Todo tenía un significado, todo hablaba de nosotros, y de la vida que estábamos a punto de construir juntos.

Llegamos al altar y allí estaba él, esperándome. Siempre estaba guapo, pero ese día parecía sacado de un sueño. El traje le quedaba como un guante, marcándole cada músculo que yo conocía tan bien. Cuando me vio avanzar por el pasillo, sus ojos se llenaron de lágrimas y no paraba de llevarse las manos al pelo de puro nerviosismo.

—Estás preciosa, Luna… —susurró cuando llegué a su lado, dejando un suave beso en mis labios.

—Tú estás guapísimo… y muy sexi —le respondí al oído.

La ceremonia fue maravillosa. En el intercambio de votos, ambos terminamos llorando de emoción por todo lo que nos dijimos.

La celebración posterior se alargó hasta altas horas de la madrugada. Todos los trabajadores del rancho, junto con los amigos de Ryder y Mat —que ahora también eran los míos— comieron, bebieron y bailaron hasta no poder más.

Cuando nos retiramos, los más fiesteros, incluidos Mat y Miguel, seguían animando a todo el mundo para que continuaran.

Al llegar a la casa, Ryder me tomó en brazos antes de cruzar el umbral y me susurró al oído:

—Espero que no esté usted muy cansada, señora Wells, porque voy a devorar su cuerpo en cuanto entremos y le arranque ese vestido que me tiene loco desde que le vi con él.

—Para usted nunca estoy cansada, señor Wells —respondí besándole.

Ryder sonrió de esa manera suya que siempre me dejaba sin aliento, esa mezcla de deseo, ternura y devoción absoluta. Sentí que las piernas me temblaban, no solo por el deseo, sino por la intensidad con la que me miraba, como si en sus ojos encontrara un hogar. Me pregunté cómo era posible que, después de todo lo vivido, de las heridas, de los miedos… pudiera sentirme tan completa, tan en paz, tan enamorada.

En la habitación, como imaginaba, me quitó el vestido de un tirón. Llevaba todo el día esperando ese momento: quería comprobar si se daba cuenta de algo que ya empezaba a notarse en mi cuerpo. No había querido decirle nada antes de la boda y estaba nerviosa por revelar el secreto que escondía desde hacía una semana.

Me tumbó en la cama tras quitarse la ropa tan rápido como pudo y comenzó a besarme con pasión. Cuando sus labios bajaron a mis pechos y los

lamió por primera vez, levantó la cabeza con una ceja arqueada.

—¿Es cosa mía o mis niñas están más grandes y sensibles? —preguntó.

Me reí por dentro. Claro que lo había notado. Ryder conocía mis pechos mejor que yo; era normal que detectara cualquier cambio.

—Y más que lo van a estar en los próximos meses —respondí con una sonrisa.

Tardó unos segundos en procesarlo. Cuando lo hizo, abrió mucho los ojos.

—¿Vas a darme otro hijo, Luna?

—No. Voy a darte dos más. —Reí.

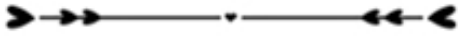
—¿Dos? —preguntó, atónito.

—Sí, mellizos. Esta vez te has empleado a fondo, amor.

—Dios… no creo que haya nadie en el mundo más feliz que yo ahora mismo.

Lo abracé fuerte, apoyando mi frente en la suya, y sentí cómo su respiración se agitaba por la emoción. Pensé en Elías, en esos dos pequeños que venían en camino, en las risas, las noches sin dormir, las manos unidas alrededor de la mesa… y me inundó la certeza de que, por fin, había encontrado mi sitio en el mundo. No un lugar, sino una persona. Mi persona. Mi hogar para siempre.

Epílogo



Diez años más tarde…

Ryder

—Papá, mírame qué bien lo hago —me dijo mi hija Emma, subida en su potro, trotando.

—Yo lo hago mejor, ¿a que sí, papá? —añadió su hermana Sofía.

—Las dos lo hacéis fenomenal y estáis preciosas —les contesté mientras las vigilaba sentado desde la valla.

—Papá, ya te han liado las mellizas para que hagas de juez, a ver quién trota mejor de las dos —me dijo Elías riendo, poniéndose a mi lado.

—Sí, hijo, esas dos son la revolución del rancho. Menos mal que Liam, de momento, es muy tranquilo —le contesté riéndome.

—Esperemos que la que viene en camino también sea tranquila, porque si no, mamá acabará loca —añadió, uniéndose a mis risas.

Sí, habéis leído bien: mi mujer estaba embarazada de nuestro quinto hijo. Y yo no podría estar más feliz por ello.

Estos últimos diez años a su lado nos habían cundido mucho y teníamos una familia preciosa que aumentaría en los próximos días.

Elías solo tenía unos meses cuando, el día de nuestra boda, Luna me dijo que estaba embarazada de mellizos. Hasta meses después no supimos que serían dos niñas… o dos demonios, porque nos habían salido de lo más movidas y revoltosas. Acababan de cumplir nueve años y no había día que no liaran alguna trastada. Si no era una, era la otra, y además traían a su hermano por el camino de la amargura gastándole bromas a todas horas.

Elías era todo lo contrario a ellas. Aunque tenía solo un año más, parecía un hombre en miniatura. Era muy responsable y le encantaba ayudar a Tom en el establo con los caballos. Ya a su corta edad tenía clarísimo que estudiaría veterinaria como su tío para poder ayudarle con los animales.

Nuestro cuarto hijo nació tres años después que las mellizas, y le pusimos de nombre Liam. Era igual de bueno que su hermano mayor, pero a veces Emma y Sofía le enredaban para que las siguiera con sus locuras.

La que estaba a punto de nacer era otra niña, y ya teníamos decidido que se llamaría Olivia. Queríamos hacerle un homenaje a esa mujer que seguía con nosotros al pie del cañón todos los días, queriéndonos como una madre y portándose con nuestros hijos como si fuera su abuela. Bueno… la verdad es que lo era. Todos ellos la llamaban así y ella estaba encantada de que así fuera.

Mi hermano Mat y su marido Miguel —con el que se casó un año después que nosotros— tenían dos hijos a los que adoptaron hacía ya tres años. Se llamaban Noah e Isabella, y tenían doce y once años. Era una pareja de hermanos que había perdido a sus padres en un accidente y llevaba en el orfanato varios años porque nadie quería adoptar a dos niños a la vez. Ellos no querían separarse, así que cuando alguien se interesaba por uno de los dos, hacían todo lo posible para que la adopción no saliera adelante. Pero Mat y Miguel estuvieron encantados de llevarse a los dos al mismo tiempo. Al principio les costó un poco adaptarse al rancho, pero entre todos conseguimos que fueran felices aquí, con nosotros.

A veces, cuando veía correr a los niños por el rancho, no podía evitar pensar en todo lo que habíamos superado para llegar hasta allí. Camila llevaba años recluida en un centro psiquiátrico tras el juicio, y Drew cumplía su condena lejos de Texas. Eran sombras del pasado, capítulos que ya no

dolían, pero que recordaban lo afortunados que éramos ahora. Nuestra vida seguía adelante sin ellos, cerrando por fin una herida que había tardado demasiado en sanar.

—¡¡¡Papá!!! —Oí a mi hijo Liam llamarme.

Me giré y lo vi venir corriendo hacia mí, con Isabella y Noah detrás, corriendo también.

—¡¡¡Papá!!! —volvió a gritar mientras seguía corriendo. Cuando estuvo más cerca, me asusté porque venía llorando.

Bajé de la valla de un salto y me acerqué a él rápidamente, con Elías pegado a mis talones, tan asustado como yo al ver a su hermano en ese estado. Lo cogí al vuelo cuando llegó hasta mí y lo abracé para que se calmara.

—¿Chicos, qué le pasa? —pregunté a mis sobrinos cuando llegaron a nuestro lado.

—No lo sabemos, tío. Le hemos visto pasar corriendo por la ventana de casa y, al ver que lloraba, hemos salido detrás. Hemos intentado pararle para que nos lo contara, pero ni siquiera nos escuchaba —dijo Isabella, igual de preocupada que nosotros.

—¿Papá, qué le pasa? —preguntaron las mellizas a la vez, que habían oído los gritos de su hermano y se habían bajado de sus potros para venir corriendo.

—No lo sé, chicas. A ver si se calma un poco y nos lo cuenta —respondí.

—Ma… mamá… —dijo Liam entre hipidos.

—¿Le pasa algo a mamá? —pregunté, todavía más preocupado.

—Mamá está malita —consiguió decir por fin.

—¿Mamá está enferma? —preguntó Elías, asustado.

—Eso espero que no, hijo. Vamos a casa a ver qué pasa —respondí, intentando no mostrar lo asustado que yo también estaba. Pocas veces Luna había enfermado durante los últimos años, pero cada vez que pasaba a mí se me iban años de vida pensando en que podía perderla, como pasó tiempo atrás.

—Ryder —me llamó mi hermano, que vino a mi encuentro. Por la dirección desde la que venía supe al instante que llegaba de mi casa y que había ido a buscarme.

—¿Qué le pasa a Luna? —le pregunté ansioso.

—Tranquilo, está de parto. Y el niño, al verla doblarse de dolor, se ha asustado y ha salido corriendo a buscarte.

—Joder… casi me da un infarto pensando que era otra cosa. ¿Te encargas de los niños? —le dije, dejando a Liam en sus brazos.

—Claro, ve rápido. Te está esperando —respondió, y ya le oí a lo lejos, porque yo había salido corriendo como alma que lleva el diablo.

Cuando llegué a casa, ya estaba esperándome en la puerta con una sonrisa en la cara. La sonrisa que siempre ponía cuando yo entraba en su campo de visión, y que era la misma que se dibujaba en mis labios cada vez que la veía a ella.

Me acerqué, la levanté en volandas y la llevé hacia el coche. Ella me besó y acarició mi cara para tranquilizarme. Ya habíamos pasado por esto más veces, pero aun así tenía miedo de que algo saliera mal, y ella lo sabía.

—Te amo. Hoy, mañana y siempre —susurró, hundiendo su rostro en mi cuello.

—Yo también te amo. Para toda la eternidad —respondí, apretándola contra mi pecho mientras la llevaba al coche, dispuesto a recibir a nuestra pequeña Olivia.

Y con ella abrazada a mí, con nuestros hijos esperándonos y otro a punto de llegar, entendí que ya no había pasado capaz de rompernos: solo un futuro

dispuesto a seguir escribiéndose a nuestro lado.